



Universidad de Chile  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Periodismo



**La muerte como imaginario social**  
*Una aproximación desde el campo y la ciudad de la Región Metropolitana*

Memoria para obtener el título de periodista

Nombre del alumno:

Gloria Lyon Pardo  
Francisco Marín Naritelli  
David Fuentes del Campo

Nombre Profesora guía:  
María Cecilia Bravo

2011  
Santiago, Chile

## **Agradecimientos**

A nuestros padres, en primer lugar, por su apoyo constante.

A Agustina, que nació en plena investigación en terreno.

A nuestros amigos, por la confianza en el presente trabajo.

A nuestra profesora guía Cecilia Bravo, por los consejos y entusiasmo.

A todo los entrevistados por sus palabras y por abrirnos las puertas a sus más íntimos recuerdos, alegrías y dolores.

Y en especial, a los que ya no están con nosotros.

Porque la muerte nunca es solo una despedida, es el encuentro, la comunión permanente.

### **Aclaraciones iniciales**

El presente trabajo no tiene como objetivo precisar o definir en ningún caso los imaginarios sociales en torno a la muerte en Santiago y sus alrededores, y su correspondiente materialización estética. Su pretensión es más bien aclaratoria. Buscamos examinar y contextualizar los diferentes imaginarios populares asociados a la cesación de vida y sus expresiones materiales con un afán meramente descriptivo. Nuestra imposibilidad de ir más allá, devela la condición fáctica de toda investigación social: la naturaleza dinámica y cambiante de la producción cultural.

Hablar de imaginarios, no es hablar de fenómenos estáticos o universales, sino más bien de peculiaridades, transformaciones, contradicciones, propias de toda cultura popular. No obstante, nuestra imposibilidad es nuestra garantía de honestidad frente a cualquier pretensión de imponer definiciones. Este trabajo, en definitiva, se circunscribe en el contexto histórico y particular en el cual se desarrolla.



## Índice

Introducción.....	8
<b>Capítulo I.....</b>	<b>10</b>
Vivos o muertos.....	10
Imaginarios y representaciones en torno a la muerte.....	12
Memoria e imaginario.....	15
El cuerpo cesado.....	18
Estética.....	20
Lo bello: lo armónico.....	21
La estética del hoy.....	23
Estética funeraria.....	24
<b>Capítulo II.....</b>	<b>27</b>
El culto a los muertos.....	27
El Panteonero de Isla de Maipo.....	30
La visita al cementerio: la comunión permanente.....	33
La fiesta de los difuntos.....	36
Los intermediarios del cielo.....	38
La comunión de los vivos.....	42
Velorio en el campo.....	46
“Paró la chala”.....	51
El miedo primigenio: mitos y supersticiones.....	54
El campo, ¿proliferación de supersticiones?.....	60
Cementerio y Cementerios: la ciudad de los muertos.....	63
Cementerio General.....	63
El cementerio católico.....	70
Los cementerios parroquiales.....	76
Los cementerios parques.....	80
¿Cementerio tradicional o el shopping de loza y pasto?.....	84
<b>Capítulo III.....</b>	<b>92</b>
Los ritos de la muerte.....	92
Transformaciones sociales de los ritos funerarios.....	96
El duelo y la ausencia del luto.....	98
La Pérgola de las Flores.....	102
Manuel Cabrera y las flores.....	106

El rito del pergolero.....	108
Los floristas de Santiago.....	113
Las floristerías del campo.....	117
“Una flor de trabajo”.....	119
El Quitapenas y el Catula, los negocios de la muerte.....	121
<b>Capítulo IV.....</b>	<b>126</b>
Entre ritos y transformaciones.....	126
Don Miguel Fuentes, entre fragancia y esfuerzo.....	127
Entre colores y texturas.....	131
¿Crisantemos, rosas o claveles?.....	133
Los costos también importan.....	137
Transformaciones de los últimos años.....	140
La flor como fuente de vida y comunión.....	142
“Las flores son como el pan”.....	144
No te hemos olvidado.....	145
El clavel.....	147
Los remolinos al viento y otras manifestaciones estéticas.....	149
Banderas, remolinos y fotografías.....	150
La tienda de Emilia Barahona y Juan Gárate.....	154
¿Una ranchera o una cueca?.....	160
Capsulas y encapsulamientos.....	162
Memoria, memorial, el recuerdo de los desaparecidos.....	163
El memorial de Lonquén.....	167
El memorial como imaginario y estética.....	171
El cuerpo de los desaparecidos.....	176
<b>Capítulo V.....</b>	<b>179</b>
<b>Fuentes Consultadas.....</b>	<b>188</b>
Bibliografía general.....	188
Entrevistas.....	190
Publicaciones periódicas online.....	194
Recursos web.....	195

## Índice fotográfico

Pascual Flores, el panteonero de Isla de Maipo.....	30
Hermita de la Carmencita.....	40
Prospecto de la “Ruta Milagrosa” del Cementerio General de Santiago.....	41
Entrada por Avenida Recoleta del Cementerio General.....	64
Mausoleo en forma de panteón griego.....	66
Patios de la “llamada clase media”.....	67
Tumba de Víctor Jara.....	68
Homenaje al General Carlos Prat.....	70
Entrada original del Cementerio Católico de Santiago (1879).....	71
Cementerio Católico de Santiago.....	72
Escultura típica del Cementerio Católico de Santiago.....	73
El dolor y el sacrificio en el Cementerio Católico de Santiago.....	74
Entrada principal del Cementerio Parroquial de Talagante.....	76
Interior del Cementerio Parroquial de Talagante.....	77
Personalización en el Cementerio Parroquial de Talagante.....	78
Vista por Avenida Santa María de la Pérgola de las Flores.....	102
Despedida de los pergoleros al General Alejandro Bernales.....	110
Bar Restaurante “El Quita Penas” de Santiago.....	121
Bar Restaurante “El Buen Amigo” de Talagante.....	123
La familia de Miguel Fuentes.....	128
Floristería de Florencia Naranjo.....	132
Flores blancas y amarillas.....	133
Flores rojas en la entrada del Cementerio General.....	134
Floristerías del Cementerio General.....	135
Flores en el Cementerio Parroquial de Isla de Maipo.....	137
Ramos de flores en Talagante.....	138
Una rosa blanca en una tumba familiar.....	142
Uso del clavel en el Memorial de DD.HH del Cementerio General.....	147
Remolinos en el Cementerio General de Santiago.....	150
Floristerías del Cementerio Parroquial de Isla de Maipo.....	151
Uso de fotografías en el Cementerio General.....	153
Otras manifestaciones estéticas en una tumba del Cementerio de Talagante.....	155
Remolinos al viento en el Cementerio de Talagante.....	157

Venta de flores, remolinos, ángeles en el Cementerio General.....	158
“Clase baja” del Cementerio General de Santiago.....	159
Memorial de DD.HH del Cementerio General de Santiago.....	164
Tumba de un desaparecido en el Memorial de DD.HH del Cementerio Parroquial de Isla de Maipo .....	167
Memorial de DD.HH en el Cementerio Parroquial de Isla de Maipo.....	168
Memorial en Hornos de Lonquén.....	170
Retratos de desaparecidos en el Memorial de DD.HH del Cementerio General de Santiago.....	173
Manifestaciones estéticas en el Memorial de DD.HH del Cementerio General de Santiago.....	175
Uso de fotografías en el Memorial de DD.HH del Cementerio General de Santiago.....	175

## **Introducción**

Si bien existe una profusa bibliografía en torno a la muerte como práctica cultural, así como los espacios definidos o asociados a ella, nuestro objeto de estudio se centrará en el concepto de la muerte como imaginario social y la estética en tanto rito funerario del espacio rural y urbano de la Región Metropolitana de Santiago.

Es así como nos planteamos como objetivo principal describir y analizar sus diferencias, semejanzas y transformaciones y como objetivos específicos, describir la estética -en tanto rito funerario- que configura los imaginarios sociales en torno a la muerte; identificar las principales transformaciones que ha experimentado el concepto de la muerte e identificar el rol que ha jugado y juega la estética funeraria dentro del imaginario social de la muerte, todos ellos en el espacio urbano y rural de la Región Metropolitana.

Para ello establecemos tres líneas de análisis: la muerte como imaginario social en el campo, en la ciudad (todo circunscrito a la Región Metropolitana de Santiago) y la estética como su manifestación. Para ello, reconoceremos tres lugares asociados a la muerte:

Dentro de lo urbano, el Cementerio General de Santiago, inaugurado por Bernardo O'Higgins en 1821, y dentro de él, el Memorial de Derechos Humanos, como un hito característico del principal campo santo capitalino; el Quitapenas, bar y restaurante, ubicado en Avenida Recoleta, frente al Cementerio General y la Pérgola de las Flores, ubicada en Avenida La Paz, donde se venden coronas o ramilletes frescos de flores para los deudos.

Dentro de lo rural, reconocemos los cementerios parroquiales de Isla de Maipo y Talagante, y dentro de ellos, la presencia de memoriales, "el Catula", bar y restaurante que colinda al campo santo de este último, y las diferentes floristerías circundantes.

Además de lo anterior, definimos un sujeto popular católico<sup>1</sup>, como aquel que vivencia “la muerte” desde una condición social vulnerable tanto en el espacio urbano, como en el espacio rural, anteriormente delimitado. No obstante, el desarrollo mismo del trabajo, nos permite flexibilizar tal definición a razón de los elementos, problemáticas y discusiones derivadas del análisis y pertinencia de lo investigado.

Por otro lado, la presente investigación periodística emplea las herramientas del nuevo periodismo, que permite la construcción de atmósferas, narraciones en tercera persona, descripciones de lugares, diálogos e inclusión de bibliografía pertinente.

Se utilizó la entrevista abierta, como medio para recoger la información relevante. La mayoría de éstas se realizaron entre el 26 de agosto y el 22 de diciembre del 201

---

<sup>1</sup> Definimos sujeto popular a partir de la noción entregada por Gabriel Salazar, en su libro “Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX”. Santiago: Ediciones Sur. Santiago. Ediciones Sur. 1986.

## Capítulo I

### Vivos o muertos

Jueves 12 de agosto de 2010. El ministro de Minería, Laurence Golborne se apresta a enfrentar las cámaras de televisión. Se ve nervioso e impaciente. Lleva sólo unos meses como ministro del gobierno del Presidente Sebastián Piñera y tiene la difícil misión de comunicar el estado de los avances de perforación en busca de los 33 mineros enterrados en la Mina San José. “Las probabilidades de encontrarlos con vida son bajas”, dice. A continuación, un periodista de Canal 13 le consulta: Siendo realista ministro: ¿Qué probabilidades hay de encontrarlos con vida?”. El ministro responde: “las probabilidades son bajas, las familias lo tienen claro, ellos son mineros”<sup>2</sup>.

Pero las familias no lo tenían tan claro. A un costado de la mina, en la superficie tosca de la pampa, el campamento “Esperanza” se erigió como una ciudad en medio del desierto. “Primero fueron las carpas solitarias de los familiares (...) con banderas, con santitos, con velas de duelo, con fotografías de los padres, de los esposos, de los hermanos, de los hijos enterrados allá abajo”, recordó, meses después, Hernán Rivera Letelier<sup>3</sup>, destacado escritor nacional y pampino de toda la vida.

Luego fueron las casas rodantes, el precario tendido eléctrico, el bullicio y la desesperanza, “rezando, llorando, blasfemando, exigiendo justicia, soportando el viento y el tierral inclemente, el calor durante el día y el frío atigrado de la noche”<sup>4</sup>. La expectación aumentó. La cobertura mediática llegó de todo el mundo. De pronto, “en medio de un gran desorden y confusión de lenguas, apareció un pueblo de Babel”<sup>5</sup> y “como en un desfile de feria”, cuenta Rivera Letelier, arribaron los “payasos de semáforos, predicadores evangélicos, actrices de telenovelas, millonarios excéntricos repartiendo millones como embelecos, modelos, humoristas, políticos”<sup>6</sup>, casi 3 mil personas en el campamento y una cifra incalculable frente a los televisores.

En el año del Bicentenario, la tragedia exigía actuar rápido y con premura. El Presidente de la República y toda la fronda política ya buscaban responsables. “En esta materia no va a haber impunidad y quiero recalcar que las investigaciones tanto en lo

---

<sup>2</sup> <http://www.latercera.com/noticia/nacional/2010/08/680-285803-9-golborne-tenemos-que-estar-preparados-para-cualquier-desenlace-que-esto-tenga.shtml>

<sup>3</sup> <http://patriciagomezpoesia.com/2010/10/18/33-mineros-hernan-rivera-letelier/>

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> *Ibidem*.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

penal como en lo civil ya se han iniciado y vamos a investigar las responsabilidades y sancionar a los que tengan culpabilidad”<sup>7</sup> declaraba Piñera el 23 de agosto. Un día antes, el 22 de agosto, ante los rumores que señalaban que se habrían escuchado ruidos al interior de la mina, Golborne, hizo un llamado a la calma: “No hay nada concreto. No hay nada que haya sido corroborado”<sup>8</sup>. En la madrugada, la sonda más avanzada había llegado a una zona vacía, probablemente a pocos metros del refugio. “Los familiares están muy conscientes de esta situación, tienen claridad, tienen fe, están rezando (...) pero obviamente tenemos que estar preparados para cualquier desenlace que esto tenga”<sup>9</sup>, agregó el ministro.

¿Vivos o muertos? La incerteza cundía en el ambiente. La muerte era una posibilidad no tan lejana y bien lo sabía Golborne. La larga y triste historia, la diatriba del Desierto de Atacama se repetiría “como siempre y que allí, sobre la mina convertida en fosa común, iban a aflorar 33 cruces de animitas”<sup>10</sup>.

Humberto Lagos Schuffeneger, Doctor y Licenciado en Sociología de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica, señala que existe una certeza que es definitiva, “ineludible, que está presente en toda la profundidad histórica y en la realidad presente de las sociedades humanas, de que vamos a morir”. A juicio de Lagos, ese es “el hecho más desestabilizante en el ámbito individual y social de la persona.”<sup>11</sup>

Ya lo advertía Edgar Morin: “La idea de la muerte es la idea traumática por excelencia” (Duch, Mèlich, 2005, p. 323), que “introduce la ruptura, más radical y definitiva entre el hombre y el animal” (Morin: 1974). De la misma forma, Lluís Duch y Joan-Carles Mèlich aseguran que “hablar de la muerte es otra manera de hablar de la vida, y a la inversa”, pues esta ecuación “ha sido una evidencia en la gran mayoría de las culturas humanas de todos los tiempos” (Duch, Mèlich, 2005, p. 323).

¿Y si están muertos? ¿Y si hubieran estado muertos? Probablemente no habría habido *récorde*s de audiencia ni transmisión ininterrumpida en ese “espectáculo del espejismo”. Ni *flashes* ni banderas ni discursos emotivos. La muerte no permite celebraciones, sólo conmemoraciones. En la muerte no hay héroes, sólo víctimas.

<sup>7</sup> [http://www.mercurioantofagasta.cl/prontus4\\_noticias/site/artic/20100823/pags/20100823122625.html](http://www.mercurioantofagasta.cl/prontus4_noticias/site/artic/20100823/pags/20100823122625.html)

<sup>8</sup> <http://latercera.com/noticia/nacional/2010/08/680-285803-9-golborne-llama-a-la-mesura-ante-labores-para-establecer-contacto-con-mineros.shtml>

<sup>9</sup> *Ibidem*.

<sup>10</sup> *Ibidem*.

<sup>11</sup> Humberto Lagos, doctor y licenciado en Sociología de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Entrevista realizada el 13 de agosto de 2010.

Lagos, reconoce que la muerte no es tan sólo un hecho social, sino que implica cómo ésta es asumida por lo deudos, cómo la imaginan, pues “la ritualidad de la muerte no sólo busca ganar certeza simbólica respecto de la próxima vida del muerto o de su extinción definitiva, sino cómo nosotros a través de la ritualidad, podemos asumir esa situación ruptural y en la que nosotros estamos observando lo que nos va a pasar también”<sup>12</sup>. La muerte nos hace reflexionar sobre lo que hicimos mal o lo que dejamos de hacer para que eso ocurriera. Siempre es una reflexión, siempre es un desequilibrio.

Recién veinte días después del derrumbe hubo noticias alentadoras. Había señales de vida en uno de los sondeos realizados. Un pequeño papel con las palabras: “estamos bien en el refugio los 33” acaparó portadas tanto en Chile como en el extranjero. Lo que sucedió después ya es historia.

### **Imaginarios y representaciones en torno a la muerte**

Para Luis Rafael García Jiménez se llama muerte a “todo fenómeno en el que se produce una cesación. En sentido más estricto, se refiere este término a la cesación de la vida y en especial a la cesación de la vida humana” (García Jiménez: 2009).

Sin embargo, existe una imposibilidad de origen para comprender la muerte desde su vivencia más próxima: “los únicos capacitados para hablar de la muerte son los muertos; pero los muertos nada dicen porque están mudos y delegan en los vivos la pretensión imposible de comprender y definir el gran enigma” (García Jiménez: 2009).

Ante tal imposibilidad son los vivos, ergo, las sociedades humanas, que a lo largo de la historia se han encargado de imaginar y representar la muerte a partir de ese acto inexorable que es la cesación de vida. Hablamos de imaginario y representación como conceptos similares y complementarios, pero se hace preciso determinar sus alcances y límites.

---

<sup>12</sup> *Ibidem*.

Los imaginarios son un modo de ser y de sentir, irreductible, necesario y singular de las sociedades que dota de sentido sus prácticas y delimita su accionar en el mundo, o como dice Olivier Fressard, es un “magma de significaciones imaginarias sociales encarnadas en instituciones. Como tal, regula el decir y orienta la acción de los miembros de esa sociedad, en la que determina tanto las maneras de sentir y desear como las maneras de pensar. En definitiva, ese mundo es esencialmente histórico” (Fressard: 2006).

Desde el punto de vista de la construcción de sentido de los imaginarios sociales y en una perspectiva crítica a las teoría marxista clásica, Chartier dirá que las mentalidades, los pensamientos, no se encuentran en la superestructura social, sino que están encarnadas en la propia sociedad, pues “la apropiación tal como la entendemos nosotros apunta a una historia social de usos e interpretaciones, relacionados con sus determinaciones fundamentales e inscritos en las prácticas específicas que los producen” (Chartier, 2002, p. 53).

El imaginario social expresa un tipo de conciencia humana, que en el caso de la conciencia humana de la muerte, dirá Edgar Morin, “no sólo supone conciencia de lo que era inconsciente en el animal, sino también una ruptura en la relación individuo-especie, una premonición de la individualidad con respecto a la especie y una decadencia de la especie con respecto a la individualidad” (García Jiménez: 2009).

Del mismo modo, coincidente con Morin, para Duch y Mèlich “en todo lugar y tiempo, de una manera u otra, se ha dado una estrecha relación entre la actitud ante la muerte (el morir como tal) y la conciencia de uno mismo, de la propia personalidad” (Duch, Mèlich, 2005, p. 323). Es una constante, dirán Duch y Mèlich, que “personalmente siempre nos produce perplejidad (...) ya que justo en medio del júbilo, la felicidad, la salud, justo en medio de la vida, irrumpe de repente la presencia inquietante y siniestra de la muerte” (Duch, Mèlich, 2005, p. 323).

Es por ello que la angustia por la muerte, “como ese último futuro, como ese camino sin retorno” (Duch, Mèlich, 2005, p. 323), ha originado una praxis significativa, una necesidad por recuperar y prolongar la memoria de nuestros deudos. Es acá donde las religiones han ocupado un lugar primordial y privilegiado, pues la muerte “nunca es

un problema de la vida, sino, en el sentido pleno del término, es el misterio de la existencia humana” (Duch, Mèlich, 2005, p. 324).

Desde una concepción cristiano- católica, la muerte es el comienzo de una vida ultraterrena, pues se presupone que “el alma es inmortal, que en el acto de la muerte se separa del cuerpo para pasar a llevar otro tipo de existencia” (García Jiménez: 2009).

Esa conciencia de inmortalidad, base del imaginario católico, requiere necesariamente de una serie de representaciones que se constituyen en torno al concepto de la muerte. Tal como dice J Pascual Mora-García, “el cemento primigenio de la muerte son los imaginarios (...) si el logos posee la razón para expresarse, los imaginarios poseen las representaciones: sean mitos, símbolo o señales” (Mora-García: 2005).

Para Edgar Morin, “representar es hacer presente lo ausente” (Debray, 1994, p. 34). No es simplemente evocar, sino, más bien, reemplazar esa cosa perdida, silente, inalcanzable. Sin embargo, el término de por sí es problemático, pues “cualquiera que sean las representaciones no mantienen nunca una relación de inmediatez y de transparencia con las prácticas sociales que dan a leer o a ver” (Chartier, 2002, p. 58).

En este sentido, Roger Chartier reconoce que el término “representación” tiene dos sentidos aparentemente contradictorios: “por un lado la representación muestra una ausencia, lo que supone una neta distinción entre lo que representa y lo que es representado; por el otro, la representación es la exhibición de una presencia, la presentación pública de una cosa o una persona” (Chartier, 2002, p. 57).

Ciertamente la representación es la ausencia del referente original. Así en los estudios de la pragmática, y más específicamente, en la teórica sógnica de Pierce, el signo o «representamen», es lo que sustituye algo por alguien. “El signo se dirige a alguien y evoca para aquél un objeto o un hecho, durante la ausencia de tal objeto o de tal hecho. Por ello, decimos que el signo significa «in absentia»” (Kristeva, Julia, 1988, p. 13).

De este modo, para Chartier, no se puede hablar de un acceso inmediato a lo que las representaciones sociales precisan, o sea, la im-posibilidad de comprender a la

muerte en su totalidad o eternidad, lo que implica, por otro lado, desechar el carácter objetivo o subjetivo de tales representaciones. Chartier enfatiza que las representaciones colectivas deben ser consideradas como “matrices generadoras de prácticas constructivas del mundo social en sí” (Chartier, 2002, p. 57), donde las divisiones de la organización social también forman parte de las representaciones colectivas, no existen por fuera de ellas, no tienen una existencia objetiva, separada de las representaciones.

## **Memoria e imaginario**

*“Después tomó el pan, dio gracias, lo partió y se los dio diciendo: este es mi cuerpo, que es entregado por vosotros: haced esto en memoria mía” (Lucas, 22, 19).*

La memoria para Jacques Le Goff es “la capacidad de conservar determinadas informaciones, remite ante todo a un complejo de funciones psíquicas, con el auxilio de las cuales el hombre está en condiciones de actualizar impresiones o informaciones pasadas, que él se imagina como pasadas” (Le Goff, 1991, p. 131).

Ya en la Grecia antigua, la memoria ocupa un lugar preponderante en el imaginario mítico. La diosa Mnemosine “es la madre de las nueve musas, por ella generadas en nueve noches transcurridas en compañía de Zeus. Ella reclama a la mente de los hombres el recuerdo de los héroes y de sus grandes gestas y preside la poesía lírica. El poeta es, por lo tanto, un hombre poseído por la memoria, el aedo es un adivino del pasado, así como el adivino lo es del futuro” (Le Goff, 1991, p. 145).

Aristóteles, a su vez, distingue entre la memoria propiamente dicha, “como la facultad de conservar el pasado, y la reminiscencia, como la facultad de volver a llamar voluntariamente aquel pasado” (Le Goff, 1991, p. 147). Eso permite separar la memoria sacralizada, que se aloja en el alma de las personas, de la cual la diosa Mnemosine, revela al poeta los secretos del pasado y lo introduce en los misterios del más allá; de la memoria laicizada que está “ahora está incluida en el tiempo, pero un tiempo que permanece rebelde a la inteligibilidad” (Le Goff, 1991, p. 147).

La concepción memorística- mítica combinada con la noción de reminiscencia propuesta por Aristóteles, se mantendrá hasta la escolástica de la Edad Media. Con la difusión del cristianismo como religión “y como ideología dominante” se producirá una cristianización de la memoria, subdividida “en una memoria litúrgica que se mueve en

círculo y en una memoria laica de débil penetración cronológica; desarrollo de la memoria de los muertos y ante todo de los muertos santos, entre otros” (Le Goff, 1991, p. 150).

El cristianismo vendrá a dar un nuevo impulso “en la relación entre la memoria y la religión, entre hombre y Dios”. Le Goff consigna que “tanto el judaísmo y el cristianismo, ambas ancladas teológicamente en la historia, son religiones del recuerdo. Y eso porque actos divinos de salvación situados en el pasado forman el contenido de la fe y el objeto de culto, pero, también, porque el libro santo, por un lado y la tradición histórica, por el otro, insisten, en algunos puntos esenciales, en la necesidad del recuerdo como momento religioso fundamental” (Le Goff, 1991, p. 150).

En efecto, “la conmemoración de los santos en general tenía lugar en el día conocido o presunto de su martirio o de su muerte. La asociación de la muerte con la memoria asume rápidamente una extensión enorme en el cristianismo, que la extrajo del culto pagano de los antepasados y de los muertos, y la desarrolló” (Le Goff, 1991, p. 154). Lo anterior tiene suma implicancia en la significación católica de la muerte en tanto recuerdo (memoria) y precisará uno de los imaginarios sociales sobre esta materia analizada en los capítulos ulteriores.

Con la invención de la imprenta en el siglo XV, se transformará para siempre “el contenido y los mecanismos de la memoria colectiva”. Así lo describe Le Goff:

“En el giro de algún decenio la memoria social engulle en los libros toda la antigüedad, la historia de los grandes pueblos, la geografía y la etnografía de un mundo convertido definitivamente en esférico, la filosofía, el derecho, las ciencias, las artes las técnicas y una literatura traducida de veinte lenguas diversas. El flujo se va agrandando hasta nosotros, hechas las debidas proporciones, ningún momento de la historia humana ha asistido a una tan rápida dilatación de la memoria colectiva” (Le Goff, 1991, p. 166).

Esta suerte de “memoria en expansión”<sup>13</sup> expulsará de algún modo el carácter escatológico de la memoria relacionada con el recuerdo de los muertos y será el preámbulo de la explosión de la esfera del saber en el siglo XVIII: “la conmemoración de los muertos va declinando. Las tumbas, incluidas las de los reyes, se hacen muy

---

<sup>13</sup> Le Goff consigna que para el pensamiento ilustrado, La Enciclopedia “es una memoria alfabética parcelaria en la que cada engranaje aislado contiene una parte animada de la memoria total” (168).

simples. Las sepulturas son abandonadas a la naturaleza y los cementerios, desiertos y mal cuidados” (Le Goff, 1991, p. 168).

No obstante, se observa un nuevo movimiento a partir de la Revolución Francesa, lo que originará una revalorización del cementerio, ergo, de la memoria mortuoria. “Se abren nuevos tipos de monumentos y de inscripciones funerarias, con el rito de la visita al cementerio. La tumba separada de la iglesia ha pasado a ser centro de recuerdo. El romanticismo acentúa la atracción del cementerio ligado a la memoria” (Le Goff, 1991, p. 168).

En una perspectiva social, la memoria cumple la función de conocimiento y aprendizaje, pues “en todas las sociedades, los individuos retienen un gran número de informaciones en su patrimonio genérico, en la memoria a largo alcance y, al mismo tiempo, en la memoria activa” (Le Goff, 1991, p. 133). La revolución tecnológica del siglo XX, en este sentido, ha ayudado a consolidar la acumulación de memoria colectiva. Más precisamente, durante la segunda mitad del siglo pasado, se ha expandido el estudio de la memoria en un campo eminentemente interdisciplinario.

Dirá Le Goff, que “saliendo de la órbita de la historia entendida como ciencia y como culto público (...), la memoria colectiva es uno de los elementos más importantes de las sociedades desarrolladas y de las sociedades en vía de desarrollo, de las clases dominantes y de las clases dominadas, todas en lucha por el poder o por la vida, por sobrevivir y por avanzar” (Le Goff, 1991, p. 181). La memoria colectiva se relaciona con lo que hoy “se estila llamar la identidad, individual o colectiva, cuya búsqueda es una de las actividades fundamentales de los individuos y de las sociedades”.

Al respecto, “la memoria colectiva no es sólo una conquista”, sentencia Le Goff, es un instrumento y una mira de poder. Es la lucha por el dominio del recuerdo, por la comprensión última de los procesos sociales, históricos y políticos. La memoria en torno a la muerte no se escapa a eso, a propósito de los memoriales como espacios históricos de recuerdo, ni en una perspectiva más afectiva, en la necesidad de recordar que tienen los deudos en los cementerios.

## **El cuerpo cesado**

No podría haber representaciones en torno a la muerte sin la mediación de una corporalidad presente (un familiar enterrado) o ausente (un detenido desaparecido). En ese sentido, el cuerpo ha ocupado un lugar primordial en las preocupaciones filosóficas, sociológicas -incluso políticas- desde que el hombre es hombre.

Para Lluís Duch y Joan-Carles Mèlich, el cuerpo “es un objeto por medio del cual se articulan las expectativas morales, sociales y culturales de una determinada sociedad” (Duch, Mèlich, 2005, p. 228). No es sólo “una simple instancia” ni un simple “instrumento de uso social”. Es por ello, que los autores distinguen entre cuerpo y corporeidad, porque el cuerpo humano “nunca puede limitarse a un simple cuerpo”, manipulable, transable. La corporeidad es el cuerpo dotado de sentido, que posee “conciencia de su propia vivacidad” (Duch, Mèlich, 2005, p. 240). Corporeidad, por tanto, es un escenario de producción simbólica, de construcción cultural.

Al respecto, dirán Lluís Duch y Joan-Carles Mèlich, que “en el día a día de individuos y grupos humanos, desde los compartimientos más sublimes, desde el nacimiento hasta la muerte, todo aquello que piensa, hace y siente el ser humano exige una mediación simbólica: el simbolismo es propiamente el ámbito de lo humano, en él y a través de él, el ser humano se humaniza o, por el contrario, se deshumaniza” (Duch, Mèlich, 2005, p. 242).

Los mismos autores precisarán la naturaleza de este vínculo axiomático al revelar que “sin la eficacia simbólica, el cuerpo se convertiría en una carga insostenible porque encerraría definitivamente al hombre o mujer concretos dentro de una jaula de acero de una simple facticidad opaca” (Duch, Mèlich, 2005, p. 250).

Por otro lado, esta “imprescriptible necesidad de símbolos” (Duch, Mèlich, 2005, p. 242) ha significado y resignificado la corporalidad de época en época. El cuerpo es una realidad simbólica, mutable, que constituye “la concreción propia, identificante e identificadora, de la presencia corporal del ser humano en su mundo” (Duch, Mèlich, 2005, p. 240).

Si la modernidad puso de relieve “la tendencia a expulsar el cuerpo de la vida social”, de modo de permitir el avance civilizador en “la higiene y la ética”<sup>14</sup>, la posmodernidad ha convertido al cuerpo “en un territorio de conflicto, de controversia y consumo” (Duch, Mèlich, 2005, p. 259). En este sentido, para la posmodernidad el cuerpo será “la manifestación externa más importante de la identidad personal” a partir de las intervenciones tecnológicas en él, o la construcción de un cuerpo ideal; a diferencia del ethos moderno, el cual “otorgó un lugar preferente a la mente, sobre todo como medio de control y de regulación del cuerpo humano” (Duch, Mèlich, 2005, p. 259).

Ahora bien, directamente ligado a esta conciencia primera respecto a la cesación de vida, aparece el cuerpo del difunto, también, como espacio de simbolización. Todo cuerpo cesado expresa “su transanimalidad” (Duch, Mèlich, 2005, p. 269), o sea, “posee una irrenunciable dimensión narrativa” (Duch, Mèlich, 2005, p. 257).

El morir, en este sentido, “no puede reducirse ni a un simple hecho biológico ni al desmantelamiento de la maquinaria corporal provocada por la erosión o el desgaste natural que haya podido sufrir durante la vida” (Duch, Mèlich, 2005, p. 325). Es un relato, una construcción cultural “en cada aquí y ahora, con los ingredientes, las peculiaridades y las posibilidades simbólico-lingüísticas de cada tradición cultural” (Duch, Mèlich, 2005, p. 325).

---

<sup>14</sup> Los autores hablan de la importancia que reviste en la modernidad tanto la higiene, frente a los nuevos peligros que se detectaban en la vida pública a causa del aumento de la población, como la ética, o sea, esa predominancia de lo espiritual-racional sobre la naturaleza corporal.

## Estética

*“la muerte es primero una imagen y sigue siendo una imagen” (Debray, 1994, p- 24).*

Hablar de estética resulta un tanto difuso para muchos, por tener como principal objeto de estudio a la belleza. Este último es un concepto que trata de consensos sociales y simultáneamente de aproximaciones individuales, en donde, para la gran mayoría, existe una definición más o menos parecida de lo que es, o creen que puede ser, pero todos difieren en sus matices.

Esta situación no es casual. La tan trillada estética nos es tan fácil de conceptualizar, así lo explica Osvaldo Cádiz, profesor de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso e investigador en folclore chileno. La “estética es lo que para ti es bello, y lo que para la comunidad a la que perteneces también lo es. Puede que lo considerado bello para una comunidad para ti no lo sea”<sup>15</sup>, así lo argumenta este investigador. A su vez, es imprescindible mencionar cómo la belleza se relaciona estrechamente con la estética, esto se entiende puesto que una permite la existencia de la otra.

La idea que se construye en torno a la estética y por consiguiente a la belleza, cambiará dependiendo de la cultura y de la identidad que posea cada individuo. A su vez, la belleza está íntimamente ligada a la percepción y a la imaginación propia de lo humano, o sea, “no pretendemos sugerir que las cosas tengan belleza con independencia de ésta, como, por ejemplo, en reacciones entre sí tales como las de gravedad o de la dureza” (Bosanquet, 1965, p. 9).

Para Bernard Bosanquet, “la estética significa la filosofía de lo bello. La historia de lo estético tiene que significar la historia de la filosofía de lo bello, y tiene que aceptar como su objeto principal inmediato la sucesión de teorías sistemáticas por medio de las cuales intentaron los filósofos explicar o enlazar entre sí los hechos que se refieren a la belleza”. (Bosanquet, 1965, p. 7).

---

<sup>15</sup> Osvaldo Cádiz, profesor de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Entrevista realizada el 9 de octubre de 2010.

La palabra estética, como lo utilizamos hoy en día, no ha existido desde siempre. Sin embargo, la preocupación y el pensamiento entorno a ella ha constado, al menos de lo que se tiene registro, desde la Grecia Clásica. Así lo explica Bosanquet: “la cosa existía antes que el nombre, puesto que la reflexión sobre la belleza y sobre las bellas artes comienza, a más tardar, entre los pensadores helénicos, en la época de Sócrates, si no, en cierto sentido, con filósofos aun anteriores”. (Bosanquet, 1965, p. 7).

Ahora bien, recién se adoptó el término estética en la segunda mitad del siglo XVIII, con el significado que en la actualidad se reconoce: lo bello, como distinto de la investigación “teórica” (Bosanquet, 1965, p. 7).

### **Lo bello: lo armónico**

En la definición de belleza, no existe un patrón o una fórmula universal para su aceptación, porque, como ya se ha mencionado, varía dependiendo de los factores de contexto que posea cada individuo o comunidad social. Pero, siempre ha “estado enlazada con las nociones de ritmo, simetría y armonía de partes; en una palabra, con la fórmula general de unidad en la variedad” (Bosanquet, 1965, p. 11).

Las diferentes épocas han designado como “bello” a todo aquello que es agradable a sus sentidos. De esta manera, las primeras manifestaciones estéticas son “una experiencia primaria de sentir goce frente a algo, que nace con el hombre. Ahora, qué es lo que me produce gozo y considerar eso como bello cambia de una cultura a otra”, así lo explica Claudia Lira, docente del Instituto de Estética de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Para los europeos, por ejemplo, en la época del Renacimiento, el término belleza se relacionaba con la imagen de mujeres robustas, de piel clara y cabellos rojizos; no por nada el pintor italiano Leonardo Da Vinci pintó a su Venus con esas características físicas. En cambio, en la época moderna, “se despertó el sentido romántico de la belleza, acompañado de la búsqueda de expresión libre y apasionada”. En ese sentido, tal como consigna Bosanquet, “se hizo imposible que la teoría imparcial siguiera considerando que lo bello quedaba adecuadamente explicado como lo regular y

armónico, o como la simple expresión de la unidad en la variedad. Hace entonces su aparición la teoría de lo sublime”. (Bosanquet, 1965, p. 12).

Los seres humanos han tenido, desde siempre, la necesidad de plasmar visualmente sus estándares de belleza. “La maravilla es que el espíritu pueda conferir a un medio de su propia elección la semblanza característica de lo que desea representar” (Bosanquet, 1965, p. 14). Es así como los antiguos pensadores se percataban de lo fundamental que era concebir imágenes, “tanto Platón como Aristóteles reunían las artes que nosotros llamamos como bellas bajo el nombre de “imitativas” o “que dan cuenta de una imagen”. (Bosanquet, 1965, p. 27).

Para Claudia Lira, “la palabra estética tiene que ver con la percepción, con las sensaciones, con la experiencia de un vínculo sensorial, afectivo por medio de algo material. De por medio está el cuerpo y los sentidos”<sup>16</sup>.

En este sentido, dirá Lira, “las primeras manifestaciones estéticas son el vínculo forzoso, que es una experiencia primaria de sentir goce frente a algo, que nace con el hombre”. Entonces, frente a eso, “el hombre se vincula estéticamente con la naturaleza como vínculo primario y, empieza a producir objetos que tienen cierta apariencia estética y que tienen un sentido simbólico”<sup>17</sup>.

Ahora bien, precisará Lira, “lo que me produce gozo y considerar eso como bello cambia de una cultura a otra (...) esto tiene que ver ponerle una apariencia determinada y una forma determinada y un sentido”<sup>18</sup>.

La estética se constituye como un lenguaje, como un rito, pues comunica imaginarios y características sociales pertenecientes a las comunidades desde donde son expresadas. Para Claudia Lira, “ese lenguaje comunica, tú estás diciendo algo a través de esa apariencia. No por nada, las primeras manifestaciones rituales son funerarias, tienen que ver con la muerte”<sup>19</sup> dice.

---

<sup>16</sup> Claudia Lira, profesora del Instituto de Estética PUC. Magíster en Teoría e Historia del Arte. U de Chile. Entrevista realizada el 22 de noviembre de 2010.

<sup>17</sup> *Ibidem*.

<sup>18</sup> *Ibidem*.

<sup>19</sup> *Ibidem*.

## La estética del hoy

Para nadie es un secreto que los medios de comunicación poseen un importante papel en la significación que tenemos del mundo. Si bien, no tienen el poder de formar el cerebro de sus receptores, sí crean temáticas de sobremesa, pautas informativas, prejuicios, ídolos, preocupaciones cotidianas y construcción de realidad.

Al prender la televisión en el horario de los matinales nacionales, se encuentra en Televisión Nacional de Chile (TVN) –el canal de todos los chilenos- a la panelista Raquel Argandoña. Esta mujer, con más de siete operaciones en su cuerpo, da una especie de charla solemne sobre lo que es “estético” para la próxima temporada primavera- verano 2011. En su discurso venía incluido tonalidad de pelo, color de uñas, accesorios, vestuario. En tanto en S.Q.P, (programa que dedicado a la farándula), una de sus panelistas comenta que Marlén Olivari (*show woman* chilena) se encuentra “estéticamente presentable” para ir a los diversos estelares, pues logró bajar esos kilitos demás que tanto la había acomplejado en el último tiempo.

Al seguir haciendo *zapping*, en un canal del cable argentino están transmitiendo “Decorando tu Casa”. En él se ve a una joven diseñadora impartiendo cátedra de lo que se encuentra “in” para arreglar el hogar y lo que es “estéticamente apropiado” para diversas ocasiones, siendo interpelada por una dueña de casa oriunda de Córdoba, quien le comenta por contacto telefónico, que no está totalmente de acuerdo con su apreciación.

Es así cómo nos damos cuenta que las manifestaciones estéticas se encuentran presentes en nuestros estándares de belleza, en cómo y por qué decoramos los espacios que habitamos de determinadas maneras, en sí, en los imaginarios que van construyendo nuestras identidades. Pero sólo algunas manifestaciones estéticas se transforman en rituales por permanecer en el tiempo y, hablan de lo que nos constituye como pobladores del globo terrestre.

## **Estética funeraria**

En esta investigación periodística referida a los imaginarios en torno a la muerte en Santiago urbano y rural, la estética será definida como la materialización o la expresión física de un imaginario cultural o social determinado, que a su vez, asume una condición de rito. Es importante mencionar que el concepto de rito será tratado en páginas posteriores con ocasión de la praxis ritual que articula la vivencia social de la muerte.

A modo de presentación, se dirá, eso sí, que la estética funeraria, en el desarrollo del presente trabajo, será comprendida en su dimensión ritual, abarcando diversos elementos en su constitución como práctica sociocultural. De esta manera, bajo este concepto se acogen diversas manifestaciones estéticas y elementos rituales “que van desde la ubicación y elección de flores, utilización de velas, cirios y luminarias artificiales, vestimenta de los deudos, características del féretro, así como también la realización de cantos, y procesiones ya sea a pie o en la forma de un cortejo fúnebre vehicular”<sup>20</sup> (Garrido: 2010).

Por otro lado, si la estética en sentido laxo refiere a lo bello o armónico, la estética funeraria asume -además de una dimensión ritual- un papel de “envoltura” según Claudia Lira. “Estás envolviendo a tu difunto en un lenguaje que lo ayuda, que lo eleva a otra dimensión”<sup>21</sup>.

Esa dimensión simbólica- espiritual no sólo permite la despedida, sino también, el convencimiento de que la corporalidad del difunto, aún cuando este muerto, está “resguardado de manera sagrada”. Esto tiene que ver, a juicio de la especialista, con una conciencia primera, “una conciencia de algo que existe, de algo que ya no existe, y después qué hacer con este cuerpo para que no quede así”<sup>22</sup>.

La conceptualización de estética funeraria, por tanto, asume una relación distinta entre objeto y apariencia, entre función y apariencia que sí posee la estética tradicional. Dirá Lira, al respecto, que en la cultura tradicional, no se hace una diferencia entre la

---

<sup>20</sup> Para más información ver: Garrido, Carolina. Construcción Material y Simbólica del Rito Funerario en el Chile Contemporáneo y su Relación con el Pasado. Documento de investigación no publicado. Santiago: Universidad Arcis. 2010.

<sup>21</sup> Claudia Lira. Op. Cit.

<sup>22</sup> *Ibidem*.

función del objeto y la apariencia de éste, ya que “la apariencia misma del objeto tiene que estar ligada con la función”. En otras palabras, cualquier manifestación estética funeraria refiere, también, a cierto rol simbólico, “más allá de la mera apariencia, lo superficial, o lo bonito”<sup>23</sup>.

“Una manifestación con sentido, no cualquier manifestación”<sup>24</sup> subraya Lira, que tiene que ver con la forma, con el cuerpo:

“Así como el cuerpo, que es estético básicamente, envuelve al alma, que no sabemos si existe o no, la estética funeraria tiene que ver con esta cosa de envolver y el envolver es como un acariciar, o sea, está el gesto de afecto y ahí está la canalización de ese afecto. Esto es una apariencia -que en primera instancia- aparece de la profundidad, desde un sentimiento, de un gesto que es mágico, porque al hacer este gesto, estoy deseando, porque amo a este que murió, de que eso lo proteja, lo ayude, lo impulse. Es como no abandonar. Y eso es súper interesante, porque tú ves que la gente va al cementerio, es no abandonar”<sup>25</sup>.

La funcionalidad- apariencia de la estética funeraria, permite, desde el ámbito del doliente o familiar, una especie de catarsis, también refrendada por Lira:

“Esta cosa del duelo, de poner una vela, de poner después las flores, de construir la casa, de ir a ver la casa, de ir agregándole objetos. Es un proceso paulatino de duelo, pero al mismo tiempo es un duelo que tiene que ver con una forma, con un objeto, con una manifestación. Van unidos: función y apariencia”<sup>26</sup>.

En la presente investigación se analizan espacios de significación estética, como la Pérgola de las Flores, las floristerías tradicionales al costado de los campos santos, y las intervenciones del recuerdo, los cuales están íntimamente ligados a cierta producción de sentido.

---

<sup>23</sup> *Ibidem.*

<sup>24</sup> *Ibidem.*

<sup>25</sup> *Ibidem.*

<sup>26</sup> *Ibidem.*

Pero, ¿qué importancia tiene que el rojo de la rosa o el clavel se asocie a la sangre, o el blanco a la pureza?

Lira dirá que “las personas tienen un valor simbólico de ciertas apariencias estéticas”<sup>27</sup>. Esto refiere a la cualidad cultural que portan, por ejemplo, los colores y más específicamente, los colores de las flores. Claudia Lira precisa, entonces, que desde ese punto de vista, la estética se convierte en un lenguaje, un valor simbólico que ayuda a transportar el cuerpo del difunto a su lugar definitivo.

Para Osvaldo Cádiz, la estética funeraria tiene un fuerte carácter intercesor, permite “comunicarse con la persona, con la familia del difunto”<sup>28</sup> y constituye -de manera preliminar todavía- la expresión material del vínculo entre vivos y muertos.

---

<sup>27</sup> *Ibidem*.

<sup>28</sup> Osvaldo Cádiz. *Op. Cit.*

## Capítulo II

### El culto a los muertos

*Lázaro, levántate y anda (Juan 11,38)*

Karina Orrego tiene 40 años, y hace 12 años que se ocupa del sector 57 y 59 del Cementerio General. Su padre trabajó 60 años y su madre un poco más de 35 como cuidadores del principal campo santo capitalino.

El principal rol que tiene Karina es mantener limpio el lugar. Barre, riega las plantas, lava los frascos donde se depositan las flores. Su sueldo lo hace según la generosidad de los familiares de aquellos que ya pasaron a mejor vida, y va desde 50 pesos hasta 10 mil o 20 mil pesos. “La propina de las personas es nuestro sueldo”<sup>29</sup>, acota, sonriendo. Dice que se lleva bien con ellos, con los vivos, “pues hay gente que uno conoce de años, a mucha gente la conozco desde que yo venía a acompañar a mi mamá cuando ella trabajaba”<sup>30</sup>.

Karina es de conversar harto, a veces de contar los problemas personales, “como de repente hay gente que viene a desahogarse con uno, o sino “tiramós la talla”<sup>31</sup>. Aunque reconoce que le da rabia algunas personas “que creen que uno es la empleada de ellas, porque compraron un nicho, y que prácticamente el nicho venía con empleada incluida.”<sup>32</sup>

No trabaja todos los días, a veces en la mañana, otras veces en la tarde. Cuando alguien roba en las tumbas que cuida, dice que reta a todos los difuntos por igual. “Cuando no ha pasado nada, yo les digo cómo han estado mis niñitos lindos, cómo se han portado mis guaguas. Esa es la relación que yo tengo con mis muertos”<sup>33</sup>.

Como trabaja hace ya un tiempo, le da mucha pena la muerte de personas que conoció vivas, pero al final de cuentas “así son las cosas” y a esas personas que algún

---

<sup>29</sup> Karina Orrego, cuidadora del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 31 de agosto de 2010.

<sup>30</sup> *Ibidem.*

<sup>31</sup> *Ibidem.*

<sup>32</sup> *Ibidem.*

<sup>33</sup> *Ibidem.*

momento conoció, “ahora les tengo que limpiar las lápidas”<sup>34</sup>. Karina les conversa, los llama por su nombre, “les digo: le voy a cambiar el agua, le voy a limpiar la cara”<sup>35</sup>.

Esta curiosa relación entre vivos y muertos, esa permanente comunión es la expresión de un tipo de imaginario particular en la zona central de nuestro país: la idea de que los muertos están ahí, dando vueltas y que las personas se pueden comunicar con ellos.

Para el imaginario mapuche, cuando muere una persona, ésta pasa por tres etapas: pulli, el jam y el alhué<sup>36</sup>. El pulli, es cuando el espíritu visita la gente más cercana, generalmente a la persona con la cual en vivió y compartió. La segunda etapa empieza ya a recorrer los lugares más lejanos, pero que tuvieron alguna incidencia especial en su vida. La tercera etapa, cuando esta energía se va, definitivamente. En este sentido, según Osvaldo Cádiz, el hecho de decir que el espíritu de una persona “queda por un tiempo vagando alrededor de nosotros”<sup>37</sup> es propiamente mapuche.

La idea del “muerto que pena” según el padre Antonio Delfau, sacerdote jesuita, también proviene de la teología católica tradicional, que refiere a la condición de purgatorio a todos los que han cometido pecados en su vida y que no están listos ni preparados para ascender al cielo. El purgatorio es el estado intermedio entre el cielo y el infierno, donde la persona está purgándose, limpiándose, purificándose de todas sus fallas o males.

“Es por esto que para el imaginario social el muerto está por ahí, dando vueltas y por eso “la gente les reza, le ofrece misa para que vayan definitivamente al cielo”<sup>38</sup>, dice Delfau.

Si bien esta concepción es aceptada por la Iglesia Católica, Delfau sentencia que para la fe cristiana en general “el mito original es el génesis, la creación, donde Dios se supone hace al hombre inmortal, o sea, el hombre está hecho desde su creación para la vida y no para la muerte”. En esa misma línea, la muerte no sería la cesación de la vida,

---

<sup>34</sup> *Ibidem*.

<sup>35</sup> *Ibidem*.

<sup>36</sup> Osvaldo Cádiz. *Op. Cit.*

<sup>37</sup> *Ibidem*.

<sup>38</sup> Padre Antonio Delfau, sacerdote jesuita, director de la Revista Mensaje, teólogo y psicólogo. Entrevista realizada el 14 de septiembre de 2010.

sino “un nuevo nacimiento”, el paso a la vida verdadera “al sueño de Dios para todos los seres humanos, donde no va a ver más enfermedad, ni dolor, ni tristeza (...) donde somos liberados, también, de nuestras propias esclavitudes que nos hacen vivir como muertos estando vivos”, explica Delfau.

Para Osvaldo Cádiz, el área metropolitana es una localidad eminentemente mestiza. Con fuerte influencia picunche<sup>39</sup>, la cultura popular respecto a la muerte, por tanto, asume una serie de ritos “que se fusionan con lo que nos llega desde Europa, y más todavía con el aporte los esclavos negros en el proceso colonizador”<sup>40</sup>. La fusión de estos tres elementos “hará surgir una serie de concepciones en torno a la muerte”<sup>41</sup> que define un pathos cultural, un nosotros inclusivo con todas sus complejidades desde el punto de vista social.

Ahora bien, el modo particular de acercarnos a la muerte y la relación mediata entre vivos y muertos a nivel de imaginario social no es exclusivo ni excluyente de nuestra cultura tradicional. Según Luis Rafael García Jiménez, “no hay sociedad humana que no someta sus difuntos a atenciones particulares”. Ya el primer hombre propiamente tal, el hombre de Neandertal<sup>42</sup>, “ha dejado testimonios de su espiritualidad y ejemplo de ello lo tenemos en las sepulturas, en estos enterramientos se ha podido observar el cuidado con que se disponía el suelo (cubriéndolo con cantos rodados), el cadáver (en posición encogida) y las ofrendas. Estas últimas prueban la creencia en una vida de ultratumba que requería la ayuda de los vivos” (García Jiménez: 2009).

La conciencia de una vida ultraterrena, a juicio de García Jiménez, fue una preocupación constante de las diferentes sociedades a lo largo de la historia. Parece evidente, dirá el autor, que para estas la muerte “era la entrada a un reino del sueño, del que ignoramos si pensaban que podían despertarse, es decir, si la muerte era un estado transitorio o definitivo”. (García Jiménez: 2009). El imaginario en torno a la muerte, que precisa el culto a los antepasados, reposa en dos ideas fuerza, propias de la conciencia humana: “la muerte es muy raramente una aniquilación total del ser”, pues “el difunto sobrevive de cierta forma en un mundo que le es propio y mantiene relaciones estrechas con los vivientes; y esta actitud frente a los muertos se funda en la

---

<sup>39</sup> Picunche o mapuche del norte, es un pueblo originario que habitó la zona central de Chile.

<sup>40</sup> Osvaldo Cádiz. Op. Cit.

<sup>41</sup> *Ibidem*.

<sup>42</sup> el Neandertal es considerado el primer homo sapiens, y el quinto de la clasificación de los homínidos (australopitrus, oreopitrus, zinjantropos, heidilber).

idea de que el hombre es un elemento de la divinidad, ya que sea hecho a la imagen de Dios, o que haya recibido de la divinidad una entidad espiritual que es su verdadera substancia vital (...)Este sentimiento de lazo entre la humanidad y la divinidad lleva lógicamente a ciertas creencias concernientes a las relaciones entre vivos y muertos”. (García Jiménez: 2009).

## El Panteonero de Isla de Maipo

*“Cuando mi voz calle con la muerte, mi corazón te seguirá hablando” (Rabindranath Tagore)*

“Juntos como hermanos, miembros de una iglesia, vamos caminando, al encuentro del Señor”, va cantando un grupo de 50 personas mientras entran lentamente al Cementerio Parroquial de Isla de Maipo. Todos cantan a coro, de memoria, como si todos hubieran aprendido la canción hace muchos años.

Cuatro personas llevan el féretro. Uno de ellos es Pascual Flores (55), panteonero de Isla de Maipo.<sup>43</sup> Desde los 5 años que vive en el pueblo, donde se crió, educó y aprendió el oficio que hace todos los días de la semana.



1Pascual  
de Isla de Maipo

Ilustración  
Flores, el  
panteonero

(Foto capturada el 2 de octubre de 2010 por David Fuentes)

<sup>43</sup> La expresión “panteonero” proviene de una palabra andaluz que significa “sepulturero”.

Lleva 3 años como sepulturero, y 7 años trabajando en la parroquia. Antes, tuvo varios oficios, trabajó en papeleras y en viñas, hasta llegar a su actual puesto. Llegó a la parroquia a los 22 años y allí comenzó a darse cuenta que podía cantar: “uno se va adentrando más cuando se trabaja en esto, se aprende a decir algunas oraciones, a cantar o escuchar alguna historia que se relacione con la muerte”<sup>44</sup>.

Pascual ha visto a generaciones enteras nacer y morir. Esto, lo asume como parte de su vida como enterrador, como sepulturero, como panteonero del Cementerio Parroquial de Isla de Maipo:

“Uno dice, ¡Que chico es el mundo! A veces me entero que fallecieron personas con las cuales yo jugué en la infancia, y ahora la voy a sepultar, ahora yo la voy a cubrir con mis manos. Entonces, son cosas que llegan de repente. Uno está para eso aquí y tiene que ser duro. Todos vamos para allá”<sup>45</sup>.

Él también sabe que uno de los gestos más importantes de su trabajo, más que cavar el agujero donde se enterrará al fallecido, o despejar el camino de la procesión, es cantarle al difunto cuando llega a su “lugar de descanso”. Canta para acompañar, para que no “sea tan frío el momento”<sup>46</sup>, “porque sabemos perfectamente el silencio que puede haber cuando todos se van. Al llegar la familia con la persona, el ambiente cambia, es más triste”<sup>47</sup>.

La función de “acompañamiento” es fundamental para Pascual, sobre todo para la familia del que acaba de pasar a mejor vida. Es una práctica cultural arraigada en Isla de Maipo y en su cementerio parroquial:

“Esto yo lo hago como un favor no más. Hay gente que es muy agradecida y me remuneran un estímulo. No es muy seguido, pero a mí no me interesa mucho esa parte, porque a mí me interesa cantarle a ellos. Normalmente yo salgo en la noche casi siempre a los velorios. Me gusta hacerlo. Incluso me han invitado a cantar en responsos de personas que ya han fallecido, aquí junto a la sepultura. No sé si en Santiago se verá eso. También hay personas que llegan cantando y tocando la guitarra. Los evangélicos normalmente lo hacen”<sup>48</sup>.

---

<sup>44</sup> Pascual Flores, Panteonero del Cementerio Parroquial de Isla de Maipo. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010.

<sup>45</sup> Pascual Flores. Op. Cit.

<sup>46</sup> *Ibidem*.

<sup>47</sup> *Ibidem*.

<sup>48</sup> *Ibidem*.

Pero no sólo les canta a los muertos. Cuando se encuentra a solas con la tumba de algún difunto, le conversa, se encomienda a Dios. Dice que reza por esa persona que ha partido, y también, por los que tienen problemas aún en vida: “siempre uno tiene una palabra que decir para dar un alivio o un descanso a aquel que lo necesita. Siempre hay una palabra que puede ayudar”<sup>49</sup>.

---

<sup>49</sup> *Ibidem*.

## La visita al cementerio: la comunión permanente

*“(...) los recomiendo a ti, OH Cristo, y a tu madre y a toda la potestad celeste, a fin de que su memoria sea celebrada así aquí abajo como en la beatitud de la vida eterna”.* (Le Goff, 1991, p.155).

1 de noviembre de 2010. En todo el país se celebra el día de todos los santos y miles de chilenos repletan los diferentes cementerios. Mientras tanto, el Cardenal Francisco Javier Errázuriz, encabeza la misa para orar por los difuntos al costado de la capilla del principal y más antiguo campo santo: el Cementerio General. El cardenal, según consigna radio Cooperativa, en su edición online del 2 de noviembre, dice “que este día, en que familiares y amigos visitan a sus difuntos, expresa la fe que nosotros tenemos de que esta vida no termina con la muerte, sino que sigue”<sup>50</sup>.

Además, agrega, que pese a que en otros países se visita los cementerios cada 2 de noviembre, el día de todos los difuntos, en nuestro país ocurre un día antes, o sea, el día de todos los santos, pues “con eso expresamos que estamos unidos al cielo y que nosotros vamos hacia allá, y esperamos que todos los familiares también hayan llegado a lo alto”<sup>51</sup>.

Las palabras del Cardenal Errázuriz develan, de alguna forma, esa “fuerza emocional telúrica de la muerte”, ese culto a los muertos, que fecunda la conciencia de la vida más allá de su cesación. Es la comunión con los ya extintos -presente en nuestro imaginario social- a través de la procesión masiva de los vivos hacia el dormitorio de los muertos. Las cifras son decidoras.

El director del Cementerio General, Tulio Guevara, contabilizó en un millón de personas las visitas al cementerio entre los días 31, 1 y 2 de noviembre. Según Guevara, en esos días las personas fueron a “saludar a sus difuntos”<sup>52</sup>.

Pero este fenómeno no se redujo tan solo al General. Según informa el diario El Mercurio, los parques del Recuerdo de Vespucio, Cordillera y Padre Hurtado “tuvieron un récord histórico de visitas, llegando a más de 150 mil personas entre el sábado y el

---

<sup>50</sup>[http://www.cooperativa.cl/medio-millon-de-personas-visito-el-cementerio-general-la-pasada-jornada/prontus\\_notas/2010-11-02/015318.html](http://www.cooperativa.cl/medio-millon-de-personas-visito-el-cementerio-general-la-pasada-jornada/prontus_notas/2010-11-02/015318.html)

<sup>51</sup> *Ibidem*.

<sup>52</sup> *Ibidem*.

lunes, y sin problemas en el orden ni en el funcionamiento”<sup>53</sup>. Tal situación se repitió en todos los cementerios del país.

Para Le Goff, la visita de los deudos a sus difuntos, de algún modo, proviene del motivo católico del recuerdo. Hay antecedentes, en el siglo XVII, del surgimiento de la recitación de plegarias por los muertos en las iglesias. Los llamados *libri memoriales*<sup>54</sup>, cumplían la función de registrar a las personas, las vivas y sobre todo las muertas, “y las más de las veces benefactoras de la comunidad de quienes ésta pretendía conservar memoria y por las cuales se empeñaba en rogar” (Le Goff, 1991, p.154).

En el siglo XI, “se instituye una fiesta anual en memoria de todos los fieles muertos, la conmemoración de los difuntos, el 2 de noviembre”. Pero hay un hecho, que aproximará ineludiblemente los muertos con los vivos: el nacimiento del purgatorio, “del cual era posible, gracias a misas, plegarias, limosnas, hacer salir en un tiempo más o menos breve a los muertos que cada uno tenía en su corazón” (Le Goff, 1991, p.155).

Pero más allá del imaginario social que define un tipo de relación entre vivos y muertos ¿Cómo se explica tal concurrencia de público en Chile? ¿Acaso la gente acude más a los cementerios que antes?

Para Claudia Lira la visita al cementerio tiene que ver con un vínculo que no se pierde: “hay una especie de continuidad, tiene que ver con las raíces ancestrales, donde en el pueblo mapuche por ejemplo, los muertos aparecen en los sueños, siguen vinculados a nosotros, nos aconsejan, nos resguardan de ciertos peligros”. Esto se expresa en el hecho que los deudos visiten a sus difuntos “en fechas importantes de tipo familiar o grupal, 18 de septiembre, Navidad, día del padre, de la madre, el día de los muertos”<sup>55</sup>.

“Y es como si estuvieran vivos y efectivamente para aquel que está vinculado afectivamente con aquel que murió no está muerto, en el sentido estricto, sino que el afecto permite la continuidad de la relación”<sup>56</sup> reconocerá Lira.

Desde el punto de vista social, para el padre Antonio Delfau, “la visita al cementerio en Chile es muy común. Tú vas los domingos y está lleno de gente que está

---

<sup>53</sup> <http://www.emol.com/noticias/nacional/detalle/detallenoticias.asp?idnoticia=70007>

<sup>54</sup> Llamados, a partir del siglo XVII, solamente necrologi u obituarii.

<sup>55</sup> Claudia Lira. Op. Cit.

<sup>56</sup> *Ibidem*.

visitando a sus deudos”<sup>57</sup>. Eso distingue a países como Chile de Europa. “allá tú vas al cementerio y no hay nadie” asegura Delfau.

Tal situación responde, según su opinión, y como se ha dicho, al sincretismo cultural entre lo indígena y lo católico, pues “para nosotros, los católicos, en el cementerio no hay nada, o sea, están los restos de personas que fueron muy queridas para nosotros, pero la persona no está ahí, no está viva, pero hay gente que se instala, que le conversa al muerto, le pone flores, hace el *picnic*”<sup>58</sup>.

Otra de las explicaciones acerca del incremento de las personas que visitan los cementerios se relaciona con el hecho de que la gente ha entendido que no hay que desconocer de donde venimos, ni lo que somos. Esta postura es defendida por Osvaldo Cádiz, para quien “las personas están perdiendo el miedo a la muerte, y lo está tomando en un sentido de que es un paso más allá. Esto ha hecho que la gente se acerque con una visión diferente a los cementerios”<sup>59</sup>.

El cementerio permite materializar el proceso de duelo. Entonces, “el hecho que hagas una acción en la que vas cuidando, haciendo, vas paulatinamente trabajando tu dolor, hay un fenómeno psicológico, ritual”<sup>60</sup> señala Lira. Lo mismo ocurre con el lugar físico donde falleció la persona -a propósito de la animita-, pues está la concepción que algo de ella ha quedado ahí:

“La persona físicamente está en el cementerio, pero hay un resto que tiene que ver con la sangre que es súper potente -que es símbolo de vida- y con el último halito de vida de la persona que queda ahí. La persona vuelve ahí para tomar ese último hálito de vida y vincularse afectivamente como si hubiese una especie de escalera o de vórtice donde yo pudiese hablar a través de ahí y el difunto me escucha, porque fue el último momento donde estuvo y la gente vuelve ahí y hace su canalización. Hay un proceso psicológico de recordar y también de ir sanando como es el proceso del duelo”<sup>61</sup>.

La comunión de los vivos con los muertos a través de los cementerios, y en general, de los lugares físicos que han sido importantes para el difunto, de alguna forma altera la insondable dicotomía entre el *Tanatos* y el *Eros*, o sea entre el instinto de la muerte y el de la vida. En esa relación particular, fundamentalmente divina, pero

---

<sup>57</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>58</sup> *Ibidem*.

<sup>59</sup> Osvaldo Cádiz. Op. Cit.

<sup>60</sup> Claudia Lira. Op. Cit.

<sup>61</sup> *Ibidem*.

también humana, forcejea ese “amor que crea”, que junto con la muerte, “forman la gran tragedia de la vida” (García Jiménez: 2009).

### **La fiesta de los difuntos**

Cada mes de septiembre se celebra en Isla de Maipo a la Virgen de la Merced o Nuestra Señora de las Mercedes, patrona del pueblo. Al término de la celebración se realiza una misa por los difuntos para pedir que descansen en paz. Durante la noche, entre las 8 y las 9 p.m. el cementerio es iluminado por velas que se colocan en las diferentes tumbas. Según Natalia Vizcarra, “se nota lo campestre aquí, a diferencia de Santiago, donde la sepultura es una lápida con el nombre de una persona y un florero para poner tres flores y nada más”<sup>62</sup>.

Durante la ceremonia se nombran a todos los fallecidos durante el año y después el padre pide por todos los que están aquí. Vienen de todas partes del pueblo a ésta “fiesta de los difuntos”.

Para Albertina Soto, madre de Natalia, “todo es muy bonito”, porque “independiente de que “una sepultura no tenga a nadie, no haya venido nadie, las personas le ponen una vela aunque no la conozcan para que la persona no esté sin su luz, porque se supone que es la que los guía”<sup>63</sup>.

“La vela es la luz del alma de los que han partido”<sup>64</sup> cuenta Albertina. Dice que “es hermoso como se ilumina el cementerio con las puras velas y a pesar que puede correr mucho viento, estas nunca se apagan”<sup>65</sup>.

Para Olga Hernández (57 años), florista del Cementerio de Isla de Maipo, la ceremonia es como un “1 de noviembre chico, pero que es muy lindo”<sup>66</sup>. La celebración de la Virgen de la Merced y la posterior misa por los difuntos en el cementerio parroquial es una de las expresiones de la comunión entre vivos y muertos en el campo.

<sup>62</sup> Natalia Vizcarra, visitante del Cementerio Parroquial de Isla de Maipo. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010.

<sup>63</sup> Albertina Soto, visitante del Cementerio Parroquial de Isla de Maipo. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010.

<sup>64</sup> *Ibidem*.

<sup>65</sup> *Ibidem*.

<sup>66</sup> Olga Hernández, florista del Cementerio Parroquial de Isla de Maipo. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010.

Como los cementerios parroquiales –tanto en Isla de Maipo como en Talagante– se encuentran muy cerca del centro de la ciudad, son una suerte de prolongación de ésta, por lo que transitar en ellos es un camino natural para sus habitantes.

La concurrencia a estos cementerios es muy alta, en cualquier día de la semana. Las personas que van a visitar a sus familiares ya fallecidos lo tienen asumido como un rito más dentro de sus vidas. Ya es parte de sus rutinas. Van con sus hijos, hermanos, o con cualquier integrante de la familia a cambiar las flores, cortar el pasto, y rezarles. Todo esto, al menos una vez a la semana.

María Fajardo, florista del Cementerio de Isla de Maipo, señala que “el cementerio acá en la isla es como un mall, porque aquí no hay mucho donde ir. De repente uno terminó de almorzar y dice: vamos a dar una vueltecita al cementerio. Es como para acortar un poquito la tarde. La gente viene al cementerio temprano los domingos a las diez o a las once, incluso hay gente que está a las 8 de la mañana esperando que abran el cementerio. Pero en invierno la gente busca el solcito para venir”<sup>67</sup>.

Del mismo modo, para Natalia Vizcarra “se nota que la gente siempre viene a ver a sus familiares, siempre tienen flores todas las sepulturas”<sup>68</sup>.

Pero esto no siempre ha sido así. Olga Hernández recuerda que hace algún tiempo las tumbas en Isla de Maipo estaban abandonadas. Piensa que la gente tomó conciencia “de que es verdad el cuerpo quedó ahí, se hace polvo, pero el no tener una tumba abandonada es saber que está su familia ahí y recordar y venir y estar con ellos es rico”<sup>69</sup>.

### **Los intermediarios del cielo**

“La Margot tenía un pacto con la Violeta. La que muriera primero, la otra le iba a ir a cantar, porque las dos tenían una gran duda en torno a la muerte, que no existía

---

<sup>67</sup> María Fajardo, florista del Cementerio Parroquial de Isla de Maipo. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010.

<sup>68</sup> *Ibidem*.

<sup>69</sup> Olga Hernández. *Op. Cit.*

otra vida. Margot estaba al interior de Arica, cuando la Violeta se mató, y se le apareció en un sueño. El sueño le avisó. Le dijo “me maté comadre, y hay una mejor vida, y luego la voy a venir a buscar. La Margot despertó y dijo “algo le pasó a la Violeta”<sup>70</sup>. Así cuenta Osvaldo Cádiz la relación que tenía su señora, Margot Loyola, con la destacada folclorista nacional Violeta Parra, quien se suicidó en 1967. Este tipo de pactos manifiesta la necesidad humana de comunión entre vivos y muertos más allá de la visita al cementerio en fechas significativas como 1 de noviembre o las diferentes fechas comerciales como el día del padre o la madre.

Para Duch y Mèlich, “el morir de las personas no es solamente la consecuencia de una manera de disfunción fisiológica, sino que sobre todo se trata de un acontecimiento intracultural que atañe a todo el grupo social, movilizándolo los recursos propios de su memoria colectiva” (Duch, Melich, 2005, p. 325). Esta memoria colectiva está íntimamente emparentada con el recuerdo de los deudos, en esa suerte “de estructura de acogida” del entorno familiar hacia aquel que ya partió.

“Los muertos siguen vivos, mientras nosotros los recordemos” me dijo una mujer muy sabia<sup>71</sup> asevera Cádiz. Y ese recordar permanente se expresa en rituales de variado tipo.

Eduardo Lobos (60 años), florista del Cementerio General, cuenta que hay muchas personas que vienen para aniversarios, cumpleaños, “vienen a tomar once con los deudos, almuerzan, vienen a tomarse un trago de vino”<sup>72</sup>.

Pedro Chamorro (39 años), recuerda que no hace mucho con su suegro y un concuñado hicieron un *Tour* por el cementerio: “visitamos a los papás de mi suegro, mis abuelos, tíos. Venimos a ver, también, al Cristo de los Pobres y después de eso hacemos ya como el cierre de la visita a los cementerios pasando acá. Pasamos al parque de Santiago, al Parque del Recuerdo”<sup>73</sup>.

Una marca representacional en el imaginario sobre la muerte es el carácter intercesor del difunto. Esto ha sido reconocido por Delfau, para quien “los muertos

<sup>70</sup> Osvaldo Cádiz. Op. Cit.

<sup>71</sup> *Ibidem*.

<sup>72</sup> Eduardo Lobos, florista del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 17 de octubre de 2010.

<sup>73</sup> Pedro Chamorro, visitante del Bar Quitapenas. Entrevista realizada el 3 de septiembre de 2010.

cumplen ese rol sustantivo en el imaginario popular católico, de “intercesores”, es decir “personas a las cuales les rezan para obtener un favor”<sup>74</sup>.

En tal sentido, incluso, para la gente que trabaja en el cementerio, la comunión con los muertos es algo del día a día. Jeannette Sánchez (50 años), cuidadora Patio 94, del Cementerio General confiesa que “acá uno se va encariñando con las personas, a medida que van pasando los años, con la gente que fallece y con los que vienen a visitar las tumbas también”<sup>75</sup>.

Al respecto, curiosa es la correspondencia entre las características que tuvo el difunto en vida con su posterior capacidad intercesora. Delfau dirá que “cuando muere alguien inocente, también se piensa que es un buen intercesor, de ahí también muchas veces las animitas, a las cuales les rezan, en parte para que no molesten, y en parte, para que les concedan favores, porque se supone que están cerca de Dios”<sup>76</sup>.

Se asume que aquel que ha entrado al reino de los muertos, ha expiado sus culpas, se ha despojado de todo mal. De ahí el dicho “no hay muerto malo”. Osvaldo Cádiz recuerda al respecto:

“Yo tuve un compadre, que fue integrante del grupo “Palomar”, y era muy “picado de la araña”. Murió en un accidente. Le hicieron una animita en Cauquenes, y la gente empezó a ir a prenderle velas. Entonces alguien dijo: “Lo único que falta es que este huevón se convierta en una animita milagrosa. Eso es lo que pasa, cuando la persona se va, solemos recordar exclusivamente lo positivo”<sup>77</sup>.

Sin embargo, no todos los asiduos al cementerio, vienen específicamente buscando la tumba de un familiar. Ya es parte del imaginario social que rodea al Cementerio General de Santiago, por ejemplo, la existencia de expresiones de devoción popular en las llamadas “tumbas milagrosas”.

Jessica Berríos (42 años), florista del principal campo santo capitalino, asegura que es tradicional que “los pololos vengán donde La Novia, la Olguita, compran una flor y van a la estatua y se juran amor eterno, y que van a estar juntos para siempre (...)

---

<sup>74</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>75</sup> Jeannette Sánchez, cuidadora del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 26 de agosto de 2010.

<sup>76</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>77</sup> Osvaldo Cádiz. Op. Cit.

Otros vienen a pedir que les vaya bien en su pololeo, o que les vaya bien en las pruebas<sup>78</sup>.

El mismo Pedro Chamorro admite que va a ver al Cristo de los Pobres, “que me ha ayudado un par de veces”, y “cuando vengo con ganas de dar vueltas me voy a la tumba de Allende<sup>79</sup>”.



Ilustración 2 Hermita de la Carmencita  
(Foto extraída de La ciudad de los muertos. org).

Los tributos florales, los pedidos de favores, milagros o dádivas a figuras como El Cristo de los Pobres, la Carmencita, La Novia o La Llorona, si bien no se pueden constituir en piezas valiosas de fidelidad histórica, sí testimonian una matriz cultural propia del imaginario en torno a la muerte. Inclusive, más allá de la procedencia católica o religiosa de una que otra sepultura.

Es el caso de los rayados que persistentemente hacen los estudiantes en el mausoleo del ex Presidente José Manuel Balmaceda. Le piden ayuda para pruebas o en sus relaciones amorosas. Es un verdadero “culto a las ánimas”, donde el muerto asume las veces de “santo popular”.

---

<sup>78</sup>Jessica Berríos, florista del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 26 de agosto de 2010.

<sup>79</sup> Pedro Chamorro. Op. Cit.



Ilustración 3 Prospecto de la “Ruta Milagrosa” del Cementerio General de Santiago (Ciudad de los Muertos.org).

Según Delfau, existe una explicación más profunda desde el punto de vista del imaginario católico en torno a la muerte y que remite a dos preguntas: “¿Qué puedo hacer yo por un ser querido que ha partido? Y ¿Qué puede hacer la persona que partió por mí?”<sup>80</sup>

Entonces, la comunión entre vivos y muertos implica dos momentos: rezar por el difunto, como una forma de expresar cariño por él, y el favor que puede conceder éste como una forma de intercesión:

“El difunto puede interceder delante de Dios para que a mí me concedan algún favor y si yo creo, por ejemplo, que el Padre Hurtado está en el cielo, porque fue un hombre santo, entonces yo le rezo a él y le digo que él le pida a Dios que me conceda cierta gracia y si se trata de un familiar mío que yo pienso que esté con Dios, también le puedo pedir a él y la gente te dice: se me murió mi papá, pero él nos sigue cuidando”<sup>81</sup>.

<sup>80</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>81</sup> *Ibidem*.

## La comunión de los vivos

*“Diferentes en la vida, los hombres son semejantes en la muerte” (Lao Tse)*

Jeannette Díaz (42 años) vive en Isla de Maipo. Es una mujer que frecuentemente va al cementerio a visitar a una persona muy querida para ella: su hija. Hace 21 años que falleció, siendo un bebé. Cada dos meses sale con sus otros hijos a visitar a la “hermanita”. Pasa a las pérgolas al costado del cementerio, compra clavelinas japonesas e ilusiones, y hermosea la lápida.

Pero no sólo eso coloca en la tumba, sino también juguetes, peluches, “cosas de guagüita”<sup>82</sup> como dice Jeannette, emocionada. Porque para ella, todavía es su bebé, una parte de su ser de la cual aún no se recupera del todo, a pesar del paso del tiempo.

No es raro encontrar casos similares en los cementerios, ya sean santiaguinos o de los alrededores. Pero hay sutilezas que marcan cambios significativos en el proceso de “cómo se vive, y cómo se vivía la muerte” en el campo.

Jeannette estaba feliz porque había dado a luz a su “angelito”. Incluso, durante su estadía en el hospital, dio instrucciones precisas a su hermana para que le tuviera la casa impecable. De tal forma, que “pudiera ver su reflejo en el piso”<sup>83</sup>. Sin embargo, al día siguiente, su hija había fallecido.

No estuvo en el momento en que la velaron, ni cuando la enterraron. Cuenta que ella estaba en el hospital y su hermana se encargó del funeral. “Habían pensado velarla en la iglesia” (...) pero tenía que ser en la casa, así yo quería”<sup>84</sup> cuenta.

El espacio íntimo de la casa sigue siendo el lugar donde debe ocurrir el rito social del velorio, por lo menos, eso piensan, también, en Talagante.

---

<sup>82</sup> Jeannette Díaz, visitante Cementerio Parroquial de Isla de Maipo. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010.

<sup>83</sup> *Ibidem*.

<sup>84</sup> *Ibidem*.

“Yo no lo voy a venir a tirar acá porque después queda solo”<sup>85</sup> asegura tajante Valeska Pinto, dueña de casa de la ciudad de Talagante. Puesta en el caso que si su papá muriera, jamás lo dejaría en la capilla de la parroquia. Al mismo tiempo, Marta Peña, sentencia que es la familia la que debe acompañar al difunto, pues “en la capilla vienen a cierta hora y lo dejan solo. En cambio, en la casa no, en la casa lo acompaña uno hasta el final”<sup>86</sup>.

Para el padre Antonio Delfau, “El difunto se vela en su casa, porque es el lugar donde ha vivido, y donde se le despide”, mientras que la iglesia “es el espacio, ya sea para la misa antes del entierro, o si no había misa, para ir al cementerio”<sup>87</sup>.

Al respecto, Delfau asevera que “no hay una diferencia entre el campo y la ciudad, sino que el campo está más atrasado que la ciudad, pero cuando ésta última era más atrasada, también, los velorios eran en la casa, pero cada vez es más difícil en la ciudad”<sup>88</sup>.

La emergencia de la vida moderna en las ciudades ha expulsado al difunto de la casa de sus familiares. De acuerdo a Duch y Mèlich, el morir constituye un “fracaso por excelencia” para la lógica productiva y la normalidad de la vida, por lo que debe quedar “al margen de los ámbitos sociales, políticos y económicos regulados y manipulados por las funciones y las competencias de las instituciones técnicas y sociales” (Duch, Mèlich, 2005, p. 344). Al igual que el moribundo presto a morir, “que es entregado al sistema hospitalario, con su característica racionalidad técnica-científica (modelo biomédico)” (Duch, Mèlich, 2005, p. 340); el muerto, y en general el escenario tradicional del morir, tiene que ser objeto de una “drástica transformación y tecnologización” (Duch, Mèlich, 2005, p. 340) en lo que Augé reconocerá “un no lugar”<sup>89</sup>.

---

<sup>85</sup> Valeska Pinto, dueña de casa de la ciudad de Talagante. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010.

<sup>86</sup> Marta Peña, dueña de casa de la ciudad de Talagante. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010.

<sup>87</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>88</sup> *Ibidem*.

<sup>89</sup> Ver Augé, Marc. Los no lugares espacios de anonimato. Una antropología de la sobremodernidad, Barcelona, Gedisa, 1996, pp. 81-118.

En tal sentido, el moribundo y el muerto son lanzados “fuera de lo que constituye el ámbito de lo pensable y de lo nombrable habitual y familiar” (Duch, Mèlich, 2005, p. 345).

Para Delfau, en cambio, hay una explicación más sencilla: la estrechez de los hogares en las grandes urbes. Dirá el padre que “los velorios se dejaron de hacer en las casas cuando una persona empezó a vivir en un piso 11 o 12”<sup>90</sup>. En este sentido, sentenciará Delfau que:

“El invento de las iglesias es un cuento nuevo. En otros países más laicos, existen casas para muertos. En EE.UU y algunos países de Europa existen los velatorios, que no son iglesias, sino que son lugares donde tú trasladas al muerto y tienen todas las comodidades para hacer lo mismo que haces en la casa: salones para estar sentado, tienen servicio de café o té, o de comida, etc. En Chile, gracias a que somos un país sobrio, y pobre, me atrevería a decir, se dio esto de hacerlo en las casas. En el caso de los masones, lo llevan a sus sedes, pero el origen está en el hogar”<sup>91</sup>.

Confirma lo anterior, Osvaldo Cádiz, pues “en Santiago se han ido perdiendo el velorio en el hogar, porque antiguamente la costumbre, y aunque hay gente que todavía lo pide, se velaban en las casas”<sup>92</sup>.

Que sea la casa la última morada del difunto antes del entierro no es pura casualidad. Ya en el siglo XIX, según consigna Marco Antonio León León, el velorio, a diferencia de siglos precedentes, experimentaba “una progresiva intimidación de todos los aspectos que definían el rito” (León, 1997, p. 126). Influenciado por el romanticismo, tan en boga en Europa, el ejercicio del velorio instalaba “el culto a la melancolía”, o sea, esa relación significativa y privada entre los familiares y su difunto en el espacio de la casa. El muerto debía estar en casa, y, por tanto, todas “las actividades normales de ésta debían girar en torno al cadáver, el que era expuesto en una de las salas de la vivienda, convertida a su vez en una capilla pasajera para honrar y rogar por la salvación del alma del individuo” (León, 1997, p. 127).

Al mismo tiempo, la casa durante el velorio se debía transformar, porque “era el símbolo claro de la situación especial por la que pasaba la familia afectada” (León,

---

<sup>90</sup> *Ibidem*.

<sup>91</sup> *Ibidem*.

<sup>92</sup> Osvaldo Cádiz. Op. Cit.

1997, p. 127). Según León León, eso no solo se expresaba en el luto de los asistentes, sino además por el mismo decorado de la habitación” (León, 1997, p. 127).

Pero, ¿qué elementos convergían en el velorio, como ese espacio social y familiar de la casa? ¿Cuánto duraban?

Según Cádiz “generalmente el velorio duraba dos noches, no una sola noche. Tenía que haber comida, bebida -especialmente vino tinto-, y para la amanecida un consomé, o un mariscal para reponer fuerzas”<sup>93</sup>.

La comida era algo trascendental a la hora del velorio. Sin comida ni bebida, no había velorio. Aparte de la familia directa del difunto, siempre llegaban los amigos cercanos y no tan cercanos, vecinos, amigos de los vecinos, y finalmente quien quisiera unirse al “festín”. A la fiesta del fallecido.

Una fiesta donde algunos “terminan bien curados”<sup>94</sup> reconoce con algo de sarcasmo, Verónica Gutiérrez, otra dueña de casa de Talagante. “Para qué nos vamos con cuentos. Uno necesita respeto, y al lado igual están tirando chistes. Está con el dolor y te cuentan chistes y toman y comen”<sup>95</sup>, cuenta Gutiérrez. Es por esto que prefiere la parroquia para velar a algún difunto, porque “cuando uno vela a una persona en la casa, la gente que va se dedica a tomar, a comer, y menos a rezar, que eso es lo ideal”<sup>96</sup>.

Este hecho casi paradójico, también, es consignado por León León, para quien al “congregarse un núcleo significativo de parientes, amigos y familiares, se iniciaba por parte de los anfitriones e invitados una “festividad” en honor al muerto” (León, 1997, p. 138). El autor explica que no queda muy claro el origen de esto, ya sea por un “claro deslinde entre la despedida simbólica hecha al cadáver –por el bien de su alma-, o la celebración de una fiesta más para evadir la cotidiana problemática de los participantes” (León, 1997, p. 138).

Pascual Mora- García, en este mismo sentido, señala que “la muerte también es un invitado en la fiesta”, pues “lo festivo es una manifestación de lo humano demasiado

---

<sup>93</sup> *Ibídem.*

<sup>94</sup> Verónica Gutiérrez, dueña de casa de Talagante. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010.

<sup>95</sup> *Ibídem.*

<sup>96</sup> *Ibídem.*

humano: lo festivo está íntimamente relacionado con el goce, y el goce no tiene límites” (Mora- García: 2005).

El autor cita al dios griego de la fiesta, Dionisios, para enlazar la naturaleza festiva de la muerte con las tradiciones más ancestrales de los imaginarios populares. Dirá que Dionisios “no es para ser pensado, puesto que es: experiencia viva, emociones, sentimientos, quejidos, llanto, expresiones corporales (...) manifestaciones a través de las cuales comienzan a expresarse vidas que fueron reprimidas por el consenso y que, en constante batalla por sobrevivir, fueron arrinconadas a marginalidades sociales y geográficas” (López Pedraza, 2000:68 citado por Mora- García: 2005). Por eso, “la fiesta es el escenario por naturaleza donde se manifiesta la virtud y la pasión, la vida y la muerte” (Mora- García: 2005).

Comida, festividad y muerte, son combinaciones del acto funerario que expresan una “forma de ser”, un nosotros, un pathos cultural muy asociado a la casa, y finalmente, a la tierra. “Aquí la gente es muy arraigada a la tierra y a las tradiciones, y eso es muy valioso, porque eso es cultura en el fondo y la defienden y la hacen notar en la vida y en la muerte”<sup>97</sup> cuenta Vladimir Valencia, párroco de Talagante.

### **Velorio en el campo**

Albertina Soto (75) y Natalia Vizcarra (27) son madre e hija. Ambas viajan de Santiago a Isla de Maipo, todos los fines de semana, ya sea sábado o domingo, a visitar la tumba de su esposo y padre José Efraín del Carmen, respectivamente.

“A mi esposo le dio una trombosis cerebral. Fue a trabajar el día lunes, y llegó como de costumbre a las 4 de la tarde. Hizo todo lo que siempre por costumbre hacía. Se sentó como a las 8 de la noche a ver la teleserie y le dio el ataque. Estuvo siete días en el hospital y al morir, lo llevamos a nuestra casa y lo velamos allí”<sup>98</sup>, cuenta Albertina, con voz trémula y conteniendo las lágrimas.

Su hija Natalia agrega: “Fueron dos días de velorio, luego se trajo el cortejo fúnebre hasta la iglesia de Lonquén, donde se le hizo el responso y después nos vinimos

---

<sup>97</sup> Presbítero Vladimir Valencia, párroco de Talagante. Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2010.

<sup>98</sup> Albertina Soto. Op. Cit.

a su sepultación. No nos gusta la idea de velarlo en la iglesia, por el hecho de que cierran las capillas a una hora determinada. A las 9 o a las 10 de la noche, queda el cuerpo solo de la persona dentro de ella.<sup>99</sup>”

La capilla es una práctica habitual cuando se trata de velar a los difuntos en Santiago. En el campo, en cambio, suele mantenerse firme el velorio de los muertos en el hogar. Osvaldo Cádiz observa esta práctica con mucha naturalidad: “Era muy específico que en cada casa había un lugar donde estaba el muerto, y al lado había otra pieza, o debajo de un parrón, donde iban los amigos a jugar cartas, a contar chistes, a hacer juegos tradicionales. ¿Por qué pasaba esto?, porque había que despedir al “finadito”, al que se iba, con todas las de la ley”<sup>100</sup>.

El párroco de Talagante, no obstante, tiene una mirada distinta en cuanto a la decisión de si velar en el hogar o en la capilla:

“El velar o no velar a alguien en el hogar, es relativo. Si la familia es muy grande y la casa muy chica nos pide el velatorio y lo traen para acá. Lo velan acá y circula la gente. Ahora, generalmente lo hacen en las casas, porque se identifica el lugar, ahí generalmente están toda la noche, lo típico de siempre y bueno, si es una persona conocida, concurre mucha gente”<sup>101</sup>.

Jeannette Díaz, mientras ordena las flores de la tumba de su hija, cuenta que: “es muy linda la vida en el campo, porque toda la gente se conoce, sobre todo para la parte más de campo, como la villita. Familia o no familia, incluso, ni siquiera conocido, llegan al velorio. En invierno se hacen unas fogatas para cuando alguien fallece”<sup>102</sup>.

Natalia se ve serena, calmada, mientras corta los tallos largos de unos claveles rojos, mientras su madre la mira, paciente. Cuenta que cuando murió su papá, vinieron los tíos, amigos, sobrinos, primos “y ellos se encargaron de servirle café a la gente. No nos presten plata para ir al supermercado” nos dijeron. No sé de dónde sacaron todo”<sup>103</sup> señala Natalia.

Albertina agrega: “los vecinos nos trajeron azúcar, te, pan, de todo”<sup>104</sup>.

---

<sup>99</sup> Natalia Vizcarra. Op. Cit.

<sup>100</sup> Osvaldo Cádiz. Op. Cit.

<sup>101</sup> Presbítero Vladimir Valencia. Op. Cit.

<sup>102</sup> Jeannette Díaz. Op. Cit.

<sup>103</sup> Natalia Vizcarra. Op. Cit.

<sup>104</sup> Albertina Soto. Op. Cit.

Natalia mira a su madre, vuelve la vista y dice: “nosotros no somos personas de andar con los vecinos para todas partes, pero igualmente llegaron acá. Y después de los funerales de mi papá, la familia de nosotros organizó una comida para toda la gente que venía de Santiago, porque habíamos salido temprano de allá. Totalmente diferente la gente de acá, de Isla de Maipo”<sup>105</sup>.

El sacerdote Antonio Delfau hace un símil con los ejemplos de esas tradiciones en otros rincones del país:

“Los chilotes utilizaban la expresión: “qué miserables son los ricos”, porque encontraban que esa acción de tirar al muerto a una iglesia, dejarlo solo en la noche, porque la iglesia cierra, te obligan a irte. En la capilla no ofrecen nada, porque la iglesia no presta ningún servicio ni de café, ni té, ni agua, ni menos licor. Los chilotes encontraban que esa actitud era muy miserable, pues la gente no gastaba en nada, como que se deshacían del muerto”<sup>106</sup>.

Desde la concepción del campo, el velorio es una fiesta y una tragedia, pero es una actividad comunitaria. “Todos se apoyan. Uno trae un chanchito, el otro trae un pollo, otro trae huevos, otro trae la damajuana de vino y hasta el día de hoy en muchas poblaciones se hace así”<sup>107</sup> sentencia.

El velorio es en la casa y la gente colabora:

“Las vecinas traen sillas, porque no alcanzan las sillas de la casa, ayudan con azúcar, con un poco de café, té, etc. Eso ocurre porque no es tanto lo que tengan que celebrar, sino que, si vas a pasar la noche en vela rezando y llorando al muerto, acompañando a los familiares, tienes que mantenerte despierto. Las penas se pasan mejor acompañados, cuando los dolores los llevas sólo, es peor. Normalmente la desgracia hace que la gente te acompañe, te acurruque, te proteja, te ayude en su dolor, ese es el sentido que tiene velar en el hogar del difunto”<sup>108</sup>.

Al respecto, existe un requerimiento social en el velorio en la casa: no solo importa velar al difunto, sino cuidar que las visitas se sientan cómodas. Según Cádiz, “la familia del difunto se preocupaba mucho de atender muy bien a todos los que habían ido al

<sup>105</sup> Natalia Vizcarra. Op. Cit.

<sup>106</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>107</sup> *Ibidem*.

<sup>108</sup> *Ibidem*.

velorio. Tanto así, que muchas veces uno llegaba a una casa y preguntaba: ¿y cómo estuvo el velorio? Te respondían: “Mira, estuvo muy bueno, tuvimos que amasar más de 400 panes”. Ellos medían por la cantidad de comida, por el número de gallinas carneadas, etc. También, por el número de tarros de café, nescafé o de café en grano que se consumieran”<sup>109</sup>.

Albertina mira a su hija ordenar las flores para su padre, y dice: “hay una gran diferencia entre Isla de Maipo y Santiago. En la amabilidad, en la cercanía, porque acá se muere un caballero que ha vivido aquí, y todos van a verlo y están con la familia, rezando, y uno lleva un poco de papas, una gallina, lo que haya”<sup>110</sup>.

Parece observarse una comunión mayor, con respecto a la muerte, en los sectores más alejados de Santiago. ¿Por ser lugares con menos habitantes, por lo tanto, hay mayor conocimiento de los unos con los otros? ¿El velorio en un lugar u otro responde sólo a una necesidad de espacio para tener al difunto?

Según León León, “el velorio fue el ritual que por excelencia se encargó de unir a un determinado grupo social junto al cadáver de unos de sus miembros” (León, León, 1997, p.128). Tal como hace dos siglos, cuando alguien moría, los vecinos salían de sus casas, corriendo la voz sobre la mala nueva. Más si era algún conocido del pueblo. “Mucha gente aquí viene a la misa de funeral, acompaña el dolor, hace la procesión desde la misa funeral del templo parroquial hasta el cementerio”<sup>111</sup> asegura el padre Vladimir Valencia, párroco de Talagante.

El mismo párroco reconoce que “el hecho de ser un pueblo un poco distante de la capital, hay en sus relaciones sociales, un poco más de familiaridad, la gente se conoce aquí. Entonces, si fallece alguna persona conocida o destacada de alguna una familia se involucran todos. Todos lo sienten”<sup>112</sup>.

Es la ventaja de ser “un pueblo chico” y así lo asegura el párroco. En Santiago, “puede morir el vecino de una cuadra más allá y no tengo idea quién es. Aquí, de alguna

---

<sup>109</sup> Osvaldo Cádiz. Op. Cit.

<sup>110</sup> Albertina Soto. Op. Cit.

<sup>111</sup> Presbítero Vladimir Valencia. Op. Cit.

<sup>112</sup> *Ibidem*.

forma, la gente se conoce, porque las familias se conocen, los niños fueron juntos al mismo colegio, se formaron en la catequesis”<sup>113</sup>.

Incluso, Lilian Díaz, dueña de casa de Talagante, con un poco de sarcasmo, asegura, que hasta “el que peleó con el difunto viene al velorio, y se tiene que arrepentir todas estas veces, y llora todo lo que quiere”<sup>114</sup>.

Oswaldo Cádiz observa la práctica del velorio, como ese paso de la vida a la muerte y que une tanto “lo sagrado, lo religioso, y a la vez, el compartir, la idea de la comunidad, el “aglutinante social”<sup>115</sup>.

Jeannette se persigna, y dice: “a mi hija le rezo. Es mi angelito, siempre le pido por todo, por sus hermanos, por su abuela”<sup>116</sup>. Cierra los ojos, aprieta los labios y sonrío, mientras tiene la vista perdida mirando la tumba de su hija, mientras sus hijos juegan en los alrededores gritando y correteándose unos a otros.

Albertina toca los pies de la tumba de su esposo y dice en voz baja: “yo converso con él. Le digo “mira viejo, estamos bien, quédate tranquilo”. En la casa están las cosas bien”. Cuando están mal, le digo que no están bien. También le rezo. El día que no vengo no es semana para mí. Tengo que venir a verlo”<sup>117</sup>.

Su hija Natalia la mira, sonrío, y sigue cortando los tallos de los claveles rojos que a su padre, Don José, tanto le gustaban en vida.

---

<sup>113</sup> *Ibidem*.

<sup>114</sup> Lilian Díaz, dueña de casa de Talagante. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010.

<sup>115</sup> Oswaldo Cádiz. Op. Cit.

<sup>116</sup> Jeannette Díaz. Op. Cit.

<sup>117</sup> Albertina Soto. Op. Cit.

## “Paró la chala”

*¿Existe el infierno? ¿Existe Dios? ¿Resucitaremos después de la muerte? ah, no olvidemos lo más importante: ¿habrá mujeres allí? Woody Allen.*

En la cuarta parte de la serie-documental *Cofralandes*, titulada *Evocaciones y Valses* (2002) de Raúl Ruiz, y con un sentido marcadamente poético, la muerte, conversa con Pedro Urdemales, interpretado por el actor Néstor Cantillana. Este es un fragmento del mismo:

“Voz en off: Había leído en Holanda un libro de cuentos folclórico... la muerte, no, en la provincia de Ñuble, así, Pedro Urdemales, ¿o era Pablo, Pueblo? ¿Pablo, Pueblo? No, eso fue después. Era la historia de alguien que hacía un pacto con el diablo.

Pedro Urdemales: qué lástima es ser pobre. Se corre mucho.

La muerte: debe ser terrible.

Pedro Urdemales: no, y lo peor de todo, es que mi vecino subiendo la cuesta es rico. Y mi vecino bajando la cuesta también es rico. Y aquí me tienen hecho un *sanguche*, pero algún día voy a ser rico.

La muerte: ¿y tanto querí ser rico?

Pedro Urdemales: fíjese que sí.

La muerte: yo te hago rico, pero me dai tu alma.

Pedro Urdemales: bueno- y registrándose los bolsillos le pasa un cuchara y la muerte la toma.

La muerte: ya, listo, ahora eres rico, ahora ándate a gastar la plata.

Pedro Urdemales: ¿y quién me metió la plata en los bolsillos?- registrándose de nuevo los bolsillos, sorprendido.

La muerte: el diablo, o sea nosotros.

Pedro Urdemales: ¿y no era que estaba haciendo una encuesta sobre la pobreza?-contesta sorprendido.

La muerte: ¡diablo que no hace encuesta pierde las elecciones! Ya, te fuiste”<sup>118</sup>.

El documental de Raúl Ruiz revela una característica presente en la cultura tradicional chilena: el humor asociado a la muerte. Este es una marca característica del imaginario popular chileno -tanto en las regiones, como en la zona metropolitana de Santiago- que concibe a la muerte, también, como representación folclórica a través de la materialización de un tipo de lenguaje particular: los refranes populares.

Oswaldo Cádiz señala que en general la gran mayoría de los chilenos se toman con mucho humor el paso de la vida a la muerte. Esta característica sociológica se

<sup>118</sup> [http://www.cinechile.cl/pelicula.php?pelicula\\_id=320](http://www.cinechile.cl/pelicula.php?pelicula_id=320)

expresa en la gran cantidad de refranes asociados a la experiencia de la muerte en nuestro país. “Fíjate: “se lo llevó la pelá”, “se puso tieso”, “se puso el pijama de madera”, “se puso orgulloso”, “le dio la pálida”, “dobló la esquina”, “se fue al patio de los callados”, “paró la chala”, “salió con las patas para adelante”<sup>119</sup>. Incluso dos de las frases asociadas a la muerte, constituyen los dos principales tragos de El Quita Penas: *Paró la chala y que en paz descanse*. El primero compuesto por pisco, gin y granadina y el segundo, por ron, licor de café, con helado de vainilla.

“Como dijo el güeón del Enrique Maluenda, cuando uno nace la gente se ríe y la guagua llora, cuando yo me muera me voy a morir feliz y no quiero que nadie llore. He hecho lo que he querido”<sup>120</sup> explica -con una sonrisa en su rostro- José Miguel Mendoza, dueño del bar El Quitapenas, ubicado al costado del Cementerio General de Santiago.

Aunque la función del refrán popular es resignificar la experiencia traumática de la muerte, de la que hablaba Humberto Lagos<sup>121</sup>, el ámbito de la vida y el de la muerte deben separarse en cuanto al imaginario que los precisa. El mismo José Miguel Mendoza reitera el dicho “El muerto al hoyo y el vivo al bollo” para explicar el rol que asume el Quitapenas, porque si bien los comensales del lugar vienen del cementerio, en el bar se olvidan de las “penas” para seguir con sus vidas. Otra variante del mismo dicho es “el muerto a la tumba y el vivo a la rumba”- que se relaciona con la exitosa presencia en nuestro país de los bailes tropicales.

“El muerto se fue, y nosotros tenemos que seguir nuestra vida”<sup>122</sup> dice Cádiz. Al respecto, ese “nosotros”, también, expresa la praxis social de la comunión, revisada anteriormente con ocasión de la naturaleza social de la muerte.

El humor –tal como la festividad en el velorio- es una manera de canalizar la muerte, sobre todo en el campo. Dirá Claudia Lira “que hay que recordar lo positivo que tiene el muerto y cantémosle y sigamos celebrando, porque seguimos vivos”<sup>123</sup>. En este

---

<sup>119</sup> Osvaldo Cádiz. Op. Cit.

<sup>120</sup> José Miguel Mendoza, dueño del bar El Quitapenas, ubicado al costado del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 27 de agosto de 2010.

<sup>121</sup> Ver capítulo Vivos o muertos (Pág.7-9).

<sup>122</sup> Osvaldo Cádiz. Op. Cit.

<sup>123</sup> Claudia Lira. Op. Cit.

sentido, es característico de la tradición popular chilena, integrar la muerte dentro de la celebración. Ocurre lo mismo con el humor.

La fiesta y el humor en el campo tienen un fuerte sentido ritual de honor u ofrenda. En la ciudad, en cambio, se ha perdido eso, pues se piensa que “se pierde el respeto al difunto. Se quita la seriedad a la muerte”<sup>124</sup>.

Sin embargo, el carácter festivo que todavía tiene la muerte en los espacios rurales de la Región Metropolitana -que devela, por cierto, una profunda raíz cultural en la construcción identitaria de lo “chileno”- no es la única expresión del imaginario social en torno a la muerte. Directamente ligado al culto de los muertos se encuentra, también, cierta representación lúgubre y terrorífica de la muerte en forma de creencias y supersticiones.

Si bien parecerá paradójica esta concepción, a partir de lo explicado en capítulos precedentes (la comunión entre los vivos y los muertos a través del cementerio<sup>125</sup>), la aparente contradicción entre la muerte como festividad y gozo y la muerte como “destrucción” de lo vivo, no hará más que develar el sincretismo que asume el imaginario social- popular chileno en la zona metropolitana de Santiago.

La muerte como objeto de creencias y supersticiones precisa un tipo de imaginario que por un lado, significa el espacio fúnebre que representa el cementerio por lo menos en Santiago; y el espacio de diferenciación simbólica entre los vivos y los muertos que se verá con ocasión del Quitapenas.

---

<sup>124</sup> *Ibidem*.

<sup>125</sup> Ver capítulo La visita al cementerio: la comunión permanente (Pág. 31-34).

## ***El miedo primigenio: mitos y supersticiones***

*De todas las desesperaciones, la de la muerte tiene que ser la peor. Ella y el miedo a morir, cruz y raya.*

*Cuando ya se puede pronosticar el día y la hora.*

*Hay una fea probabilidad de que el miedo a morir y la desesperación de la muerte sean normalmente inseparables como la uña y la carne (Enrique Lihn, Diario de Muerte).*

Y vino el desenlace....

“Cuando efectuaba yo los pases magnéticos, entre gritos de «¡Muerto, muerto!», que hacían por completo explosión sobre la lengua, y no sobre los labios del paciente, su cuerpo entero, de pronto, en el espacio de un solo minuto, o incluso en menos tiempo, se contrajo, se desmenuzó, se pudrió terminantemente bajo mis manos. Sobre el lecho, ante todos los presentes, yacía una masa casi líquida de repugnante, de aborrecible putrefacción”<sup>126</sup>.

El escritor norteamericano Edgar Allan Poe ya lo describía con espuria sutileza en *La verdad sobre el caso del señor Valdemar*. La descomposición, tal como refiere Allan Poe, es la condición de los ya muertos y constituye, para Delfau, uno de los miedos primigenios a la muerte.

Se preguntará Delfau: ¿qué es lo que uno ve cuando alguien muere? ¿Qué es lo que uno ve en un cuerpo que pierde totalmente la vida? La respuesta es ineludible: “Un cuerpo que queda rígido y que después se descompone. Eso es lo que hace pavorosa la muerte, porque la muerte es perder a alguien que antes teníamos con vida y constatar que esa persona se aniquila, se destruye”<sup>127</sup> señala.

Mora- García dirá que “el miedo a la muerte permanece como uno de los imaginarios de mayor significación en la historia del hombre, (...) transformándose en una verdadera tanatofobia” (Mora-García: 2005). Una tanatofobia que va más allá de la muerte como un concepto, de una especie de símbolo cáustico de cesación, de término u descomposición. La muerte aterra, también, por su naturaleza premonitoria, inexorable, eterna.

<sup>126</sup> <http://www.angelfire.com/ne/bernardino3/valdemar.html>

<sup>127</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

Ramón Acevedo, comensal de El Quitapenas, cuenta que pasar todos los días por el Cementerio General le produce algo. “Es algo cuático” confiesa, “porque es el lugar donde vamos a llegar todos”<sup>128</sup>. Esta es la certeza última reconocida por Humberto Lagos. Este es el destino insondable de la vida: morir.

José Miguel Mendoza, administrador del local, asevera que los primeros meses como dueño del Quitapenas, se “cagaba la psiquis”<sup>129</sup> por el tránsito constante de carrozas, ese olor a muerte que ronda el ambiente frente al Cementerio General. Es que a los vivos no les gusta convivir con los muertos, pese a vivir de los muertos. “La muerte es una *wea* que le tengo más miedo que la chucha. No me quiero morir ni cagando”<sup>130</sup>, reconoce.

No obstante, la conciencia de la inmortalidad, más allá de la propia mortalidad constituye uno de los diques de contención para el imaginario católico frente a ese miedo ancestral a la muerte. Por ejemplo, para Sartre “la necesidad de trascendencia ha permitido caracterizar la propia existencia humana” (García Jiménez: 2009), pues aunque la muerte “es un simple hecho como el nacimiento, es un problema fundamental para el hombre” (García Jiménez: 2009).

Jeannette Sánchez, quien lleva más de 27 años como cuidadora del Cementerio General, al respecto, reconoce “que la muerte es algo inevitable, pero todos vamos a lo mismo, y esperar en Dios de que haya una mejor vida, e irnos con él, por supuesto”<sup>131</sup>.

Del mismo modo, Paula Fuentes, ve a la muerte “como un descanso y yo espero la muerte cuando yo la desee. Digo: Dios, por favor, llévame cuando esté cansada, de un dolor, de un cáncer (...) todo depende de cómo uno se muera. A veces la gente no descansa”<sup>132</sup>.

Pero no todos piensan lo mismo. Por ejemplo, Sandra Sepúlveda, señala que le asusta la muerte, más que nada “por lo que voy a dejar”. Dice que “es normal que se mueran los padres antes que los hijos. Es la regla general de la vida (...) pero me asusta

<sup>128</sup> Ramón Acevedo, comensal de El Quitapenas. Entrevista realizada el 3 de septiembre de 2010.

<sup>129</sup> José Miguel Mendoza. Op. Cit.

<sup>130</sup> *Ibidem*.

<sup>131</sup> Jeannette Sánchez. Op. Cit.

<sup>132</sup> Paula Fuentes, comensal de El Quitapenas. Entrevista realizada el 3 de septiembre de 2010.

más morirme que antes, por mi hija, porque tampoco sabes lo que va a pasar con ella después”<sup>133</sup>. El miedo a la muerte, también, asume la condición de lo innombrable, sobre todo cuando muere alguien que no debería morir. Sandra explica que “todo tiene nombre”. “Si se te muere tu papá, eres huérfano, si se te muere tu marido, te quedas viuda, pero si se te muere tu hijo...eso no tiene nombre”<sup>134</sup>.

Lo innombrable, la cesación o extinción de la persona, la descomposición, siendo ya motivos para un terror naturalizado en las sociedades humanas occidentales, no puede obviar, por otra parte, la memoria trascendental de la muerte asociada al encuentro sobrenatural entre vivos y muertos. Es la posibilidad cierta de ver, sentir o palpar a aquellos que ya no tienen vida. Simplemente: el terror de los vivos es encontrarse con los muertos.

Ligada -estrecha y sincréticamente- a la concepción mapuche de la muerte, según Osvaldo Cádiz, existe una energía fundamental “que recorre algunos lugares y que se trata de manifestar de alguna forma, quizás con un ruido, con algo que se movió”<sup>135</sup>. El espíritu no está en paz, por tanto, se expresa, “pena”. Peor será el destino de los que mueren violentamente, pues el espíritu quedará vagando por mucho tiempo, “mientras no se le haga justicia”. “Es un alma en pena que no ha podido encontrar el camino”<sup>136</sup>, dice Cádiz.

Sandra Sepúlveda cuenta que después de dos semanas de haber muerto su bisabuela, su hija, que en ese tiempo tenía tres años le preguntó un día: “mamá, ¿cuándo voy a tener alas igual como la mamita? y yo le digo, ¿por qué, danita? “Y me contestó que la mamita va volando por el cielo”<sup>137</sup>. Después, al otro día, “se juntaron mi mamá con mis tías y a todas las había ido a ver, a todas se les sentó en la cama, la vieron”<sup>138</sup>.

Pedro Chamorro, por su parte, señala que “tú puedes salir tan curado (del Quitapenas) y vas a quedar aquí mismo, vas a salir, te van atropellar y te van a matar y estas al lado del cementerio”<sup>139</sup>. También puede ocurrir, dice Chamorro, que la gente

---

<sup>133</sup> Sandra Sepúlveda, comensal de El Quitapenas. Entrevista realizada el 3 de septiembre de 2010.

<sup>134</sup> *Ibidem*.

<sup>135</sup> Osvaldo Cádiz. Op. Cit.

<sup>136</sup> *Ibidem*.

<sup>137</sup> Sandra Sepúlveda. Op. Cit.

<sup>138</sup> *Ibidem*.

<sup>139</sup> Pedro Chamorro. Op. Cit.

sale tan curada que en la noche van a ver un alma en pena y se les va a pasar la curadera”<sup>140</sup>.

José Miguel Mendoza, recuerda que cuando murió el Gato Alquinta, se quedó hasta las 5 de la mañana en el Quitapenas, “cerramos y sentí ruidos, se movían las mesas. No soy muy creyente de esas cosas yo, pero mejor me quedé afuera con el guardia. Soy temeroso”<sup>141</sup>.

Para Claudia Lira hay un cuidado especial y un respeto abisal con el muerto. El alma tiene que quedar tranquila, en paz “y eso es muy importante para que se vaya al otro mundo (...) que resuelva sus problemas, que se despida, que no haya nada que la ate acá, sino que pueda irse liviana”<sup>142</sup>. El darle en el gusto a los muertos, a juicio de Lira, se ha vuelto “muy potente en los últimos diez años”<sup>143</sup>.

Pero los fantasmas generalmente se han relacionado con el espacio que deben o deberían habitar: los cementerios. Es en este lugar sacro, donde se vivencia un tipo de imaginario fúnebre asociado a las supersticiones. Es en este punto donde hay que precisar, eso sí, dos conceptos que muchas veces se confunden, pero que tienen profundas diferencias conceptuales: superstición y mito.

Según la Real Academia de la Lengua Española, el concepto de superstición admite dos acepciones: “una que la define como creencia extraña a la fe religiosa y contraria a la razón y otra que refiere a esa fe desmedida o valoración excesiva de algo”<sup>144</sup>. El mito, en cambio, para Thomas Winter, “es la manera en que una sociedad comprende e interpreta la realidad. El mito le provee de la explicación del Mundo y de la participación del hombre en él” (Winter: 2007).

Del mismo modo, para Juan Rivano, los mitos “responden a su manera a cuestiones que no estamos en condiciones de responder en ninguna otra, como el amor, el sacrificio, el bien y el mal, la muerte y el destino (...)” (Rivano, 1987, p. 20). Entonces, la función del mito con respecto al hombre es explicar su propia existencia, como también, de aquello que es inconmensurable como la muerte. Es aquí donde es

---

<sup>140</sup> *Ibidem*.

<sup>141</sup> José Miguel Mendoza. Op. Cit.

<sup>142</sup> Claudia Lira. Op. Cit.

<sup>143</sup> *Ibidem*.

<sup>144</sup> [http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO\\_BUS=3&LEMA=superstici%C3%B3n](http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=superstici%C3%B3n)

posible encontrar, por un lado, el carácter mitológico del cementerio y, por otro, la exageración de su propia capacidad demiúrgica en forma de superstición.

La concepción profana del cementerio proviene, según León León, de la doble articulación mitológica día-vida y noche-muerte. Para el autor, “desde tiempos inmemoriales se ha asociado el día “con la etapa en que fluía la vida de los hombres; y la noche, con el momento en que se establecía el imperio de la noche, creándose de seguro por vías más bien instintivas, lazos directos entre la noche, la muerte, el mal y todo aquello que fuese en contra de la normalidad de la vida diaria (León, 1997, p. 224-225)”.

En este sentido, para León León “las referencias a espíritus, zombies, y otros seres de ultratumba que perturbaban la tranquilidad de las personas, fueron, y son, una muestra de los temores antiquísimos” (León, 1997, p. 225). Lo anterior confirma el estigma negativo que portan los cementerios, sobre todo, los cementerios tradicionales. Estos se asocian con la descomposición de los cuerpos y las ánimas en pena.

León León, citando a Louis-Vincent Thomas, señala que “el cementerio es un lugar simbólico de múltiples significaciones, no solamente un terreno donde están juntos los árboles, los cercos vegetales y las piedras, sino también una representación de los panoramas y los sueños que el hombre lleva en su corazón” (León, 1997, p. 228). Ejemplo de la exageración que adquiriera el cementerio en tanto imaginario fúnebre se encuentra en lo dicho por Sandra Sepúlveda, quien aconseja que “en invierno, después de las 6, ni cagando te quedas encerrado en el cementerio. A mi me pasó. Llegamos con una amiga y se nos pasó la hora. Nosotros nos perdimos adentro”<sup>145</sup>.

El espacio del cementerio como representación de la conciencia de la muerte implica un respeto irrestricto de los vivos para con los muertos. En este sentido, se parte de la noción que no se debe perturbar el descanso eterno de los difuntos, pues si eso ocurre, estos pueden “vengarse y salir de sus tumbas”. De ahí se derivan una serie de supersticiones a partir de la naturaleza simbólica del campo santo en lo particular, y de la muerte, en lo general.

---

<sup>145</sup> Sandra Sepúlveda. Op. Cit.

Doris Rojas, asegura “que en el cementerio yo no piso una tumba. Tengo que pasar por el lado. Para mí están ahí, están presente”<sup>146</sup>.

Paula Fuentes, otra de las comensales de El Quitapenas, dice “que cuando vienes a un funeral, no puedes pasar a ver a otro muerto. Tu venís a dejar al muerto y te vai. No venís a pasear. Se supone que eso no se puede hacer. Tampoco puedes comer, ni tomar bebida ni nada”<sup>147</sup>.

Por otro lado, Sandra Sepúlveda, cuenta que “si te llevas algo del cementerio, como que te siguen, ya sea una flor, una piedra, lo que sea”<sup>148</sup>. Eso mismo le pasó a su abuela, dice: “ella estando en el General le gustó una planta y se la llevó para su casa en Cerro Navia. Un día salió al patio a buscar agua y la planta la llamaba y al otro día fue a devolver la planta. No te puedes llevar nada”<sup>149</sup> señala tajante.

Es bien conocida, también, la superstición que dice que si sales de un cementerio tienes que sacudirte bien los pies, “sacarte toda la tierra, porque si te llevas tierra en los zapatos es como que te llevas la muerte para la casa”<sup>150</sup> asegura Sandra.

Incluso, frente a los *tour* nocturnos que se realizan en el Cementerio General, la misma Sandra Sepúlveda, señala que no los comparte, porque “para mí los muertos se respetan. Venir en la noche al cementerio a ver si te sale algún muerto, algún fantasma, es como faltarle el respeto”<sup>151</sup>.

Para Cádiz, esto es la expresión de cómo la vida sobrenatural, es reflejo de la vida natural. Este es el caso de la creencia de que si se moría una persona, tenía que irse acompañada. Es decir “murió uno, entonces faltaban dos. Conocidos dentro del barrio, o conocidos tuyos”<sup>152</sup>.

Mónica Moya, florista de la Pérgola de San Francisco, cuenta al respecto, que cuando se murió una florista del sector, la Anita, se murieron “tres al hilo”: el chato

---

<sup>146</sup> Doris Rojas, Comensal de El Quitapenas. Entrevista realizada el 3 de septiembre de 2010.

<sup>147</sup> Paula Fuentes. Op. Cit.

<sup>148</sup> Sandra Sepúlveda. Op. Cit.

<sup>149</sup> *Ibidem*.

<sup>150</sup> *Ibidem*.

<sup>151</sup> *Ibidem*.

<sup>152</sup> Osvaldo Cádiz. Op. Cit.

Lalo, la Anita y la Carola. “El chato Lalo era casado con la Caro. Por meses la vino a buscar. Estaban los dos enfermos. Claro, decir que la vino a buscar, porque se sentía solo”<sup>153</sup> asevera Moya.

### **El campo, ¿proliferación de supersticiones?**

“¿No sería deseable recibir una comunicación del más allá, con la hora y el día exacto de nuestra muerte, eso, y un revolver invisible?”(Enrique Lihn, Diario de Muerte).

“Este era un hombre. Vivía con su madre. Cuidaba una casa patronal, en el campo de Chile. Un día el hombre encontró un hueso en el jardín. El hueso estaba agujereado. Era una flauta ese hueso. El hombre tocó música con esa flauta. Y la música se volvió canción. La voz de la canción suplicaba que buscaran los otros huesos de su cuerpo disperso. El hombre y su madre se fueron por esos caminos de Dios y de los mil demonios, buscando los huesos con que componer el esqueleto de aquel cristiano”<sup>154</sup>.

Este es el trailer promocional de la serie *La recta provincia* de Raúl Ruiz, emitida en TVN el 2007 y que, de algún modo, refleja el imaginario popular campesino comúnmente aceptado, que asocia parentalmente la muerte con el campo chileno.

No obstante, con respecto a la naturaleza mítica y sobrenatural de la muerte en Isla de Maipo y Talagante, hay que consignar un fenómeno bastante particular refrendado por las personas que viven en estos lugares y que diferencia los tipos de imaginarios sociales en torno a la muerte en Santiago y en el campo: la significación de la muerte y la connotación del espacio del cementerio.

Olga Hernández, florista de Isla de Maipo, cuenta que “acá no existe ese miedo a la muerte. El muerto es muerto. ¿A quién tú le temes? Al vivo, no al muerto. Yo al vivo le tengo miedo, pero no al muerto. Todo lo contrario. El muerto te acompaña. Si tú tienes fe, primero en Dios, los muertos son ángeles. No hay que tenerles miedo”<sup>155</sup>, dice.

También, hace un vínculo entre la falta de educación y la creencia en supersticiones con relación al cementerio:

---

<sup>153</sup> Mónica Moya, florista de la Pérgola de San Francisco. Entrevista realizada el 17 de octubre de 2010.

<sup>154</sup> <http://programas.tvn.cl/Larectaprovincia/2007/>

<sup>155</sup> Olga Hernández. Op. Cit.

“Si en Santiago las personas creen en esas cosas, son más ignorantes que nosotros que somos del campo. ¿El muerto qué te va a hacer? No te hace nada. Yo como uvas encima de una sepultura, he comido tomates, he comido ají y todavía estoy aquí. Eso es tonto, es gente ignorante. La ignorancia hace pensar tonterías”<sup>156</sup>.

Raúl González, visitante del Cementerio de Talagante, dice que existen otro tipo de creencias. “No, acá no hay supersticiones. Acá sólo hay brujas. Se dice que andan en todos lados. Yo no creo en brujos, pero pasan cosas raras. Los brujos son mayores que las supersticiones”. Acá estaba la Yamilett, una niña que hacía milagros supuestamente, pero no era así. Lo que pasa es que acá la gente tiene enfermedades psíquicas. Se llenó Talagante de esas personas”<sup>157</sup> explica.

Por otro lado, el cementerio asume un rol simbólico preponderante en el imaginario social. Los cementerios de Isla de Maipo y Talagante no sólo remiten exclusivamente a los muertos, a lo simplemente oscuro o tenebroso, sino que pareciera ser una extensión de la vida misma, de la crianza, de la infancia. Allí están los familiares, los ancestros, los amigos.

Al parecer, cierta reminiscencia premoderna se asienta en estas localidades, donde la muerte sigue estando “presente en la vida cotidiana, en el núcleo familiar, en el hogar, justo en el centro de la ciudad” (Duch, Mèlich, 2005, p. 346).

Ana Guerrero, florista de Isla de Maipo, cuenta que acá “hay gente que le da miedo el cementerio. Yo vivo tres casas más allá y hay gente que me pregunta cómo puedo yo vivir cerca del Cementerio. Yo le digo: sí pues, me crié aquí, jugaba en un patio aquí antes, el patio de la casa”<sup>158</sup>.

Del mismo modo, Felipe Contreras, comensal del “Catula”, bar que colinda con el Cementerio Parroquial de Talagante, recuerda que “nosotros cuando chicos jugábamos dentro del cementerio, nos escondíamos en los nichos, estábamos acostumbrados a hacer ese tipo de cosas”<sup>159</sup>.

---

<sup>156</sup> *Ibidem*.

<sup>157</sup> Raúl González, visitante del Cementerio de Talagante. Entrevista realizada el 23 de octubre de 2010.

<sup>158</sup> Ana Guerrero, florista del Cementerio Parroquial de Isla de Maipo. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010.

<sup>159</sup> Felipe Contreras, comensal del “Catula”. Entrevista realizada el 23 de octubre de 2010.

El reconocimiento del cementerio como un lugar más del pueblo, como el mercado o la plaza, se explica por la ubicación espacial de estos en la centralidad de la vida social en Talagante o Isla de Maipo. En este sentido, no hay una separación del cementerio con respecto a la ciudad. El cementerio se ve todos los días, el vínculo con él ha existido desde siempre, desde su fundación<sup>160</sup>, por tanto, el cementerio también pertenece a los vivos.

Al respecto, Claudia Lira reconocerá, a nivel de imaginario, las características que asume la muerte dependiendo de los grados de proximidad social o cultural. Dirá que “cuando se oculta la muerte, le asignas un rango tenebroso. Pero, cuando tú no la ocultas, la muerte se integra y pasa a ser parte de la vida, como un paso más, que continua, o sea, se muere el padre y continua en los hijos, y los hijos continúan en los nietos. Hay una secuencia natural. Es un proceso. Es una puerta que se abre y no una puerta que se cierra<sup>161</sup>”.

Esta puede ser una de las razones por las cuales no hay asociación de supersticiones negativas con los difuntos en Talagante e Isla de Maipo. Los muertos fueron, son y serán parte de la vida para los parroquianos.

Ellos descansan en paz....

---

<sup>160</sup> Nota de los entrevistadores: Incluso, en el momento que pedimos autorización para tomar fotografías en el cementerio de Talagante, nos preguntaron por qué pedíamos permiso. Pareciera ser que no opera esa prohibición o reglamentación a veces entendida como respeto, sino que el modo de entender el cementerio es otro. El no difundir la imagen de la tumba o del “lugar del muerto”, no parece ser algo lógico en estos pueblos. No se le otorga mucha relevancia. Si alguien toma una fotografía, será “para recordar”, o porque “le gustó la tumba”, no hay mucho más análisis que ese.

<sup>161</sup> Claudia Lira. Op. Cit.

## **Cementerio y Cementerios: la ciudad de los muertos**

La Iglesia Católica definió siempre al cementerio como un espacio sagrado, reposo y dormitorio de los difuntos. En tal sentido, el cementerio recogía los tres dogmas del catolicismo tradicional: “la inmortalidad del alma, la comunión de los santos y la resurrección de los muertos” (León, 1997, p. 212)

Según León León cuando el cementerio pasó a ser un lugar profano, público y estatal, separado de la Iglesia, adquirió el sentido civil de reflejar los diferentes estamentos de la sociedad. En otras palabras: era una suerte de “representación simbólica de la sociedad” (León, 1997, p. 216).

Es aquí donde aparece la noción de la ciudad de los muertos. El cementerio cumplía la función de un museo, “donde las tumbas, aparte de servir para receptáculo de los cadáveres, debían constituir, también en un obra de arte para el deleite de los visitantes (León, 1997, p. 216). En ese contexto, se ubicó la construcción de grandes mausoleos, destacando la posición social, la trascendencia de los extintos a través de la escultura, los jardines y los monumentos.

### **Cementerio General**

El Cementerio General es el espacio funerario por excelencia de la ciudad de Santiago y del país. Su primer reglamento (1821) definió su razón de ser como “un lugar de entierro y de respeto a la memoria de los fieles” (León, 1997, p. 72).

Se erigió en el antiguo barrio La Chimba, de Recoleta, a bajo costo, gracias al material de construcción procedente del Cerro Blanco y bajo la tutela de la principal autoridad del gobierno y la patria, el Director Supremo, Bernardo O’Higgins. Pese a su origen eminentemente ilustrado, el primer cementerio del país, mantuvo por muchos años su impronta religiosa-católica.

Según León León, la legislación que se dictó con posterioridad a la creación del Cementerio General, “tuvo un carácter fragmentario” (León, 1997, p. 42), propiciando

la construcción de cementerios extramuros en las diferentes ciudades del país, pese a la oposición de los sectores católicos más conservadores.

De acuerdo a lo que consigna el mismo autor, el 26 de julio de 1832, se procedió a dictar un nuevo ordenamiento legal, esta vez, para reglamentar el funcionamiento interno del Cementerio. Se estableció las distintas divisiones del espacio físico, las atribuciones de los empleados, como también, el lugar ocupado por los diferentes “ritos” del catolicismo. Al respecto, “los capellanes debían rezar todas las noches el rosario, acompañados de los sepultureros y los conductores de los carros mortuorios” (León, 1997, p. 79).



Ilustración 4 Entrada por Avenida Recoleta del Cementerio General  
(Fotografía capturada el 31 de agosto de 2010 por Francisco Marín)

Del mismo modo que los muertos que profesaban la religión católica, tenían acceso al principal campo santo, los disidentes, en cambio, eran enterrados en los faldeos del Cerro Santa Lucía.

Esta situación se revirtió, durante la década de 1870, y en especial, desde 1883, donde se inicia el “proceso de secularización oficial” (León, 1997, p. 45) que despojan “de su contenido religioso a las principales actividades y ceremonias católicas” (León, 1997, p. 45). La culminación de este proceso se da con la promulgación de la Ley de Cementerio Laicos, que termina definitivamente con la segregación sagrada-profana

(católico-no católico) de los muertos y que transformó al Cementerio General en un espacio profano, provocando airadas reacciones en el ámbito clerical, siendo execrados –mediante decretos- muchos de los cementerios dependientes del Estado por la Iglesia Católica.

La existencia del Cementerio Católico, creado en 1883, no solo constituyó la respuesta clerical a los decretos estatales que permitían “la promiscuidad de las tumbas” dentro de los cementerios laicos, sino manifestó la porfía de un sector considerable de la población nacional en la mantención del ideario religioso-católico. Es así que los problemas se mantuvieron a comienzos de la última década del siglo XIX, conciliándose hacia 1890, por las gestiones del entonces Presidente Balmaceda y el Arzobispo de Santiago, Mariano Casanova.

La modernización del Cementerio General se inició a finales de siglo, y tuvo como misión la ampliación del mismo y, presumiblemente, la construcción de la fachada principal, en un estilo evidentemente neoclásico, “con un gran volumen pesado y alto en el centro, compuesto por la torre que lleva la cúpula (...) por las cuidadosas hiladas de piedra que iban de extremo a extremo, y por el alto muro de circunvalación” (León, 1997, p. 88), la nueva cara visible del cementerio por Avenida La Paz.

Desde sus sencillos inicios, caracterizado por sus murallas de adobe, hoy en día, el Cementerio General de Santiago es más que un pedazo de tierra que sirve de entierro a cuerpos carentes de signos vitales; es en sí el reflejo de más de 150 años de la historia de Chile, de sus dolores y tradiciones.

A meses de haber celebrado el tan esperado Bicentenario, este sitio, es sin duda, un reflejo de un modo de sentir como país y, probablemente, entrega pistas en la manera en que nos proyectamos identitariamente. No por nada se hacen los famosos *tours* nocturnos, conducidos por guías y actores, que en menos de dos horas entregan un *trailer* de nuestra memoria, pasando por los principales hitos nacionales y a su vez encarnando a las personas que han causado renombre a nivel internacional.

Al adentrarse en la ciudad de los muertos, no es muy difícil percibir que uno se encuentra en un espacio con sus propios lenguajes y códigos. Existen horarios de entrada y de salidas, puntos específicos en dónde sacar agua y lavar recipientes, reglas

al realizar un funeral. Dentro de las más peculiares se encuentra -según sus cuidadoras- tumbas a las que no se acercarse después de las siete de la tarde, pues “hay muertos que salen a jugar y otros hacer maldades”.

Sin embargo, en él siguen habiendo códigos que trascienden a la muerte, de eso deja rastro visible la “jerarquización social”, concepto que no discrimina en la manera que tenemos de despedirnos de este mundo, pero sí lo hace en la forma en que materialmente transcendemos en él. Así lo confirma Claudia Lira, cuando refiere al “clasismo” de la cultura tradicional chilena, que se expresa, también, en los lugares de inhumación como el Cementerio General, “desde la monumentalidad hasta la gente que está enterrada en tierra. Y yo no sé si pasa en otros países. Los chilenos somos muy clasistas y es parte de la identidad”<sup>162</sup> señala.



Ilustración 5 Mausoleo en forma de panteón griego  
(Fotografía capturada el 27 de agosto de 2010 por David Fuentes)

En este mismo sentido, precisará Antonia Benavente que los espacios funerarios, en general, son el depósito de diversos testimonios arquitectónicos y escultóricos, los cuales poseen un doble valor de referencia: “ante todo, son una muestra a pequeña escala de sucesivos estilos escultóricos y arquitectónicos que emergen contemporáneamente en la ciudad (...) y al mismo tiempo, que los cementerios son un

---

<sup>162</sup> Claudia Lira. Op. Cit.

indicador de las bases imaginativas, de las connotaciones de las cargas simbólicas e incluso hasta de los complejos procesos psicológicos que subyacen a cada estilo y a cada monumento artístico (Benavente:1997).

Incluso, las tan estereotipadas clases sociales, se encuentran vigentes en el mundo de los muertos. La cuidadora Jeannette Sánchez cuenta que “allá arriba está la clase alta, más abajo la media y al final los sectores populares, con banderas del Colo-Colo o de la Universidad de Chile”<sup>163</sup>.

La diferenciación más marcada se ve en la monumentalidad de las tumbas, nichos o mausoleos. Estos dan cuenta de la identidad, gustos y pertenencia social del difunto. Según Benavente, esto demuestra “la vanidad del hombre de fijar su memoria en ese espacio funerario con una escultura o una obra arquitectónica, la que lo mantendrá en el recuerdo de los vivos para siempre” (Benavente: 1997).



Ilustración 6 Patios de la “llamada clase media”  
(Fotografía capturada el 27 de agosto de 2010 por David Fuentes)

Por un lado se encuentra la clase media con sus tumbas de cemento separadas con las otras por un espacio razonable para poder diferenciarlas, pero en sí se cimientan de manera bastante similar en su arquitectura.

<sup>163</sup> Jeannette Sánchez. Op. Cit.

En el extremo norte se localizan los mausoleos, que se imponen como verdaderas casas ostentosas, algunas de éstas poseen símbolos que dan cuenta de sus identidades de pertenencias. Junto a éstas tumbas, en su mayoría de tradición familiar, encontramos a personajes de la historia de Chile como Salvador Allende, Fray Camilo Henríquez, Jaime Guzmán, Andrés Bello, la familia Cousiño o al ex Presidente Balmaceda, entre otros. En el frontis de estos se encuentran jarrones bastante sobrios en su diseño en donde se depositan flores, generalmente no se depositan coronas, ni arreglos muy coloridos; “las personas de más alcurnia prefieren dejar un par de flores, para que no se vea muy chabacano”<sup>164</sup> así lo afirma Jeannette.

Finalmente, en el otro extremo del cementerio, colindando con El Patio 29, se ubica la clase baja o clase popular, que al igual que en el paradigma de los vivos es otro Chile. Este espacio se halla lleno de colores y con la presencia de diversos objetos, como lo son: peluches, juguetes, banderas, luces, guindarlas. En él, las tumbas parecen apertrecharse, cubiertas de pasto, no por cemento o baldosa, pues no da el presupuesto. En esta directriz, la cuidadora Karina Orrego, señala que “los patios de tierra son de la clase baja, o sea de la gente poblacional”<sup>165</sup>.



Ilustración 7 Tumba de Víctor Jara  
(Fotografía capturada el 27 de agosto de 2010 por David Fuentes)

<sup>164</sup> *Ibidem*.

<sup>165</sup> Karina Orrego. *Op. Cit.*

Por otra parte, al interior de esta área se encuentran “los vigilantes”, hombres que se desplazan en bicicleta de un punto a otro. Ellos también hablan de los “tres Chiles” que se vivencian en el Cementerio General. Pero las diferencias sociales no sólo se hacen visibles en la monumentalidad de las tumbas, sino también en las características y comportamientos de las personas que las vienen a ver.

Para Karina, los contrastes más evidentes en torno a estas divisiones se dan en la gente: “yo siempre he mirado la piel de la gente. La gente de la alta sociedad tiene la piel como transparente, la gente de clase media tiene piel de gente de trabajo, gente de barrio, y la gente de la tierra es como gente percutida, yo veo en eso la diferencia. La forma de hablar también, la educación”<sup>166</sup>.

A su vez, para Osvaldo Cádiz “la clase alta como que quiere mantener esa cosa del dolor interno, que lo recuerdan en la casa (...) todo es muy cuadrado, esquematizado. La clase media es más espontánea”<sup>167</sup>. En tanto Jessica Berríos, florista del Cementerio General, señala que “acá llegan micros llenas de gente de población a ver al difunto en el funeral. Se bajan corriendo, algunos medios ebrios, cantando y gritando “jamás te olvidaremos” y ese tipo de cosas”<sup>168</sup>. Incluso, en los patios de la gente más humilde, puedes ver a “las familias que hacen competencias para ver de quién es la tumba más bonita, si la del Colo-Colo o de la U”<sup>169</sup>, así lo comenta la cuidadora Jeannette Sánchez.

Decir que el Cementerio General de Santiago es una ciudad de los muertos, el “único paño de la ciudad que no tiene luz eléctrica”<sup>170</sup> como entiende Delfau, no es una exageración. A la variopinta riqueza arquitectónica, patrimonial y cultural, también se cuenta la presencia ineludible de rasgos propios de la urbe: los mausoleos de carabineros, bomberos, las sociedades de socorro mutuo y la extensa influencia extranjera en nuestro país: italianos, alemanes, franceses, chinos, japoneses. Desde el Mausoleo Histórico de Chile, pasando por el monumento que recuerda la matanza del Seguro Obrero, hasta el Memorial a los Detenidos Desaparecidos. Todos confluyendo en la necrópolis metropolitana.

---

<sup>166</sup> *Ibidem*.

<sup>167</sup> Osvaldo Cádiz. Op. Cit.

<sup>168</sup> Jessica Berríos. Op. Cit.

<sup>169</sup> Jeannette Sánchez. Op. Cit.

<sup>170</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.



Ilustración 8 Homenaje al General Carlos Prat  
(Fotografía capturada el 27 de agosto de 2010 por David Fuentes)

En definitiva, tal como en el mundo de los vivos, el cementerio se yergue como un espacio de interacción social, una ciudad en sentido laxo, de piedra, mármol, con construcciones “magnificas” o de intervenciones populares; una ciudad con calles y bifurcaciones que expresa lo propio del imaginario social en torno a la muerte.

### **El cementerio católico**

A comienzos del siglo XIX, el pensamiento ilustrado-racional, empezó a erosionar el sitio del entierro sacro al amparo de la Iglesia Católica, vale decir, la inhumación en el “espacio protector de la iglesia frente a la mundanidad” (León, 1997, p. 34).

La materialización de esto, según León León, fue la creación del Cementerio General, “el primer cementerio extramuros” (León, 1997, p. 37) por parte de Bernardo O’Higgins, Director Supremo de Chile. Expresión de este ideario racional laico fue la denominación panteísta del principal campo santo capitalino -en una clara alusión a la terminología liberal- ilustrada de la Revolución Francesa- como una forma de honrar a los próceres de la Independencia.

No obstante, aún de las transformaciones en los antiguos espacios propios del catolicismo clerical<sup>171</sup>, el Cementerio Católico de Santiago preservó –tanto en el discurso hegemónico-estatal, como en los procesos de inhumación- la herencia católica, apostólica y romana de gran parte de la población nacional.

Según consta en un reportaje de El Mercurio de noviembre de 2010 y consignado en la página *web* de Ciudad Eterna<sup>172</sup>, el edificio original fue construido en 1879 por el arquitecto francés Paul Lathoud. Inspirado en el Cementerio Staglieno de Génova, tiene un piso noble, un zócalo, patios principales y secundarios, y galerías, en una extensión de 1,67 hectáreas. Hacia 1920, se construyeron nuevas 1,5 hectáreas, y más tarde, otros pabellones.

Para el arquitecto UC Tomás Domínguez, según consigna el mismo diario, “Además de ser el cementerio católico más grande y más importante de Chile, tiene el valor de haber congregado al segmento más religioso del país entre 1880 y mediados del siglo XX. Tanto así, que su modelo arquitectónico es un convento”<sup>173</sup>.



Ilustración

9Entrada original del Cementerio Católico de Santiago (1879)  
(Fotografía perteneciente a ciudaddelosmuertos.org)

En el Cementerio Católico uno se adentra a otro umbral, un espacio lúgubre que provoca una reflexión culposa de las acciones realizadas en vida y de la manera en qué se pagará por todos los “errores” cometidos. A diferencia del Cementerio General,

---

<sup>171</sup> Se incluye la promulgación de las leyes laicas en las postrimerías del siglo XIX, y la definitiva separación Estado-Iglesia bajo el mandato de Arturo Alessandri Palma en la Constitución Política de 1925.

<sup>172</sup> <http://www.laciudaddelosmuertos.org/?cat=62>

<sup>173</sup> *Ibidem*.

pareciera que nada ha escogido al azar. Su arquitectura posee una lógica que se encuentra bastante alejada de ser un punto de acogimiento y paz en medio de Santiago.



10Ceme  
de Santiago

Ilustración  
nterio Católico

(Foto capturada el 28 de agosto de 2010 por Francisco Marín)

Aquí la muerte se visualiza como un tránsito lleno de dolor y aflicciones, las cruces colgadas en diferentes puntos son el objeto que más se puede encontrar. Cada uno de sus rincones y largos pasillos de baldosa imitan una casona patronal, dando a entender por medio de su arquitectura que se acerca el juicio final, momento en que seres divinos bajaran al mundo terrenal y nos harán sentir todo el rigor de nuestros “pecados”. La “tradición católica”, según lo afirmado por Claudia Lira, se hace sentir en este espacio con mucha fuerza, “el Cristo lleno de llagas, el pecado, esa especie de constrictión como un gesto más católico, esta cosa de la viuda mucho tiempo vestida de negro, y ahí está expresado, también, en la estética”<sup>174</sup>.

---

<sup>174</sup> Claudia Lira. Op. Cit.



Ilustración 11 Escultura típica del Cementerio Católico de Santiago  
(Fotografía perteneciente a ciudaddelosmuertos.org)

Su plástica se haya llena de estatuas que hacen terrenal el Apocalipsis: las vírgenes llorando, los ángeles con rostros de angustia, mujeres con expresiones de sufrimiento, niños con semblantes de terror inundan el lugar. Los colores del cementerio pertenecen a la paleta de los cromas tierra, siendo sin duda los más destacados el gris, negro y blanco. Según lo descrito anteriormente se puede afirmar que en este espacio se reconoce un modo particular de estética funeraria.

Otra de las características de este espacio es el implacable silencio que lo inunda. Las personas que lo transitan lo hacen cabizbajas y hablando por medio de murmullos, al parecer para no molestar a los muertos o a la mano dura de un Dios poco tolerante al bullicio.

Por sus pasillos no habitan cuidadores en bicicleta, que escuchan radio o bromean con los nichos, aquí hay “guardias de seguridad”, todos uniformados, los que tienen como misión: “resguardar la tranquilidad de este lugar y no permitir que vengan personas a grabar, sacar fotos, ni mucho menos sectas que distorsionen el ambiente” así lo comenta de manera seria uno de estos hombres.

Sus nichos, tumbas y mausoleos, también dejan visible las diferencias sociales y económicas de sus difuntos, aunque en él no son tan abismantes como en el Cementerio General. La clase más adinerada posee grandes mausoleos acompañados con estatuas y

por jarrones de cemento o cerámica en donde se pueden dejar flores, la clase media tiene tumbas bastante más reducidas y finalmente, la clase más humilde (no se le podría llamar baja o popular, pues de este tipo no hay en este lugar) se sitúa en las diferentes paredes a través de nichos.



Ilustración 12 El dolor y el sacrificio en el Cementerio Católico de Santiago  
(Foto capturada el 28 de agosto de 2010 por Francisco Marín)

La simbología en este espacio es bastante homogénea independientemente de la procedencia socioeconómica. No existen en las tumbas muchos objetos, lo que más hay son fotografías de santos y de vírgenes, además de innumerables oraciones esculpidas en cerámica que acompañan al cadáver.

Según León León, en el Cementerio Católico se buscó siempre una marca de exclusividad, “como espacio de entierro de los católicos de Santiago” (León, 1997, p. 218). Es ahí donde irrumpe un tipo particular de estética como expresión de imaginarios sociales en torno a la muerte en Santiago que hará frente -simbólicamente- a la “municipalización de la gestión de los cementerios” (León, 1997, p. 150).

Si bien, desde el punto de vista monumental, hay una correspondencia en el interés de los difuntos y sus familias de preservar el status social más allá de la muerte en los dos principales cementerios capitalinos; la presencia de motivos religiosos,

manifiesta un tipo de estética funeraria propia del imaginario tradicional de dicha religión.

En tal sentido, para León León “la iglesia no deseaba que la imagen de sus cementerios se asimilase a los modelos racionales y románticos de los recintos laicos, sino más bien que representaran los cánones de un lugar de oración, de un templo o un claustro, espacios que invitaban al descanso, la meditación, la nostalgia y el dolor (León, 1997, p. 232). En otras palabras: el Cementerio Católico recogía la tradición monumental propia del laicismo fúnebre, pero incorporándole la simbología católica.

Este tipo de estética monumental respondía a “una mala teología católica” para Delfau, pues “hacia que mucha gente viviera con temor a la muerte, “como el momento definitivo en que se decidía la salvación o la perdición”<sup>175</sup>. Al respecto, la fisonomía monumental del campo santo expresaba esta concepción castigadora del deber ser católico.

En el cementerio católico, dice Delfau, “hay una asociación tétrica de la muerte como el momento del juicio definitivo, donde se gana o se pierde, donde el único matiz es el purgatorio, pero si perdiste, perdiste para siempre”<sup>176</sup>.

Hoy en cambio, a juicio de Osvaldo Cádiz, “el Dios no es un Dios castigador, sino uno que te acoge y que te entiende, por lo tanto la muerte no es un castigo, es un paso que te permite acercarte a él”<sup>177</sup>.

---

<sup>175</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>176</sup> *Ibidem*.

<sup>177</sup> *Ibidem*.

## Los cementerios parroquiales

El Cementerio Parroquial de Talagante fue creado en 1824, y se define “como un cementerio tradicional” que cuenta “con la confianza de generaciones de familias”<sup>178</sup>. Mientras tanto, el cementerio Parroquial de Isla de Maipo data de finales del siglo XIX.

Tal como en los cementerios tradicionales de Santiago, a excepción tal vez del Católico, los parroquiales conservan esa marca identitaria. Sigue siendo un lugar donde los difuntos descansan, donde los niños juegan, donde se conversa y se hace vida en comunidad.

Esto último refiere a una suerte de interacción comunitaria. Las familias que tienen a sus difuntos enterrados uno al lado del otro comienzan a conversar, hasta que forman amistades. Comparten el dolor, rezan a sus muertos, conversan de sus cotidianidades.



Ilustración 13 Entrada principal del Cementerio Parroquial de Talagante  
(Foto capturada el 2 de octubre de 2010 por David Fuentes)

<sup>178</sup> Boceto del Cementerio Parroquial de Talagante.

La relación con los funcionarios también se va estrechando. Al igual que con los familiares de otros difuntos, las personas que trabajan en el cementerio son conocidas por la comunidad. La razón principal es porque llevan muchos años trabajando en el lugar, y les ha tocado muchas veces dar entierro a familias completas. Sus servicios son muy valorados en el cementerio, y se les reconoce por eso.

Obviamente, al ser cementerios parroquiales, son más pequeños, pero el cuidado de las tumbas, la higiene, y la renovación pasan a ser temas fundamentales. José Silva, administrador del Cementerio parroquial de Talagante observa lo siguiente:

“Lo importante que la gente sepa es que un cementerio pueda renovarse en el tiempo. Cuando trabajamos directamente con el código sanitario que reglamenta todos los cementerios del país, uno puede darse cuenta que en estas instancias que me entrega la ley, puedo renovarme en el tiempo. Por ejemplo, hay sepulturas que están vencidas. Ahí, yo me tomo de la ley, le informo a la persona dueña de la tumba de que si no renueva su tumba, yo puedo exhumar el cuerpo y llevarlo a una fosa común. Las que están en evidente estado de abandono también. Si pasan 50 años y nadie viene a visitar la tumba o no le hace mantención, la tierra vuelve a ser parte del cementerio”<sup>179</sup>.



Ilustración 14 Interior del Cementerio Parroquial de Talagante  
(Foto capturada el 2 de octubre de 2010 por David Fuentes)

Según las personas que concurren a este cementerio, el precio de las tumbas es el más alto de la región. Acá es más caro enterrar y mantener una tumba que en el mismo

<sup>179</sup> José Silva, administrador del Cementerio Parroquial de Talagante. Entrevista realizada el 23 de octubre de 2010.

Cementerio General de Santiago. Y es que en la concurrencia pareciera estar el negocio. La devoción de los familiares a ver a sus difuntos hace que todos los días el cementerio esté abierto, y con todos los servicios disponibles y con la misma demanda.

Raúl González, visitante del cementerio de Talagante, da una mirada distinta a estos fenómenos: “acá al cementerio viene mucha gente, ya que esto se ha convertido en una feria libre. Te venden sopaipillas, chalas, y muchas cosas más fuera del cementerio. El cementerio se ha convertido en un negocio muy bueno, muy rentable. Están tratando de ampliar el cementerio los de la Iglesia, pero los vecinos hasta ahora no quieren”<sup>180</sup>.

Otro elemento interesante es la “personalización de la muerte”, en el sentido de que el nombre del fallecido aparece en una pizarra en la entrada del cementerio, para que todas las personas que deseen ir a su entierro lo hagan. En los cementerios parroquiales es muy probable que varias personas del pueblo conozcan al difunto, por lo que se toma este tipo de decisión. Además, esa acción no se toma como una “exposición negativa” del nombre del fallecido, sino como una contribución para quienes deseen acompañar a los familiares.



Ilustración 15 Personalización en el Cementerio Parroquial de Talagante  
(Foto capturada el 2 de octubre de 2010 por David Fuentes)

Tal como se consignará en capítulos posteriores, en el Cementerio Parroquial de Isla de Maipo, es posible identificar algunas marcas expresivas de una cierta producción

<sup>180</sup> Raúl González. Op. Cit.

cultural asociada a la muerte: al muerto hay que halagarlo en su dormitorio, ergo, en el cementerio.

Moisés Ramírez (46), florista del cementerio parroquial, en este sentido, refiere a las prácticas que realizan los deudos cuando que van a visitar a sus difuntos:

“Acá entran grupos folclóricos, les cantan para despedirlos. De repente entran con los carretones y los caballos. Algunos también son enterrados vestidos de huaso, especialmente los dueños de fundo. Dependiendo de las amistades que tuvo en vida es la cantidad de personas que los acompañará en la procesión”<sup>181</sup>.

Del mismo modo, José Silva, administrador del Cementerio parroquial de Talagante, cuenta que:

“Acá hay grupos folklóricos que vienen una vez al año, y que vienen a recordar a aquellos que pertenecían al conjunto, y hacen una pequeña romería. También está el cuerpo de bomberos que hace conmemoraciones de ese tipo. Sólo son esos dos grupos, no es que se hagan frecuentemente, como que vengan los abuelitos y tal. Nada de eso”<sup>182</sup>.

Es ahí, donde aparece una cierta matriz representacional, unida al imaginario católico de la muerte. En el caso de Talagante, el párroco Vladimir Valencia dirá que:

“Talagante es un pueblo de tradiciones folclóricas chilenas centenarias. Talagante tiene toda la distinción de ser un pueblo de raíces campesinas. Esta realidad está muy de la mano con el folclore chileno y la raíz cristiana que tiene nuestro país. La forma de vivir la fe está impregnada en la forma de vivir lo cotidiano de toda la gente de Talagante, las tradiciones de las familias, etc. Por tanto, todo tema que hable de trascendencia, la muerte, la vida espiritual, la relación con Dios, está impregnada de esta cultura cristiana-católica”<sup>183</sup>.

Los cementerios parroquiales, en definitiva, permanecen en el tiempo pese a la urgencia de la modernidad. Frente al avance de las ciudades, de sus lógicas comerciales, de la reglamentación, los cementerios de estas localidades restituyen esa

---

<sup>181</sup> Moisés Ramírez, florista del Cementerio Parroquial de Isla de Maipo Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2010.

<sup>182</sup> José Silva. Op. Cit.

<sup>183</sup> Presbítero Vladimir Valencia, párroco de Talagante. Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2010.

tradición comunitaria entre vivos y muertos. En ese proceso se encuentran, balanceando su historia con la de las grandes urbes.

### **Los cementerios parques**

Los cementerios- parques nacen en la década de 1980, al alero de la modernización del país producto de la arremetida capitalista de la Dictadura Militar, siendo el primer cementerio de este tipo, el Parque del Recuerdo de Santiago.

Con el paso de los años se empezaron a inaugurar nuevos campos santos capitalinos. Destacándose el Parque del Recuerdo Cordillera y el Parque del Recuerdo Padre Hurtado, que luego se fueron proyectando a lo largo del país. Según la página institucional del Parque del Recuerdo se consigna que:

“En nuestros parques cuidamos de todos los detalles, ofreciendo de esta manera un servicio integral, que va desde entregar un agradable entorno paisajístico hasta atender a nuestros clientes en sus más pequeñas inquietudes. Comprendemos la dificultad de aquellos difíciles momentos de la vida y entendemos la importancia de ayudar, en todo lo que esté a nuestro alcance, a sobrellevar aquellos momentos de gran dolor”<sup>184</sup>.

El Parque del Recuerdo busca “ser la primera preferencia del mercado, haciendo nuestro trabajo con sentido y excelencia, donde los Parques sean un lugar de encuentro para la familia y la comunidad”<sup>185</sup>.

Sin embargo, más allá de la proliferación de los cementerios- parques en las últimas décadas, que han diversificado las posibilidades de entierro en el país, llama la atención una cierta marca cultural propugnada por este tipo de instituciones.

Jessica Berríos, florista del Cementerio General, revela el carácter sintomático de este tipo de cementerios: “no parece cementerio, sino un lugar para ir a pasear no más”<sup>186</sup>.

El espacio de inhumación propuesto por los cementerios modernos es precisamente su negación como espacio mortuorio. Se busca una asepsia profunda,

---

<sup>184</sup> [http://www.parquedelrecuerdo.cl/index.php?option=com\\_content&task=view&id=34](http://www.parquedelrecuerdo.cl/index.php?option=com_content&task=view&id=34)

<sup>185</sup> *Ibidem*.

<sup>186</sup> Jessica Berríos. Op. Cit.

claramente diferenciada del modelo de cementerio tradicional, que manifiesta todavía esa verdadera tanatofobia a la descomposición, pináculo de los más oscuros imaginarios en torno a la muerte. La presencia del parque, de alguna forma, despoja de la muerte de su condición cáustica, pues el parque es la evidencia de la perseverancia de la vida y aleja cualquier trauma respecto a la experiencia vivencial de los deudos con sus difuntos.

En los cementerios-parques “no se asume la condición natural del ser humano, como un ser para la muerte” sentencia Claudia Lira. “Es como cuando uno ve un paisaje natural del campo y ha sido un lugar donde ha habido, por ejemplo, detenidos desaparecidos y uno va ahí y está esto oculto y eso es mucho más tenebroso”<sup>187</sup> asegura.

Humberto Lagos va un poco más allá al diagnosticar el carácter de la sociedad moderna, la cual “ha instalado lo que se llaman los cementerios o parques del recuerdo en que lo que se provoca es el menor encuentro traumático de los familiares con la muerte”<sup>188</sup>. Para Delfau “eso es un hecho”, pues “la muerte es algo que no se quiere ver mucho”<sup>189</sup>.

Para Lluís Duch y Joan-Carles Mèlich, existe una cierta mirada clínica, tal como lo reconoció Michael Foucault, que transformó el cuerpo “en un objeto de escrutinio científico” (Duch, Mèlich, 2005, p. 263). En directa relación con esto, el espacio del cementerio, también, debía reproducir “la mecanización y la insensibilización del morir” (Duch, Mèlich, 2005, p. 307).

Al respecto, Foucault introduce el concepto de *heterotopía desviada*<sup>190</sup>, para referir “a los individuos que, social y políticamente, son considerados desviados respecto a las normas vigentes y socialmente sancionadas” (Duch, Mèlich, 2005, p. 358). El cementerio, por tanto, asumirá la condición de “un espacio otro”, (Duch, Mèlich, 2005, p. 358) desplazado del centro de la ciudad hacia la periferia y en donde el cadáver se coloca.

---

<sup>187</sup> Claudia Lira. Op. Cit.

<sup>188</sup> Humberto Lagos. Op. Cit.

<sup>189</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>190</sup> Foucault contrasta el término *heterotopía desviada* con el de *heterotopía en crisis*, característica de las sociedades premodernas y donde los miembros de una sociedad, en un momento u otro de su vida, superaban un tipo u otro de límites críticos.

El cementerio, a su vez, debe poner en escena “la invisibilización del difunto, exiliándolo a una tierra de nadie al margen de las relaciones y de la vida del mundo cotidiano” (Duch, Mèlich, 2005, p. 357).

Lo anterior se puede observar en la transformación de algunos de los ritos asociados a la muerte. “Piensa tú que tener a un muerto velándolo por 24 horas en el living de la casa tiene su impacto”<sup>191</sup> cuenta Delfau, en relación al traslado (o expropiación) del velorio, de la casa a la capilla. Entonces, “eso de llevarlo a la iglesia, estar ahí un rato y después irse a acostar cada uno a su casa y al día siguiente la misa o el responso, y después al cementerio, tiene algo que ver con una especie de aversión a la muerte”<sup>192</sup>.

Mónica Moya, florista de la Pérgola de San Francisco, asegura que “ahora la gente vive muy apresurada, todo rápido, porque hay gente que se muere en la mañana y en la tarde ya lo están enterrando”<sup>193</sup>. Cuenta que ha venido gente a cotizar para familiares que todavía no se han muerto. Le dicen: “yo le aviso, voy a dejar listo ese arreglo, yo le aviso cuando me las manden, porque la persona ya se está por morir. Es tan fuerte”<sup>194</sup>.

Culturalmente hablando, y a nivel de imaginario social, la sociedad moderna está poco acostumbrada a la muerte. Dirá Delfau que “antiguamente la muerte era mucho más cotidiana”<sup>195</sup>. Según datos del Instituto Nacional de Estadísticas<sup>196</sup>, si en 1955, 150 niños morían por cada mil nacimientos; ahora la cifra no supera las ocho muertes por cada mil nacimientos. En este sentido, la esperanza de vida aumentó de 58 años en 1960 a 77 años en 2002.

Bajo ese contexto, durante la primera mitad del siglo XX, “no era raro que a una familia se le muriera, uno, dos o tres hijos. Ahora eso casi no ocurre, incluso, cuando

---

<sup>191</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>192</sup> *Ibidem*.

<sup>193</sup> Mónica Moya. Op.Cit.

<sup>194</sup> *Ibidem*.

<sup>195</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>196</sup> <http://www.ine.cl/home.php>

sucede produce mucho más hasta dolor y escándalo. Hoy día es más fácil pensar que la muerte es un problema de los otros y no propio”<sup>197</sup>.

Se ha perdido, por otra parte, la función pedagógica de la muerte, en especial, para con los niños. Delfau reconoce que hoy en día “hay muchos papás que no quieren que los niños vayan al funeral, menos al cementerio. Las familias más tradicionalmente católicas suelen llevar a los niños, sino porque es como quitarle un elemento de la vida, hacerle creer que la vida es eterna, que la gente no se muere”<sup>198</sup>.

Entonces, el cementerio-parque es un consuelo. Pero hay una arista del problema que dice relación con el carácter comercial de estos. Para Claudia Lira aparece “la estética de lo producido”, lo que “es comprado, que adorna y cimenta” los cementerios-parques. En los sectores rurales, por ejemplo, y en especial en el campo de la zona metropolitana, se ve mucho más ese gesto de cariño, como hacer flores de papel, hay un gesto artesanal que es una producción que sale desde la casa, de la familia, es un hacer frente a un comprar”<sup>199</sup>:

“Tú ves la diferencia en la ciudad que oculta y que compra, que está dentro del mercado, del sistema, de lo aséptico; frente al campo, donde somos todos los que llevamos el féretro, transpiremos o no, hay una puesta en escena. Diferente a esto, donde está metida la técnica, la ciencia, que no se toque, que la contaminación del cuerpo, totalmente desvinculante y no afectivo y por eso se va perdiendo el vínculo, y la gente busca por donde estar conectado de nuevo”<sup>200</sup>.

El carácter comercial de los cementerios-parques develará, a propósito del estudio de León León, los diferentes procesos de inhumación históricos. El autor, citando al historiador francés Michel Vovelle, dirá que existen tres modelos:

El primero vinculado fuertemente a la fe católica, que tendía a la inhumación de los difuntos en los terrenos aledaños a las iglesias, el segundo asociado al laicismo, visto con ocasión de la inauguración del Cementerio General y el tercero, donde “el proceso de socialización de la muerte derivó en prácticas netamente comerciales que involucraban una preparación del cadáver por parte de las empresas funerarias y un

---

<sup>197</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>198</sup> *Ibidem*.

<sup>199</sup> Claudia Lira. Op. Cit.

<sup>200</sup> *Ibidem*.

mero traslado, carentes de sentimientos profundos, hacia los respectivos camposantos” (León, 1997, p. 150).

### **¿Cementerio tradicional o el *shopping* de loza y pasto?**

Según Sandra Sepúlveda, “el Cementerio General es más acogedor que el Parque del Recuerdo. En el Parque del Recuerdo vas a dejar el muerto y ahí queda, pero en el General como que tu venís y te acoge más, aunque igual es más picante en cuanto a infraestructura y todo porque no tiene pasto, no tienes donde sentarte”<sup>201</sup>.

En este mismo sentido, para Sepúlveda, el “Parque del Recuerdo es como una calle, dejai a tu muerto y ahí queda y claro, ahí se quedó, lo llorai un rato, sabís que está en un lugar bonito, pero es como más frívolo en ese sentido”<sup>202</sup>.

Hay otros que destacan la historia y tradición que tienen los cementerios tradicionales, además de sus características arquitectónicas y monumentales. Olivia Briceño (40 años), explica, por ejemplo, que el Cementerio General es como la trayectoria de todos los cementerios y junto con el Cementerio Católico son lo tradicional de los cementerios”<sup>203</sup>.

Pedro Chamorro cuenta que el Cementerio General “es más antiguo” y el Parque del Recuerdo es “más seco”. “Tú ahí, lo único que ves, son árboles y pastos. Acá no, acá en el Cementerio General, como que uno se entretiene mirando. Acá, tú alternas con la gente que trabaja. En el Parque del Recuerdo tú no alternas con nadie”<sup>204</sup>.

Karina Orrego (40 años), cuidadora del Cementerio General, cuenta que cuando fallece alguien siempre se acerca a la gente. “Uno conversa con ellos, hay personas que uno a conoce de años, a mucha gente la conozco desde que yo venía a acompañar a mi mamá cuando ella trabajaba”. Cuando no las conoce les dice: “buenas tardes, yo soy la cuidadora”, me presento. Le digo, “si usted necesita algo pídamelo a mí, yo estoy en tal lugar”<sup>205</sup>.

---

<sup>201</sup> Sandra Sepúlveda. Op. Cit.

<sup>202</sup> *Ibidem*.

<sup>203</sup> Olivia Briceño, florista del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 31 de agosto de 2010.

<sup>204</sup> Pedro Chamorro. Op. Cit.

<sup>205</sup> Karina Orrego. Op. Cit.

Después de 12 años trabajando en el principal campo santo de Santiago, reconoce que hay historias que la conmueven. Con especial cariño recuerda a la señora Juanita. En un nicho del sector 57 del cementerio, que ella denomina “caracol”, se encontraba sepultada María Cristina, la hija de la señora Juanita, que murió en el parto de su primer bebé:

“A ella la trajeron, la sepultaron, empezaron a venir todas las semanas por hartos años, y un sábado viene la señora Juanita a colocarle flores y nos pusimos a tirar la talla, porque ella se había sacado una tela de los ojos, pues la habían operado de la vista, y yo le digo: “oiga que tiene lindos los ojos, señora Juanita”, me dijo “sí” y el hijo de ella me respondió: “ la Karencita tiene las mismas manchitas que tiene usted en los ojos, a lo mejor es hija suya” me decía”<sup>206</sup>.

Karina recuerda que cuando se fueron, ella se quedó mirando hasta que se perdieron en una de las tantas calles que tiene el cementerio. Luego de ese día, al martes siguiente, a la señora Juanita la vinieron a sepultar. Le había dado un ataque cardíaco el lunes. “Me dio mucha pena, porque a esa señora yo la conocía hace muchos años, y de repente verla dentro de un cajón es deprimente. Todos sabemos que alguna vez vamos a morir, pero uno de repente no está preparado para eso”<sup>207</sup> recuerda Karina emocionada.

Esto es una de las particulares de la gente que trabaja en el Cementerio General. Muchas de ellas no perciben ningún salario, pero estar en este cementerio, como dice Karina, es una “herencia familiar”. Para Ramón Acevedo eso se constituye en una “gran diferencia”<sup>208</sup>. En el General, indica, “te facilitan baldes con agua para limpiar las sepulturas, te pueden prestar una escoba o una pala. Incluso te prestan escalas para los nichos que están un poquito más altos. Pero allá no. En el Parque del Recuerdo o el Parque Santiago es como que tú llegaste con las flores, estás un rato y te vas”<sup>209</sup>.

Jeannette Sánchez (50 años), cuidadora del Patio 94 del Cementerio General, explica “que uno se va encariñando con las personas, a medida que van pasando los años, con la gente que fallece y con los que vienen a visitar las tumbas también”<sup>210</sup>.

“Aquí hay una “chinita”, recuerda Jeannette, de nombre Kamlee Ching Guin, “la conocí desde hace 20 años más o menos. Constantemente venía a ver a sus difuntos, y

---

<sup>206</sup> *Ibidem*.

<sup>207</sup> *Ibidem*.

<sup>208</sup> Ramón Acevedo. Op. Cit.

<sup>209</sup> *Ibidem*.

<sup>210</sup> Jeannette Sánchez. Op. Cit.

finalmente uno terminaba siendo un paño de lágrimas para ella”<sup>211</sup>. Ahora, indicando su tumba, dice que le riega las flores cuando le toca venir al cementerio.

Este tipo de patrones culturales también se puede encontrar en los cementerios parroquiales de Talagante e Isla de Maipo.

María Fajardo, florista de Isla de Maipo señala que “acá en el cementerio uno viene y visita a los difuntos, se encuentra con alguna persona y conversa. La gente es más unida. Cuando son familias conocidas y muere alguien, uno siempre va. De repente uno mismo, por el hecho de trabajar en un local de flores, y muere una persona conocida, uno siempre tiende a mandar un arreglo, un presente, ayudando a sentir”<sup>212</sup>.

El sepulturero de Isla de Maipo, Pascual Flores, habla sobre este vínculo: “uno dice “qué chico es el mundo”. A veces con el difunto o difunta que llega al cementerio, yo jugué con ella en la infancia y ahora la voy a sepultar, ahora yo la voy a cubrir con mis manos. Son cosas que llegan de repente. Uno está para eso aquí y tiene que ser firme. Todos vamos para allá”<sup>213</sup>.

Por regla general, admite José Silva, administrador del cementerio de Talagante, se mantiene la voluntad de “no interferir” en lo que los deudos dejen en las tumbas de sus difuntos. Silva menciona que “ese tipo de gestos son totalmente permitidos, porque es un cementerio netamente tradicional. O sea, la familia que vino la semana pasada, o vino hace dos semanas, cuando vuelve al mes siguiente, ve que allí están las flores secas”<sup>214</sup>.

Las actividades en los cementerios del campo, como arreglar las tumbas, comprar las flores, rezar al difunto, son bastante similares a las que ocurren en el Cementerio General de Santiago, lo que cambia son las relaciones interpersonales y la expresión de algunos ritos, como el cantar rancheras si es que al difunto le gustaba ese tipo de música o llevar al fallecido “a pulso” y no en automóvil, por ejemplo.

---

<sup>211</sup> *Ibidem*.

<sup>212</sup> María Fajardo. Op. Cit.

<sup>213</sup> Pascual Flores. Op. Cit.

<sup>214</sup> José Silva. Op. Cit.

Carlos Román (33 años), florista del Cementerio Parroquial de Talagante, reafirma esta idea al señalar que en el cementerio “las personas se dan el tiempo de plantar sus plantas, cortan su pasto, limpiarle su sepultura. Aquí las personas te piden un balde, un escobillón, una picota para arreglarles el pasto, hay mucha más dedicación, a mí me gusta mucho más este tipo de cementerio; es más acogedor, aquí la gente interactúa con sus muertos”<sup>215</sup>.

En este sentido, “la gente que es de la zona y antigua traen sus conjuntos folclóricos, les cantan, a veces les pallan o se toman sus tragos de vino adentro. También para sus cumpleaños vienen con sus tortas o para sus santos les tocan su música”<sup>216</sup> dice.

Sin embargo, para Doris Rojas, los cementerios-parques, como el Parque del Sendero de Santiago, son “más ceremoniosos”, donde bajan al cajón de a poquito, a diferencia del General, donde al “cajón lo amarran con unas cuerdas no más”<sup>217</sup>.

Del mismo modo, Paula Fuentes asevera que le gusta más los cementerios-parques, porque “está la placa y te quedas con el recuerdo cuando lo fuiste a dejar (...) Es que a mí me gustan las cosas más ordenadas”<sup>218</sup>.

Las personas que se inclinan por los cementerios modernos, recalcan el orden y la limpieza, aunque critican la frivolidad y la uniformidad de las tumbas a diferencia de los cementerios tradicionales como el Católico o el General. Esto último se refiere a los procesos de significación humana, la identidad y el recuerdo.

Humberto Lagos enfatiza que en los cementerios tradicionales “no hay una tumba parecida a la otra y si las hay son bastantes diferentes, se conserva la identidad”<sup>219</sup>.

En los parques modernos desaparece la identidad, “tú ya no vas a visitar la memoria, a refrescar la memoria con una flor, porque ya no tienes la posibilidad de

---

<sup>215</sup> Carlos Román, florista del Cementerio Parroquial de Talagante. Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2010.

<sup>216</sup> *Ibidem*.

<sup>217</sup> Doris Rojas. Op. Cit.

<sup>218</sup> Paula Fuentes. Op. Cit.

<sup>219</sup> Humberto Lagos. Op. Cit.

ponerla, es decir el gesto fraternal, gesto amoroso, el gemido del alma respecto de aquel que se fue, de aquella que se fue no es posible entregarlo como se entrega en un cementerio de corte tradicional”<sup>220</sup> enfatiza Lagos.

Jessica Berríos (42 años) florista del Cementerio General, señala que “El Parque del Recuerdo es como un piso nomás, que te colocan ahí, una tablita con el nombre y listo”<sup>221</sup>. En cambio, en el General “tú puedes estar todos los días, no te botan las flores. En las tumbas de los bebés hay peluches, remolinos y distintos juguetes”<sup>222</sup>.

Acá toma relevancia lo sostenido por Humberto Lagos en relación a la caracterización identitaria y social del difunto. Dirá que “en el cementerio de corte tradicional las tumbas expresan de cierto modo la personalidad del muerto y lo que es la personalidad de la familia, expresa también la proveniencia. Lagos pondrá como ejemplo el patio de los disidentes del Cementerio General, “donde está toda la identidad de las tumbas con quienes están enterrados allá, ahí aparecen las dimensiones arquitectónicas, las formas de expresión respecto del elevarse, porque las tumbas tienen ese sentido. No es solo poner un monolito, sino que el monolito es la forma de elevación hacia el más allá, hacia lo trascendente”<sup>223</sup>.

Lo anterior refiere al culto de los muertos a partir del culto a la memoria que también se encuentran en toda la zona metropolitana.

Carlos Román (33 años), florista Cementerio Parroquial de Talagante, asegura que los cementerios- parques son “pura losa y pasto. Es irse a dar una vuelta y chao, ellos van ponen su flor y chao (...) esos cementerios son más impersonales, como un paseo, es como ir de *Shopping*”<sup>224</sup>.

En los cementerios- parques se pierde la identificación estética, la posibilidad del arreglo arquitectónico, floral o cualquier expresión del recordar. Incluso en este tipo de cementerios, hay una política oficial de eliminar cualquier tipo de objeto que perturbe la armonía “del parque”.

---

<sup>220</sup> *Ibidem*.

<sup>221</sup> Jessica Berríos. Op. Cit.

<sup>222</sup> *Ibidem*.

<sup>223</sup> Humberto Lagos. Op. Cit.

<sup>224</sup> Carlos Román. Op. Cit.

Ramón Acevedo recuerda que a su papá no le gustaba el Parque del Sendero. Él quería que lo enterraran en tierra y no en pasto y dio expresas instrucciones para que no lo fueran a ver, “pero ¿sabes tú por qué no se puede dejar nada? porque hay una máquina tipo tractor que pasa y va cortando todo, entonces, imagínate si va la máquina y se topa con un arreglo: el tipo tendría que bajar y sacarlo. Es una cosa de locos. El carro hace la barrida y nada tiene que haber”<sup>225</sup>.

Doris Rojas sentencia que en el Parque del Recuerdo “no te dejan poner un monito, porque te lo sacan. De repente te roban las coronas, te roban las flores (...) Tú vas a dejar al muerto y lo dejas lleno de flores, de coronas y te vai y te vienen a sacar todo, puedes venir al otro día y ya no tenís nada”<sup>226</sup>.

Jeannette Sánchez piensa lo mismo. Dice que los cementerios- parque no le gustan, “porque si voy a ver a un ser querido, le dejo una flor, y no quiero que nadie la saque. En el Parque del Recuerdo la sacan al poco rato de que la colocaste”<sup>227</sup>.

No así en el Cementerio General, indica, “donde se puede dejar lo que usted quiera. A través de ciertos elementos se genera un vínculo. En la tumba, la estrella es el nacimiento, y la cruz, la muerte”<sup>228</sup>.

Del mismo modo, para Olivia Briceño, “si tú llegas acá al Cementerio General y tú le colocas las flores, éstas se deterioran solas, ya sea porque se gastaron con los días, que se marchitaron por el tiempo, pero tú vas a los parques y colocas la flor hoy día, y en la tarde ya la sacaron porque limpiaron. Colocar una flor es representar el cariño que aún uno siente por ellos y que la saquen así como así, es algo ilógico”<sup>229</sup>.

La anulación identitaria del difunto también ocurre en los cementerios-parques de Talagante e Isla de Maipo.

Moisés Ramírez (46 años), señala que en Malloco hay un Parque del Recuerdo “y uno pone una flor y te la botan al ratito”<sup>230</sup>. En cambio, en los cementerios de corte

---

<sup>225</sup> Ramón Acevedo. Op. Cit.

<sup>226</sup> Doris Rojas. Op. Cit.

<sup>227</sup> Jeannette Sánchez. Op. Cit.

<sup>228</sup> *Ibidem*.

<sup>229</sup> Olivia Briceño. Op. Cit.

<sup>230</sup> Moisés Ramírez. Op. Cit.

tradicional, “las personas te piden un balde, un escobillón, una picota para arreglarles el pasto, hay mucha más dedicación, a mí me gusta mucho más este tipo de cementerio; es más acogedor, aquí la gente interactúa con sus muertos”<sup>231</sup>.

María Fajardo cuenta que en los cementerios-parques de la zona, “usted va y los días martes y jueves le hacen aseo, entonces ahí arrasan con todo. Acá no, en el cementerio parroquial “las flores están más que secas adentro. Hay un respeto a la persona”<sup>232</sup>.

Tal como en los cementerios modernos de Santiago, en los de Talagante, Isla de Maipo o alrededores, la imposibilidad del recordar a través de la flor o la construcción monumental determina un cierto deber social, un cierto comportamiento mortuario que niega la identidad en pos del orden estilístico.

Oswaldo Cádiz asevera que en estos campos santos “todo es muy armado”. Es como “ya, terminemos luego, ya cumplamos, es casi un evento social”<sup>233</sup>. En este sentido, existe una asociación entre los parques modernos y el origen socioeconómico de los que han pasado a mejor vida. A juicio de Olivia Briceño, el Parque del Recuerdo representa “a gente de otro rango económico, estamos hablando de un nivel económico más alto, porque el Parque del Recuerdo es un cementerio con puros *bacanes*”<sup>234</sup>.

Pero existen las excepciones al afán por borrar el vestigio identitario de las personas que han fallecido -tanto a nivel de imaginario social como de estética funeraria-. Según Cádiz, el funeral de Malucha Solari en el Cementerio Parque del Recuerdo rompió todos los esquemas:

“Como estaba ligada al mundo de la danza, su despedida fue con baile, tamboreo y con cosas por el estilo. Hubo una revolución en el Parque del Recuerdo. Nadie entendía lo que pasaba. La clase alta como que quiere mantener esa cosa del dolor interno, que lo recuerdan en la casa, etc. Todo es muy cuadrado, esquematizado. La clase media es más espontánea. Igual quizás ha ido cambiando un poco eso, porque también me ha tocado observar que en funerales de clase más alta se cantan canciones que no necesariamente son religiosas, sino que boleros, por ejemplo”<sup>235</sup>.

---

<sup>231</sup> *Ibidem*.

<sup>232</sup> María Fajardo. *Op. Cit.*

<sup>233</sup> Oswaldo Cádiz. *Op. Cit.*

<sup>234</sup> Olivia Briceño. *Op. Cit.*

<sup>235</sup> Oswaldo Cádiz. *Op. Cit.*

Estas expresiones, a juicio de Delfau, reflejan una “especie de rebeldía de la gente frente a este anonimato total”<sup>236</sup>. Y no solo con respecto a las flores, sino de otras manifestaciones estéticas propias del imaginario social en torno a la muerte como los remolinos, las banderas, las fotografías. Finalmente, será una necesidad humana recordar y expresar materialmente que los muertos están presentes y no serán olvidados.

---

<sup>236</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

## Capítulo III

### Los ritos de la muerte

Las representaciones sociales que se constituyen en torno al concepto de la muerte, originan y articulan un tipo específico de estética en tanto rito funerario como espacio de interacción social. Pero, ¿qué se entiende por rito, y más específicamente por rito funerario?

Jean Cazeneuve define rito como un “acto individual o colectivo que siempre (...) se mantiene fiel a ciertas reglas que son, precisamente, las que constituyen lo que en él hay de ritual” (Cazeneuve: 1975). El rito, por tanto, es un comportamiento que se repite en el tiempo.

Ahora bien, el rito parte de un hecho trascendental que a su vez orienta la más cierta imposibilidad humana: “el hombre carece en sí mismo del poder para mantener y reproducir el mundo tal como lo percibe. El ritual es, entonces, el encargado de intentar interceder en las actividades de lo sobrenatural, aspecto esencial para la reproducción de las sociedades humanas. He aquí su objetivo primordial” (Winter: 1997).

Específicamente, en el caso de la vivencia social de la muerte, los ritos funerarios, “tienen la finalidad de atemperar los efectos del suceso numinoso” (Cazeneuve: 1975), o sea, en otras palabras, el rito funerario permite instaurar un espacio que equilibra la pérdida de una persona, asumiéndola como “un tránsito de lo humano a lo sobrenatural” (Cazeneuve: 1975).

El imaginario católico en torno a la muerte precisa una serie de ritos asociados al proceso de inhumación. Así como la función del velorio, en tanto espacio de interacción social, es acompañar al difunto en su última noche —en la capilla o en su propia casa— corresponde al funeral el momento culmine de expresividad social y que configura uno de los tantos ritos en torno a la muerte.

El funeral es un sacramento desde la concepción católica. Es la misa que se ofrece por el difunto y es el momento en que van las personas a rezar por él y a estar

con la familia, a saludarla, a darle el pésame. Al respecto, el funeral constituye la exhibición pública del cadáver ante la comunidad.

Según León León, el carácter público del funeral, hacia el siglo XIX, permitió el despliegue de la elite en una suerte de puesta en escena en el deber ser de la muerte católica” (León, León, p. 142).

Una vez que finaliza el funeral, se conduce al difunto a su definitiva morada. Es la llamada procesión, que para Delfau es “acompañar a la familia, al amigo, al conocido, a los parientes del muerto y es también acompañar al muerto por el cual uno tenía algún vínculo. Es acompañarlo en su última procesión”<sup>237</sup>.

Tradicionalmente, las procesiones –tanto en el campo como en la ciudad- se hacían a caballo o a pulso si los dolientes eran de origen popular. Con la masificación industrial, la procesión dejó atrás a la tracción animal, para ser reemplazada por el automóvil.

Para Humberto Lagos este fenómeno dice relación con la sociedad moderna y los cambios experimentados, por tanto, en el rito de la procesión:

“Soy imperialino, allá el tema de la muerte es un ritual, no solo en el ámbito eclesiástico, en el ámbito de la personalidad del cementerio. Tú tenías que caminar tres kilómetros para llegar allá. Lo hicimos con mis padres, era que nosotros nos fuéramos detrás. Los primeros años, yo recuerdo cuando era niño, que era una carroza tipo drácula, donde se ponía al muerto y todos desfilábamos atrás y prácticamente el pueblo se congregaba. La muerte siempre ha sido un lugar de convocatoria y especialmente las pequeñas ciudades, donde la muerte es más personal, por esta cosa de conocimiento, de vida, de comunidad (...). El sacrificio personal de caminar con el muerto era parte del homenaje que se hacía”<sup>238</sup>.

Ahora reconoce “que hoy te metes al auto y listo”<sup>239</sup>. Hace la diferencia, eso sí, con algunas expresiones populares, referido al tránsito a pie de Avenida la Paz, sobre todo con la despedida a personalidades nacionales, a propósito de la Pérgola de las Flores o relativas al ámbito de los DD.HH.

---

<sup>237</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>238</sup> Humberto Lagos. Op. Cit.

<sup>239</sup> *Ibidem*.

También, hay otras excepciones a la regla, sobre todo en localidades como Talagante e Isla de Maipo. Ana Guerrero (60 años), florista y vendedora del Cementerio de Isla de Maipo, cuenta que las procesiones a pie todavía ocurren en el pueblo, pues “como la iglesia está en el centro. Es traerse desde el centro el féretro así cargándolo”<sup>240</sup>.

María Fajardo (44 años), también florista del Cementerio de Isla de Maipo, recuerda el funeral de su hermano. Pese a que el viaje de la iglesia al cementerio no fue recorrido en totalidad a pie, sí la gran parte: “Yo lo saqué de la carroza y después de la esquina del cementerio a la entrada, lo trajimos a pulso. Nos demoramos unos 20 a 25 minutos”<sup>241</sup>.

La procesión a pie en Talagante o Isla de Maipo es también la expresión de un deseo de comunidad. Algo que se ha perdido en las grandes ciudades, incluido el respeto hacia el difunto que va hacia su última morada.

El Padre Delfau cuenta que en localidades más pequeñas “los automóviles se paraban en la calle frente a un cortejo fúnebre”<sup>242</sup>. Hoy en día, “tú vas detrás en el cortejo y te tocó la luz roja y no te respeta nadie, porque la vida de la ciudad es así, pero si tú vas a una ciudad más chica, probablemente todavía le dejan el paso al cortejo”<sup>243</sup> cuenta Delfau.

Si el funeral se asocia al ámbito público de inhumación, donde todos tienen la posibilidad de despedirse del difunto; el entierro, en cambio, constituye la instancia más íntima de despedida, reservada para los familiares más cercanos.

En el rito del entierro, detalla Delfau, “se bendice la tumba como el lugar donde va a descansar el cuerpo de la persona, se bendice el ataúd, se bendice el lugar y se reza por la persona para que resucite, para que el señor lo acoja”<sup>244</sup>.

Aparte de eso, según Delfau, no hay mayor complejidad ritual. El entierro “es bastante sencillo”<sup>245</sup>. Lo es, dirá el padre, “ya que antiguamente los entierros o eran en la

---

<sup>240</sup> Ana Guerrero. Op. Cit.

<sup>241</sup> María Fajardo. Op. Cit.

<sup>242</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>243</sup> *Ibidem*.

<sup>244</sup> *Ibidem*.

<sup>245</sup> *Ibidem*.

iglesia, que estaban ya benditas de por sí o en el sitio aledaño a la iglesia que era un cementerio también bendito y por lo tanto, no era necesario bendecir las tumbas”<sup>246</sup>.

Ahora bien, no todos los difuntos podían acceder al entierro. Era el caso de los suicidas. Entonces, a finales del siglo XIX y comienzos del XX un suicida no podía ser enterrado en el Cementerio Católico, “porque se suponía que esa persona había renegado, se había conscientemente condenado al quitarse la vida y eso no era algo lícito y había decidido apartarse definitivamente de Dios”<sup>247</sup>.

Con el progreso técnico y médico, dirá Delfau, “se sabe que existen las enfermedades mentales, la depresión, que existen una serie de cosas que pueden hacer que la persona pierda libertad y entonces, hoy día somos mucho más cuidadosos y no juzgamos lo que pudo haber sido la intencionalidad de la persona para quitarse la vida”<sup>248</sup>.

Los ritos en torno a la muerte, no obstante, no se agotan en el entierro del difunto. Otra de las expresiones rituales de los deudos hacia sus difuntos son las conmemoraciones y las liturgias, que tienen como función traer “a la memoria de la colectividad los dones del difunto, el recuerdo de su biografía, y sus principales obras, señalando además el gran vacío que su partida dejaba en el corazón de quienes lo acompañaban” (León, 1997, p.159).

Para Delfau, existe una correspondencia entre la conmemoración y el ideario católico más tradicional:

“La fe católica cree que nosotros formamos una sola iglesia. La iglesia terrestre y la iglesia celeste, donde estamos todos juntos, entonces por ejemplo cuando yo celebro una misa, está el público y también están misteriosamente presente todos los ángeles y los santos y todos los que están participando ya de la gloria de Dios también están presentes ahí. Entonces, desde el inicio de la fe católica, el rezar por los muertos era una forma de comunicarse entre estas dos iglesias, peregrina en la tierra y la iglesia que ya está triunfante en el cielo”<sup>249</sup>.

---

<sup>246</sup> *Ibidem*.

<sup>247</sup> *Ibidem*.

<sup>248</sup> *Ibidem*.

<sup>249</sup> *Ibidem*.

Entonces, según este imaginario, el rito de la conmemoración o la liturgia manifiesta una cierta contribución del deudo con su difunto, pues “está haciendo algo por su ser querido, está poniendo algo de sí y algo de sí es encargar una misa, es pedir que recen por esa persona, es un intercambio misterioso entre el mundo de los vivos y el de los muertos”<sup>250</sup>.

### **Transformaciones sociales de los ritos funerarios**

Los ritos de la muerte, pese a que conservan su sentido religioso, han experimentado profundas transformaciones desde el punto de vista socio-cultural. Tal como el rito del entierro, se cuentan innumerables casos.

En el velorio, tal como se ha consignado en los capítulos precedentes<sup>251</sup>, hay un desplazamiento de la casa a la capilla en las grandes urbes, pese a que se conserva en los sectores populares de éstas y en la periferia de la Región Metropolitana.

En el funeral, por ejemplo, existía una abierta y legitimada exclusión social de las mujeres. Estas no podían asistir ni al funeral ni al cementerio, por lo menos en los estratos medios y altos, solo los hombres. Según Delfau, esto obedecía a la idea de que “era muy duro para ellas. Las mujeres se quedaban en las casas, en la casa del difunto por ejemplo, las mujeres quedaban consolando a las mujeres”<sup>252</sup>.

Incluso, Delfau recuerda “que de chico se decía como comentario medio negativo: la fulana de tal fue al cementerio, como la mujer muy moderna o liberada”<sup>253</sup>.

En la actualidad las mujeres no solo van al cementerio, sino, muchas veces encabezan las procesiones y los entierros. Así, también, ocurre con los niños. Según Osvaldo Cádiz, “hubo un tiempo donde no se permitía que los niños estuvieran en los velorios. Ahora sí. Pueden ir, y hasta jugar”<sup>254</sup>.

---

<sup>250</sup> *Ibidem*.

<sup>251</sup> Ver capítulos: La comunión de los vivos y ¿velorio en el hogar o en la capilla? (Pág. 40-49).

<sup>252</sup> *Ibidem*.

<sup>253</sup> *Ibidem*.

<sup>254</sup> Osvaldo Cádiz. Op. Cit.

Llamará la atención, por otro lado, la inclusión de nuevos ritos mortuorios que de alguna forma actualizan el sentido religioso de la trascendencia, aunque no tienen un origen estrictamente católico.

Por ejemplo, algunas parroquias han inaugurado verdaderos “cinerarios católicos” que permiten a los fieles que han fallecido descansar en ánforas al interior de estos recintos. Si bien la cremación no proviene precisamente de la tradición católica, sino que es propia de la cultura oriental, ha sido aceptada en los últimos años por la Iglesia, lo que se ha constituido “en un buen *business*”<sup>255</sup>, para Delfau. “De manera, que en la parroquia que vas siempre, donde vas todos los domingos a misas, tu puedes tener a tus padres, a quien sea y visitarlo (...)”.

Cabe destacar, eso sí, que históricamente los ritos católicos asociados a la muerte siempre han convivido con la presencia de signos no cristianos como los símbolos funerarios de la calavera, el negro en el luto o ciertas alusiones mitológicas “insertas en oraciones o discursos fúnebres” (León, 1997, p. 148)”. Este verdadero sincretismo cultural se observará con ocasión de la emergencia de nuevas formas del recuerdo, ya sea globos, fotografías y remolinos en los diferentes cementerios de nuestro país.

---

<sup>255</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

## El duelo y la ausencia del luto

*“Y ahora nos sumiremos en un mar de luto”* (García Lorca, La Casa de Bernarda Alba).

“En ocho años que dure el luto no ha de entrar en esta casa el viento de la calle. Haceros cuenta que hemos tapiado con ladrillos puertas y ventanas. Así pasó en casa de mi padre y en casa de mi abuelo. Mientras, podéis empezar a bordaros el ajuar. En el arca tengo veinte piezas de hilo con el que podréis cortar sábanas y embozos”<sup>256</sup>.

El extracto pertenece al libro de Federico García Lorca: La casa de Bernarda Alba y -más allá su carácter literario- da cuenta de la naturaleza del luto en tanto convención social. Según Antonio Delfau, el luto “es la expresión social y pública, de que se está viviendo un duelo, de que ha pasado algo significativo y hay un signo visible”<sup>257</sup>. Al respecto, dirá Delfau:

Entonces tú ves a una persona y la ves con corbata negra y tú sabes que esa persona está viviendo un duelo, era una señal de respeto al que había partido y era, también, una señal de advertencia a los que estaban alrededor. Si no estoy tan de ánimo, ustedes me tienen que entender, porque yo estoy viviendo un duelo, porque la pena de una partida hay que vivirla, no hay que saltársela”<sup>258</sup>.

La significancia del luto imponía ciertas reglas a modo de conductas sociales que debían seguir los deudos. En este sentido, para Delfau, entre otras cosas:

“Había que cerrar los postigos, no dejar entrar el sol, vestirse de negro, no se podía asistir a fiestas, no se podía dar fiestas ni celebrar cumpleaños ni ninguna cosa...estábamos viviendo el luto, esa era la exageración máxima. Después existían convenciones como el luto, el medio luto y el cuarto de luto. Nótese que la mujer se vestía de negro riguroso, después se vestía de negro con algunas cosas blancas o grises y después ya pasaba al morado y eso me tocó vivirlo”<sup>259</sup>.

---

<sup>256</sup> <http://usuaris.tinet.cat/picl/libros/glorca/gl003d00.htm>

<sup>257</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>258</sup> *Ibidem*.

<sup>259</sup> *Ibidem*.

De hecho, en este mismo sentido, Osvaldo Cádiz cuenta cómo se vivía el luto en uno de los pueblos de nuestro país:

“En Colchagua existe el famoso pueblo de “viuda”. Allí ocurrió una guerra civil, y luego de la batalla, muchas quedaron viudas. Muchas mujeres andaban de negro y con velo. Ocurría también de que las mujeres que iban quedando viudas a lo largo de los años, se iban a vivir allá.

Las iglesias se cubrían de telas negras. Se tapaba el altar con un gran telón negro que tenía una cruz blanca, y tocaban (doblaban) las campanas cuando iban sacando a la persona que fallecía. La gente se preguntaba “que ligeros están doblando” y se subentendía de que alguien había fallecido”<sup>260</sup>.

Generalmente el luto no se asociaba a cualquier color. El negro era el único que podía expresar sobriedad y status ante la muerte. Delfau cuenta que el negro como señal de duelo “es muy occidental, muy mediterráneo, tu sabes que en China el color del luto es el blanco y en Japón, también”<sup>261</sup>.

El uso del negro tiene un origen un poco difuso, aunque para León León “la asociación de las prendas de vestir con el color negro respondía a los significados que el imaginario colectivo daba a tal color desde épocas ancestrales. El negro representaba la pena, la pérdida, el lado tenebroso y oscuro de la existencia, es decir, de la muerte misma (León, 1997, p.60)”.

Sin ser estrictamente católico, este uso social, según Delfau, se propagó en Grecia, Italia, todo el sur de Europa y de España pasó a América Latina “y como había muchas muertes, se iban traslapando uno a otros y a veces había gente que vivía toda la vida vestida de negro, porque no alcanzaba a sacarse el luto de uno, cuando llegaba el siguiente muerto”<sup>262</sup>.

Una de las características más marcadas del luto, como expresión de duelo, era la obligatoriedad que tenía para las mujeres su uso. Este variaba según si el difunto era su padre, esposo o hijo. Así lo consigna Olaya Sanfuentes, historiador de la Universidad Católica<sup>263</sup>:

---

<sup>260</sup> Osvaldo Cádiz. Op. Cit.

<sup>261</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>262</sup> *Ibidem*.

<sup>263</sup> Cita de León León resumido de Olaya Sanfuentes en “En torno a una estética del cambio. Breve historia de la moda en Chile (1900-1940). Memoria de prueba para optar al grado de Licenciado en Historia PUC, Instituto de Historia, Santiago 1991, Pág. 94-95.

“El traje de luto, por lo menos en lo que concierne a las mujeres, podía variar en su presentación según la calidad de la tela, los accesorios que se ocupaban y la ostentación que se hacía de él. Si era la mujer la que perdía a su esposo, ésta debía llevar durante el primer año de luto telas completamente opacas, suprimiendo las alhajas lujosas y utilizando solo cadenas y adornos de cuenta de palo negro como complemento a su atuendo. Para el segundo año de luto, podían usarse telas menos severas, adornadas a su vez con joyas más modestas. En el tercer año, se permitía incluso el uso de colores como el malva y el gris. Si la muerte afectaba a un hijo, hermano, tío o padre; el luto no era tan férreo y obligaba por menos cantidad de tiempo a guardarlo”. (León León, 1997, p. 161).

No obstante, el luto como expresión de rigurosidad social se ha perdido en las grandes urbes. Para Delfau “el luto está prácticamente desaparecido y a lo más se usa el día del funeral, y en algunos casos ni siquiera”<sup>264</sup>.

En el campo, esta tendencia no es muy diferente. El luto se mantiene, pero como una cuestión más bien de formalidad. Además, el “riguroso luto” (el estar un año vestido de luto y al año siguiente medio luto) es prácticamente inexistente. El luto actual no se lleva todo el año, sino que algunos días y luego se deja. Aparentemente se opta más por un luto “emocional” a un luto de “vestimenta”.

“Mi madre hace más de veinte años que se nos fue y ella siempre nos dijo: “si ustedes quieren llevar un luto, llévenlo hacia dentro, no la ropa. La ropa no representa nada. La ropa es hipocresía. Así, uno va aprendiendo a valorizar muchas cosas”<sup>265</sup>, dice Olga Hernández, florista de Isla de Maipo.

Acá pareciera que la ciudad ha ido cambiando algunas prácticas del campo. Cada vez es menos frecuente observar el luto, y en quienes se observa, es en la familia más cercana al difunto:

“Obviamente la familia se viste de negro, pero antes toda la gente se vestía así, familiar o no familiar, amigo o no amigo, ahora no. Imagínate mi mamá tiene 80 años y cuando ella estaba chica se usaba. Ahora es distinto. La gente más antigua, más edad tenían su tradición así”<sup>266</sup>, comenta Jeanette Díaz, visitante del cementerio de Isla de Maipo.

---

<sup>264</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>265</sup> Olga Hernández. Op. Cit.

<sup>266</sup> Jeanette Díaz. Op. Cit.

Ahora bien, la pérdida de sentido del luto no resuelve el problema de fondo desde el punto de vista psicológico. Si bien el luto era la expresión de una convención social, era también una cierta vivencia de la muerte. En este sentido, “lo problemático hoy, a juicio de Delfau, “es que la gente se salta el luto, no es que se salte el color negro, se salta la pena que tiene que vivir y la tapa y la esconde. Todos los psicólogos modernos dicen que hay que vivir el luto, que las pérdidas hay que sufrirlas, vivir el luto significa sacar tus sentimientos, de pena, de tristeza, de separación y no encapsularlo y cerrarlo y hacer como si nada hubiera pasado”<sup>267</sup>.

Incluso, el color negro, como una de las manifestaciones estéticas del imaginario social en torno a la muerte, es parte, según Claudia Lira, de una “cierta canalización del proceso de la muerte”<sup>268</sup>. No obstante, hay otros ritos que sin ser parte estrictamente del imaginario católico, expresan un tipo de comunión particular entre vivos y muertos.

---

<sup>267</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>268</sup> Claudia Lira. Op. Cit.



## ***La Pérgola de las Flores***

*¿Quiere flores, señorita?, ¿quiere flores el señor? Tengo rosas muy bonitas para cualquier ocasión. Las hay blancas como novias, las hay rojas de pasión y unas algo paliditas cuando es puro el corazón.*  
(Isidora Aguirre).

Al costado del Mapocho, por Avenida Santa María, en la comuna de Independencia, se encuentra la tradicional Pérgola de las Flores, destino obligado para quienes quieran comprar armados, ramilletes o coronas y del cual Isidora Aguirre se inspiró para producir la obra homónima en 1960.

La calle es estrecha, los perros vagabundos deambulan, el olor a flores se confunde con el estertor de los automóviles que jadean, resbalándose, a prisa como si la vida se les fuera a arrebatar de sopetón. No hay silencio posible.

Los puestos de la Pérgola se asoman como casitas empaladas unas a otras. El color se desprende de éstas, más específicamente del regalo que portan. Las hay amarillas, rojas, azuladas. Hay crisantemos, calas, clavelinas japonesas, hermosos gladiolos que despuntan. Son las flores de la Pérgola.... Y si bien, estas sirven para cada ocasión: matrimonios, bautizos....para Humberto Lagos, “la carga simbólica de la Pérgola”<sup>269</sup> es precisamente su relación con la muerte.



**Ilustración 16 Vista por Avenida Santa María de la Pérgola de las Flores**  
(Fotografía capturada el 12 de septiembre de 2010 por Francisco Marín)

<sup>269</sup> Humberto Lagos. Op. Cit.

La Pérgola es el principal mercado floral de la capital y el más antiguo, insigne, octogenario, pero el tiempo no pasa en vano y los cambios están a la vista. La urgencia de la vida moderna ha traído profundas transformaciones tal como los ritos en torno a la muerte y los imaginarios sociales que los precisan.

En un comienzo, la Pérgola de las Flores se levantaba frente a la Iglesia de San Francisco en plena Alameda de las Delicias (actual Libertador General Bernardo O'Higgins). Por el ensanchamiento de la principal arteria de la ciudad, hacía la mitad de la década del 40', fue desplazada hacia su ubicación actual, a pasos del Metro Cal y Canto. Actualmente se encuentra en faenas de remodelación para emplazarse como un moderno complejo que albergará un verdadero "mall de las flores".

Sin embargo, la remodelación ha traído una serie de inconvenientes a la labor que día a día desempeñan los y las floristas. Según consigna Marcelo Romero, florista de la Pérgola, al portal *Km Cero* "con el cierre de los estacionamientos no viene nadie. Ud. ve, está vacío a esta hora, cuando antes siempre teníamos harta gente comprando"<sup>270</sup>.

Esto ha "caldeado los ánimos", pues "siempre hemos vivido con la incertidumbre de que nos van a sacar, de que nos van cambiar o mandar para el cementerio, porque estos locales los arrendamos a la Municipalidad de Santiago. Ahora, por fin, vamos a concretar el anhelo de transformar la Pérgola en un edificio más moderno"<sup>271</sup> indica.

Por otro lado, a la separación espacial entre la Pérgola de Santa María y la de San Francisco, se suma la evidente disminución del comercio de las flores a propósito de los cambios experimentados en torno a la vivencia social de la muerte, la diversificación del negocio, o el encarecimiento del costo de la vida.

---

<sup>270</sup> <http://www.kilometrozero.cl/2010/01/los-ultimos-petalos-de-la-pergola/>

<sup>271</sup> *Ibidem*.

Don Manuel Cabrera (75 años), ex presidente del gremio de la Pégola de las Flores de Santa María, dirá que “la vida está media cara, también, la gente no gasta en esto, prefiere comerse un pan antes de comprar una flor”<sup>272</sup>.

Pero la Pégola sigue siendo uno de los hitos de la ciudad en relación al negocio de las flores, pese a que ahora se ha ampliado la oferta. Si en gran parte del siglo XX, solo se podía comprar flores en la Pégola, hoy en día es posible adquirirlas tanto en los diferentes cementerios metropolitanos, como en los mismos supermercados.

Ante esto, los pergoleros se defienden. Mónica González asevera que “en el supermercado venden muchas flores añejas, pero eso la gente no lo ve, es gente que tú le tocai la bolsa y se deshacen enteras. En cambio, si yo vendo una rosa te puede durar 15 días”<sup>273</sup>.

Hay otros que son más taxativos con respecto al peso de su trabajo y la importancia histórica de la Pégola. “La tradición es la que manda, así de simple”<sup>274</sup> sentencia Manuel Cabrera. Es que el mercado floral se resiste a ser desplazado del corazón de los santiaguinos, ya sea por el inexorable paso del tiempo o por las transformaciones propias de la modernidad que reafirma una vida productiva y acelerada por sobre las lógicas tradicionales de comunidad.

Eso ya lo advertía Isidora Aguirre en uno de los pasajes de su aclamada obra de teatro: “Nuestra Pégola querida la vamos a defender; aunque nos cueste la vida no la podemos perder. Aunque nos cueste la vida la vamos a defender”<sup>275</sup>.

En otro de los pasajes de la obra estrenada en el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, se reproduce el siguiente diálogo que expresa la tenacidad de los pergoleros frente al intento gubernamental de trasladar la Pégola a otra zona de Santiago:

“RAMONA: Métele bolina, Santa Catalina!

ROSAURA: Cuñas de carne y hueso, los palos gruesos.

Con el Intendente.

---

<sup>272</sup> Manuel Cabrera, ex presidente del gremio de la Pégola de las Flores de Santa María. Entrevista realizada el 12 de septiembre de 2010.

<sup>273</sup> Mónica González. Op. Cit.

<sup>274</sup> Manuel Cabrera. Op. Cit.

<sup>275</sup> [http://www.memoriachilena.cl/temas/bibliografia.asp?id\\_ut=lapergoladelasflores](http://www.memoriachilena.cl/temas/bibliografia.asp?id_ut=lapergoladelasflores)

TOMASITO: Con los estudiantes.

CHARO: Con los periodistas.

ROSAURA: Con el Presidente!

ROSAURA: Yo me voy pa' La Moneda

a gritar como una loca!

RAMONA: Yo me quedo con mis santos

y con el credo en la boca.

TOMASITO: Al primer demoleedor

yo lo mato de un chopazo!

CHARO: Llaman a los estudiantes!

RAMONA: Dios nos guarde y San Pancracio!<sup>276</sup>

Al igual que la Pégola, el oficio de pergolero persevera, como un rito, como una tradición familiar antiquísima, presente insoslayablemente en el imaginario social capitalino, todos los días de la semana, bajo lluvia o a pleno sol, desde las 7 de la mañana hasta cuando se acabe de vender la última corona, flor o ramillete.

“Las flores traen algo”<sup>277</sup> señala, con una mirada profunda, Mónica Moya (46 años), quien es parvularia de profesión y pergolera desde hace 16 años. Pese a que se las ingeniaba para correr todo el día, “en la mañana con los niños y en la tarde con las flores”<sup>278</sup>, ahora trabaja únicamente en la Pégola a horario completo.

Tal como reconocen la mayoría de los floristas, la Pégola es un trabajo familiar que “va de generación en generación”. La hermana de Mónica es casada con el dueño de la tienda, pero es “como si trabajara por siempre”<sup>279</sup>.

Señala que es “bonito” trabajar con flores. Dice que éstas se venden para todas las ocasiones como cumpleaños o aniversarios y no solo cuando fallece alguien. Aunque el trabajo es variable, pues de repente se venden más flores para nacimientos y generalmente los fin de semana para “puros funerales”.

---

<sup>276</sup> *Ibidem*.

<sup>277</sup> Mónica Moya. Op. Cit.

<sup>278</sup> *Ibidem*.

<sup>279</sup> *Ibidem*.

Como toda pergolera tiene que tener una psicología especial con los deudos que llegan a su local. Dice que “uno sufre igual, pues los sentimientos no cambian”<sup>280</sup>. Incluso, reconoce que se ha puesto más sensible: “uno ve tantas cosas que a la larga cualquier suceso te emociona”<sup>281</sup>. En este sentido, señala:

“Yo me emociono. Me pongo a llorar junto con ellos. Como que en las nuevas generaciones, se está muriendo mucha gente joven. No es como uno dice: más viejita y se va a morir. Se ve más eso. Hay muchos accidentes, muchos jóvenes, muchos niños, entonces como que llega gente inconsolable y tú no sabes consolarla, porque las estás consolando y la gente está llorando”<sup>282</sup>.

Por otro lado, no admite la posibilidad de trabajar en otra cosa. “Estoy bien así” dice calmadamente, con una sonrisa que se desborda de su rostro.

### **Manuel Cabrera y las flores**

A menos de una cuadra de distancia de Mónica Moya tiene su tienda de flores, Manuel Cabrera, ex presidente del sindicato de floristas de la Pégola de Santa María.

Lo apodan “el perro”, porque estuvo incansablemente detrás de su actual señora, Adia Zúñiga Córdova, por dos años. Cuenta que ella estaba separada, “tenía dos hijas, yo tenía dos por otro lado (...) ahora tenemos una linda familia formada, con hijos, nietos, bisnietos y a veces vienen a vernos”<sup>283</sup>.

Compañera inseparable de ruta, enfatiza que su señora es la más indicada para hablar de la Pégola y de las flores. Dice que ella “tiene un arte especial”. “Ella le enseñó a muchas personas acá, porque son maestros, y tiene una hija, la mayor, Isabel, que sacó las manos de ella, incluso las dos hijas, Isabel y Carolina, hacen cosas maravillosas, entonces trabajan bien”<sup>284</sup> señala.

Oriundo de Temuco, Don Manuel es hijo de José Santos Cabrera, destacado boxeador de la zona, quien padecía de un vicio bien particular: acostumbraba a perderse por varios meses luego de ganar una pelea. Embebido y brutal, cuando finalmente

---

<sup>280</sup> *Ibidem*.

<sup>281</sup> *Ibidem*.

<sup>282</sup> *Ibidem*.

<sup>283</sup> Manuel Cabrera. Op. Cit.

<sup>284</sup> *Ibidem*.

llegaba a su casa se desquitaba con su abnegada señora. Así relata Manuel: “nosotros nos poníamos al lado de ella a llorar. Mi madre le preguntaba: ¿por qué me pegas, Santos? Y él le contestaba: por sospecha y cómo él estaba haciendo algo malo, pensaba que ella también lo hacía”<sup>285</sup>.

Producto de eso, Don Manuel, sus hermanos y su madre, huyeron a San José de Maipo. “Después mi mamá se casó nuevamente con un señor que era el hombre más bueno del mundo, Osvaldo González Lantadilla. De él tuvo cuatro hijos mi madre, nosotros éramos cuatro hombres y de ellos tuvieron tres hombres y una mujer”<sup>286</sup>.

Muchos años después, le agradece -precisamente a su señora- haberlo salvado del alcohol y las malas juntas que de antaño consumieron a su padre:

“Yo me creía Roberto Carlos, los amigos me llovían, yo contaba un chiste, aunque fuera el más fome del mundo, todos cantaban, todos lo pasaban bien conmigo (...) andaba curado manejando (...) habría estado o botado en la calle borracho o muerto por un choque o por cualquier cosa, entonces, ella siempre con buenas palabras: “mijito, si te vas a morir, es mejor que quedes herido o inválido, que sufras, deja de estar tomando, porque los amigos no existen y en verdad no existen”<sup>287</sup>.

Por eso se siente tan agradecido de su mujer, y finalmente de la Pégola, donde la conoció. Cuenta que trabajar con flores “es algo especial, es algo bonito. Uno lo hace con harto cariño, incluso para envolver hay que prestarle el cariño que corresponde”<sup>288</sup>.

En este sentido, reconoce que no solo hay que tener cuidado con las flores, sino, también con quien viene a comprarlas. Cuenta que a veces viene “gente llorando, entonces uno también tiene que tener palabra para eso, para consolar, porque no solamente somos vendedores, también tenemos nuestro corazón. Cuando viene alguien, le pregunto ¿qué le sucede? ¿Quiere sentarse? ¿Necesita agüita? ¿Quiere decir algo?”<sup>289</sup>

Don Manuel asevera que no les pregunta el nombre a las personas que vienen a comprar a su local. Solamente usa su lógica:

---

<sup>285</sup> *Ibidem*.

<sup>286</sup> *Ibidem*.

<sup>287</sup> *Ibidem*.

<sup>288</sup> *Ibidem*.

<sup>289</sup> *Ibidem*.

“Lo que yo saco para decir: señora, el consuelo que tiene que quedarle que él la va a estar esperando donde esté y si usted dice que fue una persona buena, Dios tiene un lugarcito allá arriba a él, y él le va a guardar un lugarcito a usted (...) el señor se está llevando a los buenos, a los malos los deja aquí para que sigamos sufriendo, porque acá en la vida se sufre mucho (...) Dios es como un seleccionador que elige a los buenos y se los lleva”<sup>290</sup>.

“Yo debo ser remalo porque sigo aquí después de tantos años”<sup>291</sup> señala mientras arregla la fotografía que cuelga en el interior de su local.... La fotografía de Adia Zúñiga Córdova.

### **El rito del pergolero**

18 de enero de 2003. En un masivo funeral realizado en el Centro Cultural Estación Mapocho, miles de chilenos despiden a Eduardo "Gato" Alquinta. El líder y vocalista del grupo Los Jaivas había muerto de un paro cardíaco mientras disfrutaba de sus vacaciones en el sector La Herradura, Coquimbo.

El deceso conmueve al mundo artístico nacional. De inmediato se suceden expresiones de dolor. Fernando Ubiergo, según consigna el diario La Cuarta, confiesa que “es terrible y a la vez impactante (...) Él se había metido en el corazón de todos los chilenos”<sup>292</sup>.

Por su parte, José Seves, ex vocalista de Inti Illimani dice que “es un quiebre muy grande el perder a una persona como él (...) habiendo ocurrido lo ocurrido, lo vamos a tener con nosotros con mucho calor en nuestro pecho”<sup>293</sup>. A sus 57 años, el “Gato” Alquinta había dejado una huella imborrable en el acontecer musical de nuestro país.

A la ceremonia acuden autoridades del entonces gobierno del Presidente Ricardo Lagos, como el ministro Secretario General de Gobierno, Heraldo Muñoz, el Ministro de Justicia, José Antonio Gómez y la titular de Educación, Mariana Aylwin. También asisten representantes de la CUT, del PC, de organizaciones sociales y público en general.

---

<sup>290</sup> *Ibidem*.

<sup>291</sup> *Ibidem*.

<sup>292</sup> <http://www.lacuarta.cl/diario/2003/01/16/16.19.4a.ESP.ALQUINTA.html>

<sup>293</sup> *Ibidem*.

El portavoz del gobierno recalca que con la muerte del compositor Chile pierde a un gran ser humano. "América y Europa fueron testigos del arte de este grupo que supo mezclar con maestría el rock y folclore de Latinoamérica"<sup>294</sup>, afirma Muñoz a El Mercurio.

Al tercer día, el féretro del "Gato" Alquinta, hermoseado por colores, flores y motivos de la más variada procedencia inicia su recorrido hacia al Cementerio General para su definitivo descanso. Decenas de miles de personas acompañan el féretro bajo una estela de aplausos y claveles.

Desde el puente la Paz, el "Gato" Alquinta es despedido por los pétalos que lanzan las floristas de la Pérgola de las Flores. Este hito recordará la similar despedida efectuada 15 años atrás con ocasión del deceso de Gabriel Parra, otro insigne de Los Jaivas.

Cinco años después, la historia vuelve a repetirse. No es un músico ni un artista, pero alcanza ribetes casi místicos. El helicóptero que transportaba al General Director de Carabineros, José Luis Bernales cae en Panamá. En el accidente mueren también su señora y otros oficiales de la institución uniformada.

Es 1 de junio del 2008. Detrás de la comitiva solemne de autos policiales y de un centenar de autopatrullas, la caravana que lleva los restos del apodado "general del pueblo" recorre las principales calles de Santiago rumbo al Cementerio Parque del Recuerdo. Las personas se agolpan a los costados de la calle. La Televisión pública transmite ininterrumpidamente, mientras el Gran Orfeón institucional retumba con su marcha fúnebre.

Horas antes, en la ceremonia realizada en la Escuela de Carabineros, se lee una misiva enviada por El Papa Benedicto XVI, donde comparte "el luto del Gobierno, del pueblo chileno y de manera particular del cuerpo de Carabineros"<sup>295</sup>.

Luego toma la palabra Alejandro Bernales (29 años), el hijo mayor del General, quien emocionado agradeció el apoyo de los chilenos a su padre y llamó a que en la

---

<sup>294</sup> <http://www.emol.com/noticias/nacional/detalle/detallenoticias.asp?idnoticia=102735&pagrel=2>

<sup>295</sup> <http://www.emol.com/noticias/nacional/detalle/detallenoticias.asp?idnoticia=306679>

sociedad hayan más "jueces del pueblo, más diputados y senadores del pueblo", pues así nuestro país será mejor"<sup>296</sup>.

Posteriormente, la Presidenta de la República, Michelle Bachelet, manifiesta su deseo que los fallecidos "Descansen en paz, que Chile los tendrá siempre en sus corazones"<sup>297</sup>.

Al finalizar la ceremonia, el ataúd del General, junto con los del resto de su comitiva, es cargados a paso lento por los miembros de la institución. Se escuchan aplausos y un centenar de pañuelos blancos agitados al viento. También se multiplican las banderas chilenas.

El último recorrido de Bernales al igual que el de Gato Alquinta es coronado en Avenida La Paz bajo un mar de pétalos y un enorme arreglo colgante hecho de ramas y flores que dice: "adiós, General del Pueblo".



**Ilustración 17**Despedida de los pergoleros al General Alejandro Bernales  
(Claudio Caiozzi, El Mercurio | Publicado el 01/06/2008)

---

<sup>296</sup> Ibidem.

<sup>297</sup> <http://www.elamaule.cl/admin/render/noticia/15889>

Este es uno de los ritos más reconocibles y tradicionales de la Pérgola de las Flores<sup>298</sup>. Es el acto por el cual los pergoleros despiden a las personalidades destacadas del país cuando estas fallecen. O como dice Humberto Lagos, ese especie de homenaje esperado:

“Por eso las personas que tienen cierto grado de relevancia siempre las llevan por la Avenida La Paz y ahí ya el tránsito es absolutamente lento, para permitir que se sumen quienes van a pie, pero pasar por allá, significa también recibir esta especie de bendición de las pergoleras que se suman al hecho de la muerte, entregando, derramando aquello que tiene mayor pureza, que es la flor”<sup>299</sup>.

Pero, ¿cuáles son las condiciones que deben tener los difuntos para recibir tal homenaje?

Para Manuel Cabrera este criterio es laxo, pues “acá prácticamente se ha tratado a todos iguales (...) para nosotros si murió y representó algo importante para el país se le homenajea”<sup>300</sup>. Este es el caso de un músico como el “Gato Alquinta”, de un político como Gladys Marín, de un comentarista deportivo como Julio Martínez Prádanos, hasta el mismísimo General Director de Carabineros, José Alejandro Bernales.

Don Manuel cuenta que los locatarios acumulan los pétalos de las rosas que vienen del extranjero, principalmente de Colombia, y que siempre hay que sacar porque por el viaje se echan a perder. Entonces, cuando pasa el carro fúnebre “con alguna persona querida por nosotros, o que sea alguien de gobierno, importante, los esperamos y tiramos los pétalos para homenajearlos. Tienen que pasar por aquí. Ahí sale toda la gente nuestra con sus cajas de cartón”<sup>301</sup> dice Don Manuel.

“Al último que le tiramos fue a Fernando Riera, entrenador de la Selección Nacional del 62”<sup>302</sup> recuerda emocionada Mónica Moya. “Fue hermoso. Cerramos toda la cuadra desde el puente La Paz”<sup>303</sup>.

Por otro lado, los pergoleros reconocen que no existe distinción política a la hora de rendir homenajes. “Nosotros no somos políticos, no dependemos del gobierno que

---

<sup>298</sup> [http://wn.com/despedita\\_del\\_gral\\_bernales](http://wn.com/despedita_del_gral_bernales)

<sup>299</sup> Humberto Lagos. Op. Cit.

<sup>300</sup> Manuel Cabrera. Op. Cit.

<sup>301</sup> Ibidem.

<sup>302</sup> Mónica Moya. Op. Cit.

<sup>303</sup> Ibidem.

esté. Se le hace a cualquier persona que haya servido al país, que tenga buenos antecedentes”<sup>304</sup> señala Don Manuel.

Incluso, Don Manuel, quien se considera políticamente más cercano a la derecha, ratifica con cierto orgullo que “nosotros siempre hemos estado con la gente que nos favorece. Tenemos un espíritu de colaboración con todo el mundo, socialista, comunista, pepedé, radical, UDI. No hay preferencias, acá solamente somos personas que trabajamos no más”<sup>305</sup>.

No obstante, han existido situaciones difíciles. Sin ir más lejos, a Augusto Pinochet no se le hizo ningún tipo de homenaje por parte de la Pérgola de las Flores. “Acá los militares se portaron muy mal y mataron a varias personas”<sup>306</sup> cuenta Don Manuel.

Ahora bien, este tipo de rito no es exclusivo ni excluyente de las grandes personalidades fallecidas que ha tenido el país. Ocurre algo parecido con los mismos pergoleros cuando pasan a mejor vida.

“Uno aporta con un arreglo, se le hace una alfombra de pétalos. Si es dueño de puesto, se le lleva al puesto, se le canta, se le aplaude, se canta el himno del pergolero. Es emocionante”<sup>307</sup> detalla Mónica González.

Así ocurrió con la “Anita Maturana”. “Tenía 65 años, venía a la Pérgola y de repente se ponía a bailar. Le gustaba moverse y la quería todo el mundo”<sup>308</sup> recuerda Manuel Cabrera. Ella trabajó por más de 25 años en la Pérgola de las Flores, y al morir “le hicimos un entierro de presidente (...) La velamos en los carmelitos, toda la gente de la pérgola la vino a ver, llena de flores, pétalos, y todas esas cosas, y los autos tocando las bocinas”<sup>309</sup>.

---

<sup>304</sup> Manuel Cabrera. Op. Cit.

<sup>305</sup> *Ibidem*.

<sup>306</sup> *Ibidem*.

<sup>307</sup> Mónica González. Op. Cit.

<sup>308</sup> Manuel Cabrera. Op. Cit.

<sup>309</sup> *Ibidem*.

“A la Anita la quería harto” enfatiza -visiblemente emocionada- Mónica González. A ella le hice lo clásico de aquí: un corazón con hartos pétalos”<sup>310</sup>. Además, como en esos años, la Pérgola se encontraba unificada, antes de los trabajos de remodelación, “fue toda la gente. Estábamos todos más juntos”<sup>311</sup>.

Al fin y al cabo, la tradición familiar, el trato afable, el carácter marcadamente comunitario, constituye ese espacio de trabajo tan particular que es la Pérgola y que se manifiesta en el cariño que se tienen los pergoleros ante la vida y en especial, ante la muerte.

### **Los floristas de Santiago**

Las tiendas de flores se multiplican por un Santiago que desborda sus límites, pero de seguro nadie podría obviar las que se encuentran a un costado del Cementerio General. Quizás no posean la misma trayectoria que la Pérgola de las Flores, pero los y las floristas del principal campo santo capitalino mantienen ese servicial encanto, esa certidumbre necesaria para quienes han perdido a un ser querido.

En la entrada oriente del cementerio que mira hacia Avenida Recoleta, se halla la moderna estructura que los alberga. Allí se venden crisantemos, rosas, alelíos, ilusiones, todas las flores de temporada, ramilletes o coronas para ocasiones tan diversas como aniversarios, cumpleaños, matrimonios o funerales.

Pero no son los únicos. Inmediatamente cruzando Avenida Recoleta, en el frontis del Cementerio Católico, la procesión y venta de flores continúa, sin discernir entre semana o fin de semana, bajo condiciones climáticas adversas, más allá del polvo y el silencio solemne de las procesiones, que pasa inexorable en esos puestos de flores, precariamente levantados sobre la acera roída.

Al igual que la Pérgola, las coronas y los diferentes adornos florales saltan a la vista entre caminantes, automóviles, y El Quitapenas, ubicado en la esquina de Avenida Valdivieso con Recoleta. Es una variopinta oferta de color en improvisados jarrones desteñidos.

---

<sup>310</sup> Mónica González. Op. Cit.

<sup>311</sup> *Ibidem*.

En uno de ellos se divisa un humilde local, cubierto por un toldo verde y un techo de plástico para protección de los arrebatos del clima. Allí se encuentra Florencia Naranjo. Tiene 67 años, y desde que tiene memoria trabaja en este lugar.

Con un oficio que heredó de su madre, esta mujer de manos ajadas describe su trabajo “como algo bonito y entretenido”<sup>312</sup>. La florista añade que en su oficio “no se aburre, porque aquí por ejemplo hay cuatro meses de crisantemos, de reinas luisa y de alelís, entonces estás todo el tiempo renovando el negocio, eso es una cosa que a uno la llena, me gusta las flores”<sup>313</sup>.

Las personas que se dirigen a su tienda lo hacen con un trato afectuoso. Afirman que la conocen hace “muchísimos años”, por lo que han establecido un vínculo emocional con ella.

Para esta mujer de ojos cansados, es por medio de la pena que se establece un lazo, una comunión a través de las flores. Éstas, de algún modo, sirven para atesorar la memoria de los muertos, mermar su pérdida, recordando las fechas importantes. Florencia comenta que “hace poco vino un caballero que siempre me compra 500 pesos en flores, pero hoy vino con 5 mil y me dijo que era un día especial porque con su señora difunta estaban de aniversario de matrimonio, me compró todo blanquito: rosas blancas, alelís blancos...duraron 50 años juntos”<sup>314</sup>.

También recuerda la florista a “una clienta a la cual se le murió un hijo de 22 años. Está con siquiatria y que al igual que a la gente que se le mueren guagüitas es muy traumático y doloroso”<sup>315</sup>.

Las flores no solamente dan trabajo. Son un rito, un sentimiento, toda una vida. Para Olivia Briceño (40 años), florista del Cementerio General, vender flores “es como un arte, porque mal que mal tú juegas con las flores, hacer arreglos, las combinas, le das

---

<sup>312</sup> Florencia Naranjo, florista del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 26 de agosto de 2010.

<sup>313</sup> *Ibidem*.

<sup>314</sup> *Ibidem*.

<sup>315</sup> *Ibidem*.

un toque a la estabilidad de las flores, pero eso tú lo vas aprendiendo a través del tiempo, de los años”<sup>316</sup>.

Pero el oficio de las flores va, incluso, va más allá de éstas. Implica una psicología especial con los familiares de los que han pasado a mejor vida. La misma Olivia Briceño cuenta que “nos ha tocado vivir algunos momentos difíciles con la gente, escuchar el sufrimiento de ellas, pero como uno también ha pasado por lo mismo, da una palabras de consuelo”. Define su trabajo como “un apoyo”, donde “tu clientela pasa a ser como tus amigos, no sólo tu “casero”, porque te cuentan sus problemas”<sup>317</sup>.

Así también lo confirma Naranjo. Cuenta que sus clientes le cuentan sus cosas, sus historias y “uno trata de alegrarlos, de darles un apoyo”<sup>318</sup>.

La profunda paradoja del paso del tiempo hace que los y las floristas sean testigos de la muerte de abuelos, padres, tíos, hermanos, hijos, nietos. Es la procesión infinita de la muerte que algún día, también, les tocará a ellos.

Florencia Naranjo asevera que hay muchas personas que siguen viniendo y así pasan y pasan los años. “Imagínese que hay clientas que eran de mi mamá y siguen viniendo, hay hijos de las clientas antiguas, que ya están muertas, que vienen a comprarme flores para llevarles”<sup>319</sup> comenta.

“Es algo doloroso”<sup>320</sup> reconoce Olivia, pues “tú te acostumbras con la gente, te acostumbras a tener un trato diario con ellos, y que de la noche a la mañana te digan que falleció, aunque no sea pariente de uno, uno se encariña (...) Hay momentos en los que nos han corrido las lágrimas porque uno se mira en el dolor de ellos, en lo que están sintiendo”<sup>321</sup>.

Pero a veces y no pocas, la memoria es frágil y muchos deudos dejan de venir al cabo de dos o tres meses, por tanto, de comprar flores. Hay otros, en cambio, que religiosamente vienen al cementerio a recordar a sus difuntos y pasan a los diferentes

---

<sup>316</sup> Olivia Briceño. Op. Cit.

<sup>317</sup> *Ibidem*.

<sup>318</sup> Florencia Naranjo. Op. Cit.

<sup>319</sup> *Ibidem*.

<sup>320</sup> Olivia Briceño. Op. Cit.

<sup>321</sup> *Ibidem*.

puestos. Según Jessica Berríos “hay gente que viene muy triste, que ha perdido recién un ser querido, también hay gente que ya viene resignada, que lleva muchos años viniendo acá, que vienen sagradamente todos los fines de semana. También hay muchos que vienen sólo para el 1 de noviembre”<sup>322</sup>.

No obstante la situación de los y las floristas dista de ser la más óptima desde el punto de vista laboral.

Alejandro Urrutia (50 años), hijo y pareja de floristas del Cementerio General, asegura que “la vida está muy cara, todo está más caro, y al final sobrevives no más. Antiguamente los floristas trabajaban y ganaban mucho dinero, ahora no”<sup>323</sup>.

Urrutia sentencia que le gustaría “salir de la humedad, de levantarse temprano, de enfermarse (...) Si tú trabajas, tienes tu sueldo seguro, pero acá no, tienes que invertir tu capital para tener algo. Si no, moriste. Amo las flores, pero me gustaría irme lejos”<sup>324</sup>.

Si bien los floristas reconocen las difíciles circunstancias que les toca vivir, ya sea por la menor venta de flores, las condiciones de trabajo o el aumento en el costo de la vida, son tajantes en asegurar que no se moverían de ahí, por lo menos la gran mayoría. Ocurre algo similar con la posibilidad de emigrar a otro tipo de cementerios como los parques del recuerdo.

“Es que la tradición nació de aquí, y es por eso que uno se ha quedado aquí, porque ha trabajado la familia de uno”<sup>325</sup> indica la señora Olivia.

En el campo, la imagen no es tan disímil. Con letreros confeccionados a mano, entre improvisadas tablas donde se depositan los baldes copiosos de flores, las diferentes floristerías conviven con los cementerios parroquiales de Isla de Maipo y Talagante.

---

<sup>322</sup> Jessica Berríos. Op. Cit.

<sup>323</sup> Alejandro Urrutia, florista del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 31 de agosto de 2010.

<sup>324</sup> *Ibidem*.

<sup>325</sup> Olivia Briceño. Op. Cit.

## Las floristerías del campo

Las floristerías de Isla de Maipo no superan los diez locales, aunque con los años han ido ampliando sus negocios y diversificado sus productos, puesto que en los últimos años las personas han comenzado a venir más a estar con sus muertos.

Ana Guerrero tiene 60 años y dice con orgullo que fue la primera florista que puso su tienda frente al Cementerio de Isla de Maipo. Cuenta que comenzó un 1º de noviembre, después de haber cortado “todas las flores de mi casa y se me ocurrió porque nadie venía a vender flores y la gente preguntaba”<sup>326</sup>.

Su padre trabaja hace cincuenta años en el negocio de las flores y “él me las trajo y empecé a vender esas flores ya comercializadas, compradas”<sup>327</sup>. Después de un par de meses, se instaló con un kiosco.

Si bien siempre ha estado ligada al cementerio, ya que vive solo a unos pasos de éste, reconoce que fue difícil en un comienzo asentarse con el trabajo de las flores, pues no venía la gente. “La gente acostumbraba a venir por el 1º de noviembre, para los entierros. Me decía “porque tuve que venir a meterme aquí”. Pero con el tiempo la gente se empezó a acostumbrar a venir al cementerio, donde vieron que se vendía flores aquí”<sup>328</sup>.

Al igual que los floristas de Santiago -tanto de la Pέργola como del Cementerio General- el trabajo con las flores es una tradición familiar heredada de padres, tíos o hermanos:

“Gracias a Dios mi madre me enseñó a trabajar en esto”<sup>329</sup> asevera Olga Hernández (57 años), florista Cementerio de Isla de Maipo.

---

<sup>326</sup> Ana Guerrero. Op. Cit.

<sup>327</sup> *Ibidem*.

<sup>328</sup> *Ibidem*.

<sup>329</sup> Olga Hernández. Op. Cit.

Del mismo modo, Adriana Peña (67 años) florista Cementerio Parroquial de Talagante, señala que lleva dos años trabajando junto a su marido: “Comenzamos con la iniciativa de tener otra entrada de plata y aquí estamos”<sup>330</sup>.

El desempeñarse en un oficio directamente ligado a la muerte no es fácil. Adriana Peña reconoce que cuando comenzó a trabajar en su puesto de flores, se sentía incómoda, “porque uno ve funerales todo el día, pero después uno se aclimata a todo eso. Igual a uno le da pena, son cuatro o cinco funerales diarios, especialmente en agosto mucha muerte, era espantoso”<sup>331</sup>.

La “abuelita Peña”, apodo con el que es conocida en la zona, cuenta, mientras barre la acera, que ya se encuentra totalmente “climatizada a la muerte” y que sus tareas diarias están llenas de historias conmovedoras. Pone el caso de una niña de 16 años que murió repentinamente hace unos quince días. “Es fuerte porque está recién viviendo su vida”<sup>332</sup> reflexiona.

Pero hay casos donde la muerte ha afectado de una manera particular el trabajar con las flores. “Mientras tú no lo vivas es tu trabajo, pero cuando tú lo vives cambia la cosa”<sup>333</sup>, sentencia María Fajardo, florista del Cementerio de Isla de Maipo desde el año 2004.

Con una mirada profunda y una voz reflexiva recuerda a su hermano fallecido. Él era “su amigo, compañero y todo”, “igual como si hubiera sido el papá de mis hijos”. Cuenta que fue una idea de él comenzar con este negocio “porque nosotros vivíamos en Santiago y decidimos volver a la Isla por mis hijos”<sup>334</sup>.

Con cierta nostalgia precisa que él tenía solo 42 años, “estaba lleno de vida”. “Él falleció a los 8.25 de la noche. Lo enterramos el día 11 de agosto a las 16, o 17 hrs. de la tarde”<sup>335</sup> justo en el cementerio donde tantos años lleva vendiendo flores.

---

<sup>330</sup> Adriana Peña, florista Cementerio Parroquial de Talagante. Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2010.

<sup>331</sup> *Ibidem*.

<sup>332</sup> *Ibidem*.

<sup>333</sup> María Fajardo. *Op. Cit.*

<sup>334</sup> *Ibidem*.

<sup>335</sup> *Ibidem*.

Cerró el local hasta el 27 de agosto. Ahora ha vuelto al oficio de florista, aunque reconoce que le ha costado retomar, pues “todo te trae recuerdos, porque con él congeniamos muy bien, en todo sentido”<sup>336</sup>.

### **“Una flor de trabajo”**

Las floristas del Cementerio Parroquial de Talagante cuentan que trabajar con flores es “un negocio que deja su platita” y que tiene meses buenos y malos, siendo agosto y septiembre –al igual como reza el dicho popular- los meses en donde más “llega la pelá”. Estos comerciantes no superan los diez puestos, número acorde a un cementerio que no es tan grande como el General, Católico o El Parque del Recuerdo.

Estos locatarios aseguran que es una labor entretenida, bonita y que les gusta desempeñar. Agradecen que el cementerio se encuentre cercano al centro de la comuna: a no más de cuatro cuadras se puede llegar a la plaza principal, al comercio y a la iglesia; lugares en donde más afluye la gente los fines de semana y las tardes para abastecerse y recrearse.

Carlos Román, comenzó como florista hace siete años, aunque siempre ha estado vinculado a las flores, pues desde niño era empleado del cementerio y gracias a su persistencia juntó moneda tras moneda, lo que le permitió colocar el puesto que lo cobija hoy y comenzar a pagar una casita por los alrededores. Uno de sus mayores anhelos es lograr que sus hijos puedan terminar el colegio y llegar a la universidad, ya que nadie en su familia ha podido hacerlo.

El joven Román afirma que su rutina está marcada por ser “flor de trabajo”<sup>337</sup>. A su vez comenta que algo “bonito porque trabajai con colores, con diferentes flores, todas tienen sus peculiaridades, sus olores”. Agrega que “vendo flores porque me gustan las flores y creo que es lo mejor que sé hacer”<sup>338</sup>.

Moisés Ramírez es otro de los floristas del Cementerio Parroquial de Talagante. Trabaja en este lugar hace diez, partiendo con un triciclo y tres baldes con flores, con el tiempo se fue entusiasmando, situación que coincidió con la posibilidad de tener una

---

<sup>336</sup> *Ibidem*.

<sup>337</sup> Carlos Román. Op. Cit.

<sup>338</sup> *Ibidem*.

patente. Así comenzó, sintiéndose actualmente agradecido por las posibilidades que le ha dado la vida.

A Ramírez le han contado muchas historias las personas de tránsito y él trata de alegrarles la vida, “porque les hablo de otras cosas. Después con el tiempo uno termina estableciendo una clientela que pasan a ser tus amigos”<sup>339</sup>. Este hombre de 46 años afirma que “trabajar vendiendo flores es vida”<sup>340</sup>.

Es aquí donde es posible identificar una marca cultural presente en el trabajo diario de los y las floristas, ya sean éstos de Santiago o del campo: el lazo que se genera con las personas que vienen a comprar flores.

“Yo tengo muy poca educación, pero el ambiente te enseña psicología, porque cuando la gente sale con mucha pena uno tiene que tener mucha psicología para atenderla, para escucharla”<sup>341</sup> explica Olga Hernández.

Enfatiza que “eso me llena. A veces no es tanto vender flores, sino acompañar a la gente y ya estoy vieja y estoy sentimental cuando ocurre una muerte”<sup>342</sup>. Dice que la muerte de cualquier persona le afecta, y “uno vive del muerto, del nacimiento, de un matrimonio, porque para eso nosotros trabajamos”<sup>343</sup>.

El trabajo con las flores se vive, se siente y se huele. Muchos de los floristas han podido alimentar a su familia, darles educación a sus hijos, incluso a sus nietos. “Gracias a las flores soy lo que soy” asegura Olga Hernández, porque “es lo que me dio y me da lo que yo tengo. Pienso que he logrado cosas lindas con mi trabajo. He logrado que mi hija tenga estudios, tener mi casa, ayudar a mi hija a que mi nieta se eduque y gracias a esto. Es mi vida”<sup>344</sup>.

---

<sup>339</sup> Moisés Ramírez. Op. Cit.

<sup>340</sup> Olga Hernández. Op. Cit.

<sup>341</sup> *Ibidem*.

<sup>342</sup> *Ibidem*.

<sup>343</sup> *Ibidem*.

<sup>344</sup> *Ibidem*.

## El Quitapenas y el Catula, los negocios de la muerte

*“Comamos, bebamos y gocemos: tras la muerte no habrá ningún placer” (Marco Tulio Cicerón)*

José Miguel Mendoza es un tipo simpático. Lleva más de 15 años en El Quitapenas, el mítico bar ubicado en Avenida Recoleta, frente al Cementerio General de Santiago. Mendoza, a sus 53 años, es el tercer dueño después de un tal señor Degellini y de un tal señor Burroni “que se cambiaron los dos pal frente y ahí quedé yo. Los dos viven allí, al frente, y yo todavía no quiero”, cuenta.

El Quitapenas ha acompañado al principal campo santo capitalino desde hace una centuria. Desde sus ventanas privilegiadas ha visto los profundos cambios en torno a la experiencia social de la muerte en Santiago. Pese a sus orígenes algo confusos, el primer antecedente de su existencia la consigna el historiador popular Oreste Plath en el libro *El Santiago que se fue*<sup>345</sup>. Según Plath, el poeta Pedro Antonio González, a inicios de 1900, reconocía al bar como dormitorio, biblioteca, cuarto de tarea y bar<sup>346</sup>. Como dato anecdótico, Mendoza cuenta que en el local se fundó Colo Colo un lejano año de 1925, por los dirigentes disidentes de Magallanes, Clemente Acuña y David Orellano.



Ilustración 18 Bar Restaurante “El Quita Penas” de Santiago  
(Foto capturada el 27 de agosto de 2010 por David Fuentes)

<sup>345</sup> *El Santiago que se fue: apuntes de la memoria* / Oreste Plath. Santiago: Biblioteca Nacional de Chile: Grijalbo, 1998.

<sup>346</sup> *Ibidem*.

Mendoza asegura que el origen del local tiene directa relación con el cementerio y la muerte. Reconoce que se llama “Quitapenas” porque se supone “que las viudas salían casadas”<sup>347</sup>. En esos años, los funerales se hacían de pie, tal como en el campo, “se llevan el cajón a pulso y más encima que se toma toda la noche, se come”. Entonces, “al traer la gente a pie, y esto era tierra, pasaban para acá y lo pasaban re bien los weones y el dueño lo pasaba mejor”<sup>348</sup>.

Sin embargo, las cosas han cambiado. A la existencia del Cementerio General, el Cementerio Católico y el Metropolitano, se suma la proliferación de los cementerios-parques, lo que ha diversificado la oferta de campos santos, por tanto, también, de locales asociados a ellos. Paradójicamente al Quitapenas le va bien cuando muere algún famoso. Según cuenta José Miguel Mendoza, “me ha ido bien cuando murió el Gato Alquinta, cuando volvieron a enterrar a Víctor Jara, cuando murió Jaime Vivanco, el tecladista de Congreso, al otro día de la muerte de Gato Alquinta”<sup>349</sup>.

A juicio de Mendoza, la gente viene igual, “de pasadita”, porque ocurre un fenómeno bien interesante: “Todos los negocios ganan para la Pascua, pero yo gano para el primero de noviembre, el día de la madre y del padre”<sup>350</sup>. Incluso, según consigna la página *web el sitio de Yungay*, la señora María, esposa de José Miguel Mendoza, asegura que “los velorios son como los matrimonios: la gente se reencuentra. Al Quita Penas, “entran tristes, pero acá conversan y se van contentos”<sup>351</sup>.

“Dicen que en todos los pueblos del país hay una cantina frente al camposanto”<sup>352</sup>. Es el caso, también, de “El Catula” ubicado frente al Cementerio Parroquial de Talagante.

Bautizado así por el apodo que recibe su dueño, José Prudencio López (71), en realidad se llama “El buen amigo”. El local es el living de una casa, acondicionado con unas mesas plásticas, un bar con algunos tragos y una cortina hecha de filamentos de plástico.

---

<sup>347</sup> José Miguel Mendoza. Op. Cit.

<sup>348</sup> *Ibidem*.

<sup>349</sup> *Ibidem*.

<sup>350</sup> *Ibidem*.

<sup>351</sup> [http://www.elsitiodeyungay.cl/index.php?option=com\\_content&task=view&id=717&Itemid=39&lan=](http://www.elsitiodeyungay.cl/index.php?option=com_content&task=view&id=717&Itemid=39&lan=)

<sup>352</sup> *Ibidem*.

El local abre todos los días, y tiene una clientela bastante fiel, que sagradamente está algunas horas en el bar, charlan, cuentan chistes, intercambian productos que venden en la feria, y se van a sus respectivas casas que están a un par de cuadras.



Ilustración 19Bar

Restaurante “El Buen Amigo” de Talagante  
(Foto capturada el 23 de octubre de 2010 por David Fuentes)

El “Catula” lleva más de 40 años funcionando, pero él como dueño, lleva 30 años administrándolo. Cada vez es más difícil sostener el bar, “se mantiene nomás”<sup>353</sup>, dice. Sin embargo, sus clientes van diariamente por una “cañita de vino”, la clásica “pilsener” o un vaso de ron para pasar el rato con los amigos. Que el bar esté al lado del cementerio ni siquiera es un tema para los asistentes, y mucho menos para su dueño. Incluso, Don José bromea cuando se le pregunta si le ha afectado alguna vez en su vida trabajar al lado del cementerio: “no, en lo absoluto. Yo tengo un subterráneo en mi casa, y los muertos se van a tomar allá”<sup>354</sup>, ríe.

En Santiago, la mayoría de los clientes del Quitapenas “ya son de la casa”. Pedro Chamorro (39 años), trabajador de la empresa Aramark, viene hace años al igual que su compañero Ramón Acevedo (46 años). Este último es nacido y criado en Recoleta, así que de chico “siempre vi el local. Veníamos al cementerio vez que fallecía un familiar, el Quitapenas, ineludible mirarlo. Desde los diez años tengo noción de ver el local acá, del año 80, más o menos”<sup>355</sup>. Chamorro, por su parte, dice que, pese a que

<sup>353</sup> José Prudencio López, dueño de “El Catula”. Entrevista realizada el 23 de octubre de 2010.

<sup>354</sup> *Ibidem*.

<sup>355</sup> Ramón Acevedo. *Op. Cit.*

no tiene ningún pariente en el General, “le llamó la atención, porque veía gente que salía del cementerio y venía para acá”<sup>356</sup>.

Acevedo, a modo de anécdota, relata que en su trabajo había un muchacho de unos veinte años: “supimos de una infidelidad que sufrió el colega y para acá vinimos. Llegamos después de almuerzo y estuvimos hasta el cierre. Salimos todo curados, pero con lo que compartimos, al cabrito se le olvidaron las penas”<sup>357</sup>.

Pero no es fácil disociar el Quitapenas del cementerio, y finalmente de la muerte. Ambos admiten que les produce una sensación bien especial venir a tomarse un trago. Para Chamorro, “tú vas al Parque del Recuerdo y no tenís, Parque Santiago, no hay. Vai a cualquier otro cementerio y no hay (...). En cambio, aquí lo tienes. Es como que tú dices: voy a ver a mis deudos y de ahí me paso a tomarme una chela o pasar a almorzar. Además que todo el mundo sabe donde queda El Quitapenas ¿dónde está? Al lado del cementerio”<sup>358</sup>.

Del mismo modo, para Doris Rojas (50 años), trabajadora de la fábrica de confecciones E-Italy, Recoleta, cuando por primera vez vino al cementerio y vio este local, se dijo que jamás entraría. “¿Cómo voy a venir aquí a matar la pena? ¿Eso significaba tomarse algo? Es una falta de respeto. Nunca entraría aquí. Pero ahora es diferente, como nosotros trabajamos cerca. Pero cuando vengo de al frente nunca vengo para acá. De allá no saldría para acá”<sup>359</sup>.

En esa línea, Sandra Sepúlveda (30 años), compañera de Doris, reconoce que ya se acostumbraron, pues siempre están pasando por acá. Aunque que en un comienzo “les dio cosa”<sup>360</sup>, porque “es un lugar solo, y de repente uno a lo mejor se sugestiona, igual como que ve cosas del cementerio. Igual yo me iba súper tarde de la pega, a las nueve, diez de la noche y aquí es súper solo, igual te sugestionas, porque tienes el Cementerio General y el Cementerio Católico al otro lado y aquí no anda nadie”<sup>361</sup>.

---

<sup>356</sup> Pedro Chamorro. Op. Cit.

<sup>357</sup> Ramón Acevedo. Op. Cit.

<sup>358</sup> Pedro Chamorro. Op. Cit.

<sup>359</sup> Doris Rojas. Op. Cit.

<sup>360</sup> Sandra Sepúlveda. Op. Cit.

<sup>361</sup> *Ibidem*.

En el “Catula”, en cambio, no existe esa aparente diferenciación entre estar en el bar o estar en el cementerio. El cementerio está tan cerca de la ciudad que es un lugar de tránsito recurrente para los talagantinos, y concurren a él diariamente.

Felipe Contreras (48) es uno de los amigos del bar que todos los días pasa a tomarse “un vinito” con sus pares. Es talagantino de toda la vida, y dice que se crió en el cementerio, por lo que para él, el cementerio es una segunda casa: “No me da miedo, porque nosotros cuando chicos jugábamos dentro del cementerio, nos escondíamos en los nichos, estábamos acostumbrados. Antes todo el cementerio era abierto, ahora hay una sola entrada”<sup>362</sup>.

José Prudencio atribuye a la Iglesia el hecho que de los 6 accesos que había para entrar al cementerio, sólo haya uno habilitado en la actualidad. Eso, claramente afectó el negocio de su bar, porque antes los asistentes del cementerio pasaban a beber una cerveza por una de las puertas que ahora están selladas. “La gente venía por una salida lateral del cementerio, pero la Iglesia tapó todas las entradas, porque según ellos entraban a robar por allí, pero nunca fue así”<sup>363</sup>.

En el bar de Talagante hay una cierta indiferencia al tema de la muerte. No pareciera existir ese miedo al cementerio o esa preocupación en lo que está en “el más allá”. Para los asistentes, es parte de sus rutinas. Pasar por el cementerio para ir al trabajo, luego de regreso pasar al Catula a beber algo, para luego regresar al hogar parece ser la dinámica diaria. Todo queda de paso, y todos se conocen. Los buenos amigos siempre están ahí, esperando compartir una risa y el comentario del día con los compañeros de toda la vida.

---

<sup>362</sup> Felipe Contreras, visitante del bar “El Catula”. Entrevista realizada el 23 de octubre de 2010.

<sup>363</sup> José Prudencio López. Op. Cit.

## Capítulo IV

### Entre ritos y transformaciones

*“Cambia lo superficial, cambia también lo profundo, cambia el modo de pensar, cambia todo en este mundo”* (Mercedes Sosa).

Esta icónica canción de la intérprete argentina Mercedes Sosa ha dado la vuelta al mundo, siendo *record* de ventas y traducida a un centenar de idiomas. Este hecho no sólo se genera por ser una balada cantada por una bella voz argentina, sino también porque su letra da cuenta de los constantes cambios que sufren las sociedades humanas. Estas transformaciones acontecen en todas las culturas del mundo y han sido parte de la humanidad desde sus inicios.

Sin embargo, también es cierto que hay cosas que quedan, que permanecen en el tiempo y se encuentran impregnadas en nuestra forma de vivir el cotidiano y de relacionarnos con nuestro entorno. Estas acciones e imaginarios nos permiten significar a nuestra comunidad, forjar identidades y sentirnos pertenecientes a determinadas semánticas culturales.

Reiterando el concepto esbozado por Humberto Lagos<sup>364</sup>, la paradoja de la muerte implica “la certeza más rotunda de nuestra vida”, y al mismo tiempo, es el hecho “más impredecible e incalculable” (Duch, Mèlich, 2005, p. 337). Es por ello, la necesidad de significación e identificación.

El sentido de identificación no es algo nuevo, quizás los códigos han ido mutando con el paso del tiempo, pero sigue siendo una de las principales preocupaciones de hombres y mujeres, de grandes y chicos. Todas las agrupaciones sociales tienen ritos, poseen determinadas recopilaciones simbólicas que la hacen ser únicas y diferentes a todas las demás, moviendo masas, sacando a flor de piel pasiones; haciendo aflorar lo peor y lo mejor de cada uno, en especial, con ocasión de la muerte.

Las comunidades requieren mantener vivo el recuerdo de sus difuntos mediante esa estrategia de la memoria<sup>365</sup>, “que acostumbra a circunscribirse en el entorno de la familia, pero que también puede extenderse más allá de los círculos familiares y

---

<sup>364</sup> Ver capítulo vivos o muertos (Pág. 7-9).

<sup>365</sup> De hecho, Duch y Mèlich, reconocerán éstas como las estrategias posmodernas contra la muerte.

alcanzar un espectro social mucho más amplio” (Duch, Mèlich, 2005, p. 354). Es así que las manifestaciones estéticas ocupan un rol fundamental para materializar ese vínculo entre vivos y muertos.

Santiago, capital de un país que se ubica en el extremo sur del mundo, no es la excepción al cultivo de comunidades, de ideales, ni de historias de esfuerzo que harían reflexionar hasta al más escéptico. A su vez, esta periférica ciudad tampoco está exenta de belleza, aromas, colores, texturas aún en aquellos sitios que nos hacen sudar fragancias de dolor.

Es domingo, hace frío -es raro pues estamos en plena primavera- pero ese no es un impedimento para que muchas personas salgan de sus casas a trabajar temprano, orgullosos de lo que hacen, forjando ritos. Éstas buscan el hacer perdurar tradiciones y, a su vez, poder volver en la noche junto a los seres queridos para entregar un plato de comida y si se puede, si da el presupuesto, por qué no, una copa de vino.

### **Don Miguel Fuentes, entre fragancia y esfuerzo**

Trabaja más de 12 horas al día, pero no se queja; muchas veces ha sido discriminado por los transeúntes que lo han menospreciado por ser “vendedor ambulante”, pero no se turba. Tiene 52 años, un brazo quebrado y dolencias a los huesos por los fríos que ha pasado durante su vida en su puesto de flores. Pero este hombre sigue dando la pelea todos los días desde las 7 de la mañana. Ese es Miguel Fuentes, florista de nacimiento y Presidente del Gremio de Floristas de Recoleta.

Su local se encuentra frente a la entrada principal del Cementerio Católico, es “monono”<sup>366</sup> como dice él con una sonrisa en el rostro. Este sitio albergó a sus padres y abuelos, que ya están muertos, pero que en vida les permitió alimentarse y vestirse, tras haber luchado varios años para conseguir una patente para poder instalarse.

Hoy, este local recibe a las nuevas generaciones: hijos y sobrinos, quienes trabajan ayudando a Don Miguel. Su hijo lo hace a medio tiempo por estar cursando una

---

<sup>366</sup> Miguel Fuentes, florista del Cementerio General y presidente del gremio de floristas de la comuna de Recoleta. Entrevista realizada el 28 de agosto de 2010.

carrera profesional. Él estudia educación física y es florista; es el primero de su familia que ha puesto los pies en la universidad y puede solventar sus gastos gracias a las flores.



20La  
Miguel

Ilustración  
familia de  
Fuentes

(Foto capturada el 28 de agosto de 2010 por Gloria Lyon).

Los del “clan Fuentes” son oriundos de la comuna de Recoleta y llevan con la frente en alto la tradición que les han permitido solventarse como familia. Compran flores tres veces a la semana. Don Miguel añade que en esos días se levanta “como a las 4 de la mañana, a las 4.15 estamos en el Terminal esperando y a las 7 estamos en el local. Nosotros vendemos por cientos y sabemos qué se gana y qué se pierde”<sup>367</sup>.

El presidente del gremio asegura fervientemente tener un lazo afectivo importante con su trabajo, “yo amo esto, al igual que un arquitecto ama su profesión”<sup>368</sup>. No obstante cuenta que le gustaría que sus hijos tuvieran una profesión, un cartón con el que defenderse. “Yo quiero que mis hijos tengan una carrera, pero no me voy a avergonzar si ellos el día de mañana siguen mis pasos. Lo ideal es que ellos se superen, salgan adelante y no tengan los sobresaltos que hemos tenido nosotros, como cuando hay cambio de gobierno o de alcaldes, porque ahí uno no sabe qué va a pasar”<sup>369</sup>, así lo explica Fuentes.

---

<sup>367</sup> Ibidem.

<sup>368</sup> Ibidem.

<sup>369</sup> Ibidem.

Don Miguel cuenta que el “estar frente al cementerio, en el negocio, está en mis raíces, ésta es mi primera casa, es mi hogar; aquí me he formado como persona, he luchado para darles estudios a mis hijos, he estado la mayor parte de mi vida y estoy forjando mi futuro”<sup>370</sup>. Mientras su padre habla, con emoción en la voz, su hijo mayor barre la acera de la cuneta por el polvo que tiran los indiferentes automovilistas al pasar por la calle.

Una caja de tabla de maderas, clavadas por los vértices, fue la cunita que vio nacer a Miguel Fuentes. Su madre no alcanzó a llegar al hospital, dando a luz ahí en uno de los cajones en los que llevaba las flores desde el Terminal hasta su boliche y, al igual que una semilla, supo florecer pese a las condiciones adversas. Para él esta historia es más que una anécdota, es parte de lo que es ahora y de lo que seguramente será hasta que muera: “un hombre que ama y que sabe de flores”.

El florista narra que “cuando me tuvieron dormía en una caja, entonces yo me acuerdo cuando pasaba el tranvía por acá, era un tren que había por ese tiempo, bueno y ha habido muchos cambios en Santiago y en Recoleta”<sup>371</sup>.

Uno de estos cambios, da cuenta de los diversos lugares en dónde han tenido que ir a comprar los productos necesarios para sustentarse. Fuentes cuenta que partieron comprando “en Calera, posteriormente los productores se trasladaron a Vivaceta, en donde estuvieron unos 25 años y de ahí se traslado a la Panamericana (ubicado en Renca) donde se encuentra hoy en día el Terminal de Flores. Siempre ha estado moviéndose y pienso que ya quedaron establecidos permanentemente en Renca, porque los propietarios ya se asentaron ahí, compraron bodegas y todo”<sup>372</sup>.

Se acerca a sus baldes llenos de colores, perfumes y texturas distintas, nombra y diserta de cada una, de sus características y de sus secretos; nos cuenta que cada flor debe tener un trato especial y que la manutención de su lindura es bastante parecida al cortejo que realiza un hombre a una mujer cuando se siente conquistado, atraído. Comenta –un tanto sonrojado- que debe ser con cuidado y con muchos detalles para que florezca como se debe. Su señora, larga una carcajada, afirma que con ella funcionó esa lógica de coqueteo, así la enamoró.

---

<sup>370</sup> *Ibidem*.

<sup>371</sup> *Ibidem*.

<sup>372</sup> *Ibidem*.

Fuentes señala que ser dirigente de todos los comerciantes del sector es una responsabilidad hacia los socios y a la familia de los floristas. Argumenta que sus cualidades le han permitido ganarse la confianza de su entorno, “tengo un poco más de conocimientos sobre las leyes, sobre los planteamientos hacia determinados temas, como la remodelación, no soy prepotente, uno tiene que saber mostrarle a las autoridades sus demandas; si yo hago las cosas bien todos salimos favorecidos”<sup>373</sup>.

En su local, tiene colgada varias fotografías con políticos reconocidos de Chile, las que exhibe con modestia. Narra haber “estado con varios mandatarios, me consideran como dirigente, te puedo decir que fui el primero de Recoleta en recorrer la línea del metro Einstein, pues estuve en la inauguración con el Presidente Lagos y eso me enorgullece pues me lo he ganado”<sup>374</sup>.

Por otro lado, Don Miguel reflexiona con un tono serio que se siente “totalmente parte de lo que hace, que a su labor no le cambiaría nada, que se encuentra feliz de lo que ha hecho con su vida”<sup>375</sup> y cómo no estarlo, si lo lleva en la sangre. Bueno, al igual que todos los floristas que se ubican en los alrededores del Cementerio General y los que se encuentran en la histórica Pérgola, localizada frente al Mercado Central.

Todos los floristas de los alrededores dan la impresión de haber nacido con la camiseta puesta con su gremio, los baldes y los ramos son conceptos que han estado presentes desde que eran muy niños. La gran mayoría de ellos se criaron entre las flores y conocen muy bien de qué se trata este rubro, que más que un trabajo, se ha forjado como una tradición que da vida a uno de los ritos funerarios más evidentes de Santiago: el comprar flores para los seres queridos que ya no se encuentran en este mundo.

Pese a lo muy agradecido de las posibilidades que le ha entregado este oficio, Don Miguel se ha sentido muchas veces “mirado en menos” por los transeúntes. Indica que lo peor de su trabajo, “es que la gente cataloga mal al florista, la gente que tiene una profesión discrimina al comerciante ambulante en general. Nosotros somos tan profesionales como ellos. Yo lo he sentido porque lo he vivido, lo he visto, ellos llegan a

---

<sup>373</sup> Ibidem.

<sup>374</sup> Ibidem.

<sup>375</sup> Ibidem.

comprar acá y se creen la última chupada del mate, no te saludan, ni siquiera son capaces de bajarse del auto, son tremendamente arrogantes”<sup>376</sup>.

El florista mira la hora, pide que lo esperen un momento, pues ha olvidado darle de comida a su quiltro, animal que según Fuentes es una de las flores más rascas, pero fieles que le ha dado la vida.

### **Entre colores y texturas**

El comprar y regalar flores, el adornar con ellas un féretro o depositarlas en un entierro no es un acto estrictamente novedoso...es un ritual que lleva varias décadas, al menos en Santiago urbano y rural. Así lo entienden, también, las personas que trabajan con ellas, haciendo arreglos, coronas o ramilletes.

Los compradores llegan a estos puestos con el anhelo de materializar un homenaje al que ya no está entre ellos, al menos terrenalmente. Así lo manifiesta Osvaldo Cádiz, quien asevera que en esta actividad “hay una estética, hay un comunicarse con la persona, con la familia del difunto a través de las flores”<sup>377</sup>.

Del mismo modo, asegura que “acá en Santiago, son muchas las coronas de flores, o ramos de flores que se regalan. Así, inmediatamente me voy al macromundo. En el norte hay flores de papel ¿por qué? porque cuesta mucho encontrarlas. En las oficinas salitreras abundan las flores de lata (...) coronas de flores de latón, que lamentablemente los turistas se las han ido llevando de los cementerios. Eran preciosas”<sup>378</sup>.

Por otra parte, las floristas de la Pérgola de las Flores señalan que para cada ocasión hay flores o arreglos que se demandan más que otros, pero no se puede tener la flor que uno quiera en cualquier momento del año. Es importante consignar que la cosecha y lo que exista en los baldes de los floristas obedecerá especialmente al mes del año, “a excepción del clavel o del crisantemo, que tienen la virtud de brotar todo el tiempo”<sup>379</sup>, según el florista Eduardo Lobos.

---

<sup>376</sup> *Ibidem*.

<sup>377</sup> Osvaldo Cádiz. Op. Cit.

<sup>378</sup> *Ibidem*.

<sup>379</sup> Eduardo Lobos. Op. Cit.

Para la florista Florencia Naranjo, lo que la gente más prefiere comprar son “crisantemos, alelíos, ilusiones, claveles. Depende de la estación lo que la gente lleve. Pero con el tiempo la cosa igual ha cambiado. En invierno las flores eran muy escasas porque no existían los invernaderos, pero ahora encuentras todo el año, aparte que se traen desde Ecuador, Colombia. Por ejemplo en este tiempo (invierno) no hay ilusiones chilenas, pero encuentras la ilusión ecuatoriana que es más cara, pero igual se lleva. Las rosas ahora casi todas son de Ecuador, en cambio antes eran más difíciles de conseguir”<sup>380</sup>.



Ilustración 21

Floristería de Florencia Naranjo  
(Fotografía capturada el 26 de agosto de 2010 por Gloria Lyon)

Miguel Fuentes, florista y presidente de su gremio asegura que “lo que la gente más lleva son claveles, en cualquier época del año y de todos los colores. Ahora se cultivan en Ecuador y sale mucho más barata comprarlas que cultivarlas acá, es bien poco lo que va quedando. La tradición de la gente es la ilusión blanca y hay flores que ya no se producen, como toda moda. Ejemplo, ya no se produce el clavel sencillo, el rosado, la añoranza”<sup>381</sup>. Al parecer, todo tiene un momento de germinar y marchitar.

### ¿Crisantemos, rosas o claveles?

La elección de las flores, el tipo de arreglo, las coronas con formas ovaladas o como cruz, los colores que éstas llevarán, no son decisiones que se tomen a la ligera.

<sup>380</sup> Florencia Naranjo. Op. Cit.

<sup>381</sup> Manuel Fuentes. Op. Cit.

Tampoco hacen referencia exclusivamente a los gustos personales de quienes las compran, más bien, dan cuenta de la manera en que “las personas tienen un valor simbólico de ciertas apariencias estéticas, como los colores”<sup>382</sup> asevera Claudia Lira.

Los colores blancos y amarillos se asocian a la pureza y la castidad, valores tradicionalmente ligados al catolicismo. El florista del Cementerio General, Eduardo Lobos, especifica que “para los bebés, si un niño fallece le regalan flores blancas, porque se cree que son puros, no tienen mayor pecado. El blanco para todos significa pureza”<sup>383</sup>.



Ilustración 22 flores blancas y amarillas  
(Fotografía capturada el 17 de octubre de 2010 por Gloria Lyon)

Del mismo modo, “hay otras personas que prefieren el amarillo”<sup>384</sup> dice el florista. Pone el caso del Papa que siempre ha usado el amarillo junto con el blanco: “Juan Pablo II, el que murió, tú viste, por lo general, las túnicas eran de blanco y amarillo. En esta lógica existen arreglos de distinta tendencia, pero también hay significado de colores”<sup>385</sup> explica.

---

<sup>382</sup> Claudia Lira. Op. Cit.

<sup>383</sup> Eduardo Lobos. Op. Cit.

<sup>384</sup> *Ibidem*.

<sup>385</sup> *Ibidem*.

En cambio, el color rojo corresponde al sentimiento, al rojo del corazón. “El color rojo es para lo más adultos, es otra tendencia, porque el rojo significa que está dentro del amor y del pecado”<sup>386</sup> reconoce Lobos.



Ilustración 23 flores rojas en la entrada del Cementerio General  
(Foto capturada el 17 de octubre de 2010 por Gloria Lyon)

Al respecto, Olivia Briceño señala- con un mate entre sus manos con el que apacigua las horas de trabajo- que “el rojo es pasión. Una rosa es regalar algo muy especial. Bueno, todo tiene que ver con el tiempo que uno lleva en este lugar, uno aquí entiende muchas cosas con respecto al cementerio y a los muertos”<sup>387</sup>.



<sup>386</sup> Ibidem.

<sup>387</sup> Olivia Briceño. Op. C

Ilustración 24 Floristerías del Cementerio General  
(Fotografía capturada el 26 de agosto de 2010 por Gloria Lyon)

Al igual de lo que ocurre en Santiago -en relación a la elección de especies florales- para Moisés Ramírez, florista de la comuna de Talagante, “no a todos los muertos se les llevan las mismas flores. Por ejemplo a los niños se les suele regalar un clavel o ecuatorianos blancos”<sup>388</sup>.

Esto adquiere relevancia cultural, pues se asume a nivel de imaginario social que a los niños se les debe llevar flores blancas o que el rojo expresa de mejor forma el amor o la pasión. Esta tendencia –junto con las otras expresiones cromáticas- es una forma simbólica de vivir el luto y comunicar la identidad de nuestro muerto, de expresar parte de sus características, de sus gustos y de la cultura de pertenencia.

Para Claudia Lira cuando “tú te vistes de una manera especial para expresar tu dolor a través de un color y ahí está la estética operando, cuando haces un gesto para cantarle al otro, cuando vas a dejarle la vela o determinadas flores, estás de alguna manera como en el teatro, canalizando tu proceso de duelo (...) Hay dos cosas ahí: está todo lo que significa psicológicamente la canalización del duelo y por otro lado, la necesidad de una identidad que hemos perdido y que las personas necesitan para dialogar desde una pertenencia hacia el que se fue”<sup>389</sup>.

Natalia Vizcarra, quien viaja todos los sábados o domingos al cementerio de Isla de Maipo a visitar a su padre, cuenta que siempre le trae “el clavel rojo, porque era lo que más le gustaba a él. Lo que pasa es que nosotros adornamos la sepultura de acuerdo a lo que a él le gustaba, porque al final de cuenta es para él, no es para nosotros”<sup>390</sup>.

---

<sup>388</sup> Moisés Ramírez. Op Cit.

<sup>389</sup> Claudia Lira. Op. Cit.

<sup>390</sup> Natalia Vizcarra. Op. Cit.

A su vez, Albertina Soto, señala que el venir a dejarle flores a su esposo todos los fines de semana “simboliza que yo estoy muy agradecida, pues fue una persona muy buena, un dueño de casa, un padre ejemplar. Yo me siento contenta de venir, tenerle la sepultura bonita, ponerle flores bonitas, de que no tenga las flores secas, feas”<sup>391</sup>.

La elección de las flores, en este sentido, dependerá del gusto que haya manifestado en vida la persona a la cual se homenajea. Lilian Díaz, pobladora de Talagante, cuenta que “hay personas que dicen que cuando yo me muera yo quiero que me lleven rosas o arreglos florales con rosas y esto es algo que se debiese respetar”<sup>392</sup>.

Otra de las visitantes frecuentes del cementerio de Isla de Maipo es Jeannette Díaz, quien, cuando viene a visitar a diversos familiares, especialmente a su hija, conversa con ella, le pide por sus seres queridos y siempre le deja las mismas flores: “clavelinas japonesas e ilusiones, que siempre me han gustado. Desde que murió ella, siempre he tratado de arreglar así su sepultura”<sup>393</sup>.

Aquí se devela el vínculo entre el imaginario social y su manifestación estética: por un lado está la comunión entre vivos y muertos a través de la visita al cementerio y por otro, la existencia de un tipo de estética funeraria que es la flor como símbolo de cariño hacia la persona fallecida.

---

<sup>391</sup> Albertina Soto. Op. Cit.

<sup>392</sup> Lilian Díaz. Op. Cit.

<sup>393</sup> Jeannette Díaz. Op. Cit.

## Los costos también importan

Adriana Peña, florista del Cementerio Parroquial de Talagante, asevera que “la demanda de flores depende del mes del año y del clima, ahora (en primavera) se venden más alelíes. Los colores más suaves los compran para los niños porque ellos son más angelicales”<sup>394</sup>.

En Isla de Maipo, la flor más tradicional es el clavel, según la florista María Fajardo, seguida por el lilio y la rosa. Por el contrario, dice que no se trabajan las flores más caras. “Por ejemplo una vara de orquídea puede costar unos 15 mil pesos. Es cara y súper delicada”. En cambio, el clavel, “puede que le cueste unos 150 o 200 pesos, dependiendo de la temporada y, en el caso de las coronotas, si va escrita yo cobro 15 mil pesos, sino sale 12 mil pesos”<sup>395</sup>.



Ilustración 25 Flores en el Cementerio Parroquial de Isla de Maipo  
(Foto capturada el 2 de octubre de 2010 por David Fuentes)

En relación a la venta de flores, para Mónica Moya, florista de la Pérgola de Santa María, “éstas se venden para todas las ocasiones, cuando nace o cuando se muere la gente, cumpleaños, aniversarios. De repente para puros nacimientos o los fines de semana para puros funerales, pero que sin lugar a dudas sigue siendo un producto estrella para los velorios”<sup>396</sup>.

<sup>394</sup> Adriana Peña. Op. Cit.

<sup>395</sup> María Fajardo. Op. Cit.

<sup>396</sup> Mónica Moya. Op. Cit.

Jessica Berríos y Marisol, quienes trabajan a un costado del Cementerio General, señalan que las flores lejos más cotizadas en sus puestos son las rosas y los claveles. Este hecho se debe seguramente a que son flores más fáciles de encontrar en cualquier época del año. En tanto, Olivia Briceño, opina -según su experiencia como vendedora- que “generalmente a la gente le gusta el clavel, la rosa; la flor como más especial”<sup>397</sup>.

Alejandro Urrutia, hijo de florista y pareja de una mujer dedicada al mismo oficio, comenta que las ganancias en este trabajo “son variables. A su vez, uno tiene que traer de todo al puesto, igual que un almacén, tienes que echar de todas las flores para vender. En un negocio de abarrotes tienes que vender azúcar, té, aquí es lo mismo. Este es un negocio que ahora no es rentable”<sup>398</sup>.



Ilustración 26 ramos de flores en Talagante  
(Foto capturada el 4 de septiembre de 2010 por Gloria Lyon)

Las diferencias sociales también se manifiestan a la hora de comprar flores. Para Mónica Moya, parvularia de profesión y pergolera de vocación, dependiendo del estrato socioeconómico del demandante, será lo que termine eligiendo. De esta manera afirma que:

---

<sup>397</sup> Jessica Berríos. Op. Cit.

<sup>398</sup> Alejandro Urrutia. Op. Cit.

“La gente humilde le compra lo mejor a su difunto, gasta lo que sea; en cambio la gente con más dinero, compra lo peor, y lo más chico. Las personas más pobres te puede comprar la corona más linda y la paga, pero la gente más adinerada, de allá arriba, compra lo más chico y lo menos costoso. Yo tengo clientes de más arriba que se gastan 30 mil o 40 mil pesos en flores para poner en su casa, pero ahora como en los supermercados se vende flores, dicen: uy, que costoso. Pero, la gente humilde le compra siempre lo mejor a sus muertos”<sup>399</sup>.

Del mismo modo, para Eduardo Lobos, florista del Cementerio General, “a veces las personas de mayores recursos económicos compran menos que la gente de menores recursos. La gente de menos recursos no mira para gastar para sus seres queridos, busca lo más bonito y paga. La gente más rica es más mezquina. Le cuesta desembolsar las lucas (...) una rosa. Siempre están buscando cosas más pequeñas”<sup>400</sup>.

Mónica Moya, además afirma, que otra de las razones de preferir algunas especies y no otras se deben a su precio. En su local una rosa, independiente del color, cuesta \$1.000, en cambio las coronas (arreglos más grandes con diferentes diseños) cuestan en torno a los \$18.000 “siendo la gente más antigua y tradicional las que más compran de este tipo. Por otra parte, la gente más joven cuando quiere algo más grande y distinguido pide un arreglo floral”<sup>401</sup>.

Para Don Manuel los productos que siempre han triunfado han sido la rosa y los gladiolos. El caso de la rosa es el más emblemático pues sirve para muchas ocasiones y en su puesto una rosa cuesta 1.200 pesos, “es cara porque es importada. La rosa chilena no sirve para nada, lamentablemente hay que decirlo, no dura nada, es fea, es chica y es corta. De Los Andes llega una roja, llegan hartas, pero duran menos que un helado en el desierto (...) la rosa es colombiana, de Ecuador”<sup>402</sup>.

---

<sup>399</sup> Mónica Moya. Op. Cit.

<sup>400</sup> *Ibidem*.

<sup>401</sup> Mónica Moya. Op. Cit.

<sup>402</sup> Manuel Cabrera. Op. Cit.

## Transformaciones de los últimos años

Tal como se consignó en capítulos precedentes -a propósito de la Pérgola de las Flores y las floristerías del Cementerio General y Católico- el negocio de las flores ya no es tan rentable como lo fue en el pasado.

Para Miguel Fuentes “la gente sigue comprando flores, pero ha crecido Santiago, hay más parques, como que cada comuna tiene su cementerio. Hay gente que es muy creyente con sus difuntos y vienen con cierta constancia a verlos, a mí me ha tocado conocer a diferentes generaciones dentro de una familia que me ha comprado desde siempre, que han sido mis clientes y yo les digo que los conozco desde antes que nacieran”<sup>403</sup>.

Pero, pese a la tradición tan arraigada de regalarle flores a los muertos en la Región Metropolitana, estos trabajadores han observado importantes cambios. Así lo da a entender Olivia Briceño: “cuando estábamos en los locales de abajo, eran mejores las ventas, porque tenías el estacionamiento del vehículo. Desde que se construyó el metro acá, también significó un cambio, como que se deterioró el trabajo”<sup>404</sup>.

La florista Jessica Berríos afirma, en relación a la asistencia del Cementerio General y Católico “que la gente viene menos que antes, y compran menos flores también. Antes, para la gente de más edad era sagrado venir, día domingo temprano en la mañana, con muchas flores, y pasaban a ver a todos sus difuntos. Ahora a los más vienen a ver a los padres, o hermanos”<sup>405</sup>.

Alejandro Urrutia afirma que las ventas ahora son menores que hace una década atrás, pues en el Cementerio General “somos bastantes. Es un comercio que se ha expandido mucho. Además, ahora hay distintos parques, senderos, parques del recuerdo, hay cinerarios, y es por eso que a unos les va mejor y a otros mal...algunos apenas tienen para abastecer sus necesidades básicas”<sup>406</sup>.

---

<sup>403</sup> Miguel Fuentes. Op. Cit.

<sup>404</sup> Olivia Briceño. Op. Cit.

<sup>405</sup> Jessica Berríos. Op. Cit.

<sup>406</sup> Alejandro Urrutia. Op. Cit.

Lo que sucede en La Pégola no es muy diferente a la situación que viven otros floristas ubicados por los alrededores del Metro Cementerios, pues en este lugar típico las ventas también han descendido. La pergolera Mónica Moya narra que en la actualidad “se venden pocas flores. Es que ahora hay muchas partes donde comprar. Antiguamente era la pura Pégola. Antes salía por pila”<sup>407</sup>.

A su vez, para Urrutia, vendedor de 50 años que trabaja con las flores desde que aprendió a caminar, “antes en la sepultura te colocaban unos jarrones grandes, ahora la gente compra chiquitito. La gente viene al cementerio para recordar a sus seres queridos más por la fe, igual que un santo. Tú sabes que si se muere un cura, la gente viene acá al cementerio a pedir. Son cosas que no van en el comercio de las flores”<sup>408</sup>.

Otra de las razones que da cuenta de la baja en la demanda de las flores, corresponde a la inserción de “nuevas manifestaciones estéticas”. La proliferación de remolinos, peluches, banderitas, flores de papel, han ampliado la oferta fúnebre. Así lo reconoce el florista Eduardo Lobos: “ahora toda la gente lleva los remolinos, las tarjetitas, los corazones, constantemente está llevando eso”<sup>409</sup>.

Por otro lado, en toda la zona metropolitana, ya sea Talagante o Isla de Maipo, a diferencia de la capital, es posible identificar la relación proporcional entre la visita al cementerio y la venta de las flores. En estas localidades la asistencia a los cementerios se ha mantenido, incluso se ha incrementado en los últimos años. Del mismo modo, la venta de las flores se ha sostenido y posee fuertes incrementos para días o festividades determinados.

Lo anterior se relaciona con el culto de los muertos que precisa una manera particular de ligar a los vivos con sus muertos. Ya lo había asegurado José Silva, el administrador del Cementerio Parroquial de Talagante, al aseverar que a “este cementerio siempre ha venido mucha gente. Y la cantidad no depende sustancialmente del día tampoco, porque está cerca del centro de la ciudad. Me tocó una vez ir al Cementerio de San Pedro de Atacama, ubicado a 2 kilómetros del pueblo, en un cerro, y

---

<sup>407</sup> Mónica Moya. Op. Cit.

<sup>408</sup> Alejandro Urrutia. Op. Cit.

<sup>409</sup> Eduardo Lobos. Op. Cit.

la gente no iba. Acá el cementerio siempre está con agua limpia, flores frescas, se ve que la gente viene constantemente”<sup>410</sup>.

A modo de conclusión, si bien es indudable la baja en la compra de la flor como única expresividad estética presente en los diferentes cementerios, sería ingenuo subestimar el rol que todavía cumple en el imaginario social de la muerte, como aquel tributo más característico que se les entrega a los difuntos.

### **La flor como fuente de vida y comunión**

¿Quién no ha recibido una flor o un ramo en un día especial de su vida? Para los matrimonios, graduaciones, cumpleaños, nacimientos son bastante comunes. Probablemente en nuestra sociedad se entrega más a las mujeres, pero la realidad es que se da también a los hombres y es transversal al rango etéreo e incluso al estrato socioeconómico.

En la cultura tradicional chilena el regalar una flor representa un “homenaje”. En este mismo sentido, para Florencia Naranjo, “las flores son un tributo que uno le da a su ser querido”<sup>411</sup>.



Ilustración

27 una rosa blanca en una tumba familiar  
(Fotografía capturada el 26 de agosto de 2010 por Gloria Lyon)

<sup>410</sup> José Silva. Op. Cit.

<sup>411</sup> Florencia Naranjo. Op. Cit.

Dentro del imaginario católico, para Claudia Lira, “las flores y las velas son intervenciones importantes”<sup>412</sup>. En este sentido, el padre Antonio Defau, añade que “las flores son una tradición muy católica, representan vida, son una alusión a la vida en medio de la muerte”<sup>413</sup>. Es por esta razón que, en la cultura tradicional del chileno capitalino, lo que más se suele comprar al ser partícipe de un funeral o procesión sean flores.

En cambio, en otras religiones, las flores cumplen otro rol dentro del imaginario de la muerte, “para los judíos -que son súper severos para sus muertes, de hecho entierran a sus muertos en la tierra- el cajón es una cosa provisoria, no ponen flores, colocan piedras. Ellos van al cementerio y dejan unas piedrecitas y ahí el sentido de la muerte es mucho más crudo. Las flores para ellos son como un signo de resurrección dentro de lo que es la muerte”<sup>414</sup>, así lo afirma el padre.

Más allá de la religión católica, según cuenta Claudia Lira, “dentro de la cultura popular es muy importante tratar de darle en el gusto al muerto, de entregarle lo que le gusta. Cuando se hacen fiestas funerarias en el norte de Chile, la gente va a comer con los muertos. Entonces, una manera de mostrar cariño es regalarte lo que a ti te gustaba, te ponen las banderas de Colo-Colo, te ponen las flores que a ti te gustaban. De esa manera estás mostrando afecto. Es una ofrenda, una expresión de respeto y de afecto”<sup>415</sup>.

Por otra parte, León León afirma que “la corona de flores es un símbolo evidente del cariño y la añoranza hacia la persona que ya no compartía el afecto de sus congéneres por encontrarse fuera de este mundo” (León León, 1997, p. 162). A su vez, el escritor señala que tiene relación con “estrechar el vínculo de afecto imaginario por medio de las flores como eternos signos del ciclo vital, que aludían a la muerte, pero además a la resurrección” (León León, 1997, p. 162).

En otro contexto, las personas que tienen uno de los vínculos más especiales con los cementerios tradicionales, son las cuidadoras de sus tumbas. Estas mujeres se preocupan principalmente de mantener sus cuadrantes limpios, con el pasto bonito, colocar agua fresca en los baldes en donde se les depositan flores a los muertos, además

---

<sup>412</sup> Claudia Lira. Op. Cit.

<sup>413</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

<sup>414</sup> *Ibidem*.

<sup>415</sup> Claudia Lira. Op. Cit.

de asistir a los visitantes en lo que necesiten. Esto es sin mencionar el apoyo y la conversación -en compañía de un tecito- a los transeúntes cabizbajos.

El ser cuidadora no es una tarea ajena a su espacio laboral. Karina Orrego cuenta que el regalar flores “es parte de la sociedad de nosotros, de las costumbres del chileno. Si la persona fue buena en vida, o si se quiso mucho, siempre la vienen a recordar, le traen una flor como muestra de cariño. Hay gente que viene todas las semanas por muchos años, hasta la fecha, esta galería tiene 36 años y todavía hay gente que viene todas las semanas”<sup>416</sup>.

### **“Las flores son como el pan”**

Dentro de la experiencia y la pasión de Miguel Fuentes, las flores “son como el pan, algo necesario, pues cuando se muere un ser querido no hay otra forma de expresarle el cariño y el amor que no sea llevándole un ramo de flores”<sup>417</sup>.

De esta forma, asevera Fuentes, “es algo que nunca se va a poder terminar, pues el hombre lo lleva impregnado en sus sentimientos, es como el pan, nos sacia el hambre. Dejarán de existir cuando se acabe la raza humana”<sup>418</sup>.

Al efectuar la analogía que une –casi de manera vital- la expresividad humana con las flores, se observa cómo en el imaginario social se encuentra instalada la noción de comunión, de compartir con el difunto al entregarle una flor que sea representativa a sus características o haya sido parte de sus gustos o preferencias. Este punto es fundamental para comprender este rito y para analizar la importancia que tienen las personas de hacer participar en sus cotidianos al que ya no se encuentra entre ellos.

Los seres humanos tienen la necesidad de comunicarse y compartir con sus antepasados, con sus raíces, “pues yo soy reflejo de lo que ellos fueron, quiero estar con ellos...los muertos siguen vivos, mientras nosotros los recordemos”<sup>419</sup> en palabras de Osvaldo Cádiz. Es por medio de esta conexión, que también se forja la identidad del que se encuentra todavía con signos vitales.

---

<sup>416</sup> Karina Orrego. Op. Cit.

<sup>417</sup> Miguel Fuentes. Op. Cit.

<sup>418</sup> *Ibidem*.

<sup>419</sup> Osvaldo Cádiz. Op. Cit.

Casi de manera particular, para la florista Marisol Andrade, quien ve peregrinar a la muerte y al dolor diariamente, las flores cumplen una función alegórica. El comprar y posteriormente depositar flores es una forma de recordar a los difuntos, “pues se cree que están todavía ahí. Es algo simbólico venir acá, comprarle algo”<sup>420</sup>.

En la misma dirección comentada por Marisol, para Osvaldo Cádiz “hay una estética, hay un comunicarse con la persona, con la familia del difunto, a través de estas flores”<sup>421</sup>. Ésta es seguramente una de las razones fundamentales a la hora de elegir alguna de estas especies para cubrir la sepultura de un ser querido. Por medio de estas fragancias, texturas y colores existe la capacidad de evocar a los que se están convirtiendo en polvo.

### **No te hemos olvidado**

La significación de las flores en el área rural de la Región Metropolitana no difiere a la que existe en el Santiago urbano. Para Adriana Peña, florista del Cementerio de Talagante, por ejemplo, comprar flores para los difuntos es como “un símbolo de sus sentimientos, una forma de recordarlos”<sup>422</sup>.

Del mismo modo, para María Fajardo, florista de Isla de Maipo “las flores son una manera de recordar, especialmente cuando se vive un proceso de duelo. Asegura que a su hermano fallecido no le arregla su nicho con flores baratas, “porque yo encuentro que mi hermano no se lo merecía. Por lo general siempre le coloco lirios, rosas, flores más delicadas”<sup>423</sup>.

Aunque las floristerías dejaron de vender exclusivamente flores - también se suman otras manifestaciones estéticas como peluches, banderas o tarjetitas- la flor sigue siendo la comunión más tradicional con el que ha partido. Así lo reafirma Olga Hernández, florista de Isla de Maipo:

---

<sup>420</sup> Marisol Andrade, florista del Cementerio General. Entrevista realizada el 27 de agosto de 2010.

<sup>421</sup> Osvaldo Cádiz. Op. Cit.

<sup>422</sup> Adriana Peña. Op. Cit.

<sup>423</sup> María Fajardo. Op. Cit.

“la flor es todo. Es amor. La flor es amor. Si yo quiero una persona, yo le regalo un ramo de flores, porque la flor es amor y no solamente para los muertos. ¿Tú estás enamorado? ¿Qué le llevas a tu polola? ¿Por qué le llevas flores? ¿Es por hipocresía? Y si tú vas a un funeral y llevas un ramo de flores, a lo mejor no lo haces por compromiso, lo haces porque querías a esa persona. La flor significa amor y sea la flor que sea”<sup>424</sup>.

La expresividad estética de la flor, de alguna forma, se emparenta con una característica propia del culto a los muertos: tratar de complacerlos. Ana Guerrero, también florista del Cementerio de Isla de Maipo, cuenta que comprar flores -cuando tienen como objetivo ser entregadas a los muertos- simboliza el “tratar de mantener lo que fueron ellos, su cuerpo, lo que fueron ellos en vida”<sup>425</sup>.

La flor como vida, como amor, como permanencia más allá de la muerte, también, es referida y refrendada por los visitantes de los cementerios parroquiales. Para Natalia Vizcarra, dejarle flores a su padre no es una decisión arbitraria. La joven explica que “ponerle flores supone que creemos en Dios y que un día las personas van a resucitar de su tumba y si llega a ocurrir ese día me gustaría que mi papá se levantara, viera su sepultura y no dijera: “tanto que hice por ustedes y ustedes se olvidaron de mi”. La idea es que si efectivamente la persona puede seguir viendo a su familia de donde lo tengan que él se de cuenta que para nosotros nunca va a ser olvidado”<sup>426</sup>.

---

<sup>424</sup> Olga Hernández. Op. Cit.

<sup>425</sup> Ana Guerrero. Op. Cit.

<sup>426</sup> Natalia Vizcarra. Op. Cit.

## El clavel

Caso aparte es rol que cumple el clavel dentro de la significación de las flores en el imaginario social. En este sentido, a diferencia de una rosa o un crisantemo, el clavel opera en un doble registro. Para Pedro Chamorro, visitante del Quitapenas, simplemente el clavel “es el rojo de comunista”<sup>427</sup>. De igual modo, para Manuel Cabrera, florista de la Pérgola de las Flores, el clavel rojo “es por la gente de izquierda”<sup>428</sup>. En cambio, para otros el clavel, al igual que la mayoría de las flores rojas, expresa “pasión” o “amor” tal como lo referido anteriormente.

En cuanto a la predilección del clavel respecto de otras flores, un elemento clave de análisis es su bajo precio. Para Ramón Acevedo, “un clavel sale más barato que una rosa”<sup>429</sup>. Sin embargo, hay quienes no piensan de la misma forma. Para Manuel Cabrera, los claveles “como que pasaron de moda, porque llegaron otras flores como las fresias, el lilio, las calas, los crisantemos colombianos y se venden por temporada”<sup>430</sup>.



Ilustración 28 Uso del clavel en el Memorial de DD.HH del Cementerio General  
(Foto capturada el 11 de septiembre de 2010 por Francisco Marín)

<sup>427</sup> Pedro Chamorro. Op. Cit.

<sup>428</sup> Manuel Cabrera. Op. Cit.

<sup>429</sup> Ramón Acevedo. Op. Cit.

<sup>430</sup> Manuel Cabrera. Op. Cit.

La asociación entre los claveles y una sensibilidad política en particular se debe, en primer lugar, al rito característico de depositar esta flor en los diferentes memoriales erigidos en homenaje a las víctimas de la dictadura militar. Característico es este sentido la presencia del clavel en el principal memorial del país: el de Cementerio General de Santiago.

Ahora bien, ¿por qué se elige precisamente un clavel y no una rosa que también tiene la misma tonalidad roja?

Alejandro Urrutia, florista Cementerio General, se aventura a decir “que al hombre siempre le ha gustado el clavel. Esto viene del partido comunista italiano, allá también lo usaban, pero es por tradición. No todos deberían usarlo, porque no todos son comunistas”<sup>431</sup>.

Corroborar tal apreciación, Antonio Delfau, para quien “el clavel rojo es la flor del Partido Comunista (...), pero también tiene el sentido de la sangre y el rojo en el imaginario católico es el martirio, o sea, ¿cuando nos vestimos de rojo los curas? Cuando estamos celebrando la muerte de alguien que murió trágicamente asesinado o mártir de la fe”<sup>432</sup>.

---

<sup>431</sup> Alejandro Urrutia. Op. Cit.

<sup>432</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

## Los remolinos al viento y otras manifestaciones estéticas

En concordancia con la expresión de un tipo particular de imaginario social en torno a la muerte, como esa comunión constante entre vivos y muertos; a las flores se han sumado otras materializaciones del recuerdo como los remolinos, las banderas, los globos y las fotografías.

A modo de precaución, para el padre Delfau, estas manifestaciones estéticas representan “una suerte de descristianización, no porque lo encuentre malo eso, sino que de alguna manera esos ritos reemplazan a lo que es el rito cristiano. Es una forma de homenajear al muerto más laica, menos religiosa”<sup>433</sup>.

Es así como reconoce la utilidad pragmática que reviste, por ejemplo, poner remolinos o banderas, como una forma de expresar cariño, “haciéndole como un último regalo” al difunto: “Antes se usaba mucho la bandera del equipo de fútbol o del partido político o del país, si era una persona muy patriótica. Estas son expresiones nuevas. También esto de los remolinos o globos”<sup>434</sup> enfatiza el padre.

El éxito alcanzado por todas estas “modas” como lo denomina Delfau, es producto, a juicio del mismo padre, de la existencia de los cementerios modernos o parques. A diferencia de los cementerios de corte tradicional, “donde tú podías tener unas plantitas y unas flores en la tumba, una lápida a tu gusto, incluso con una foto de la persona con un epitafio, con una dedicatoria, tú podías expresar, también, lo que era la persona, si tenías plata, en la construcción del mausoleo”; los remolinos, los globos y “todo lo demás” son una moda americana, de EE.UU, que viene a negar la muerte, a esconderla”<sup>435</sup>.

Entonces, “el cementerio es un gran parque lleno de flores, lleno de árboles, donde es el parque del recuerdo, el parque del sendero, el parque del mar (...) es divertido, en otro sentido, “porque efectivamente la gente los ha preferido porque son bonitos”<sup>436</sup> dirá Delfau.

---

<sup>433</sup> *Ibidem.*

<sup>434</sup> *Ibidem.*

<sup>435</sup> *Ibidem.*

<sup>436</sup> *Ibidem.*

Cuenta que cada vez que asiste a un funeral en este tipo de cementerios, “al Parque del Recuerdo, por ejemplo, veo que está lleno de tumbas, donde recién le han puesto flores, estos remolinos, y después en la noche las deben sacar todas. Es como una especie de rebeldía frente a este anonimato total”<sup>437</sup>.



Ilustración 29 Remolinos en el Cementerio General de Santiago  
(Foto capturada el 26 de agosto de 2010 por Gloria Lyon)

No obstante, la íntima pertenencia entre estas nuevas manifestaciones estéticas con los cementerios- parques; su proliferación también acontece en los cementerios tradicionales, tanto de Santiago como de sus alrededores. Al parecer el uso de remolinos, globos y banderas no obedece al lugar físico donde descansan los muertos, sino, más bien, a la propia expresividad humana con respecto a la muerte.

### **Banderas, remolinos y fotografías**

Ana Guerrero (60 años) florista del Cementerio de Isla de Maipo ha diversificado su negocio. A las tradicionales flores, que adornan vistosamente su tienda, se suman las banderas, los remolinos, y hasta los jarrones. “A medida que la gente empezó a pedir cosas como floreros, el clorito para el agua de las flores, se fue agregando”<sup>438</sup> dice.

<sup>437</sup> Ibidem.

<sup>438</sup> Ana Guerrero. Op. Cit.

Cuenta que es un fenómeno relativamente nuevo. Por ejemplo, la venta de banderas, la mayoría de las veces, se relaciona con el gusto de tal o cual difunto por el equipo de fútbol al que se adscribía en vida. “Es un regalo aparte, poner el equipo de sus amores”<sup>439</sup> asevera Ana. Pero no solo equipos de fútbol como Colo Colo o la Universidad de Chile, en general, las banderas aluden a todo a aquello que genera pertenencia: desde partidos políticos, hasta el pabellón patrio. De hecho, para Olga Hernández, florista Cementerio de Isla de Maipo, la multiplicación de banderas en el campo santo, se debió, principalmente, a la celebración del Bicentenario del país: “Antiguamente no se veía, igual este año fue las banderas yo jamás ponía estas cosas, por el Bicentenario uno como que se incentiva a ponerlas”<sup>440</sup>.

Del mismo modo, existe una íntima correspondencia entre estas manifestaciones, y un cierto afán identitario en el cementerio. Bajo esta premisa, se busca diferenciar a las tumbas entre sí. Ana confirma que la gente que compra en su local le dice: “pucha está lleno de flores, quiero llevarle algo y le llevan una banderita”.<sup>441</sup>



Ilustración 30 Floristerías del Cementerio Parroquial de Isla de Maipo  
(Foto capturada el 2 de octubre de 2010 por David Fuentes)

Al uso de banderas, se suma la utilización de fotografías. Estas permiten, por un lado, diferenciar al difunto de otro, y por otro, identificarlo. María Fajardo, enfatizará

<sup>439</sup> *Ibidem*.

<sup>440</sup> Olga Hernández. Op. Cit.

<sup>441</sup> *Ibidem*.

este último punto al señalar que al difunto, “uno siempre lo va a recordar”<sup>442</sup>. En este sentido, explica: “de repente uno se pregunta: ¿dónde quedaría esta persona? con la misma foto la ubica. Sirve para identificar a la persona que está sepultada”<sup>443</sup>. En su caso, ya tiene lista la imagen que colocará en la tumba de su hermano Manuel.

El objeto de la fotografía es el irrespetuoso camino a la eternidad más allá del “aquí y ahora”, el aquí de mi cuerpo, y el ahora de mi presente (Berger y Luckmann). Esta develará, en otras palabras, para André Bazin, su poder de “embalsamar el tiempo; se limita a sustraerlo a su propia corrupción (Bazin, 2004, p. 29). Incluso, anterior a su invención, se manifiesta la porfía humana de subsistencia, de representación. Esto es lo que refiere Delfau:

“Por ejemplo, los grandes reyes, los papas, se hacían estatuas, obviamente no existían las fotos, pero existía la representación de la persona muerta esculpida (...) la Iglesia de San Denis en París, donde están las tumbas de todos los grandes reyes de Francia, están todos como durmiendo, reyes magníficamente vestidos, con coronas, en una posición de dormición, se podría decir, eso tiene su tradición antigua, no es algo nueva”<sup>444</sup>.

Problematizando el rol que cumple la fotografía en el imaginario social en torno a la muerte, Delfau refiere al peligro de ésta de convertirse en idolatría, en fetiche, o sea, transformar la representación en mera objetualidad. Esto lo advierte la tradición católica:

“El pueblo judío, de donde sale el cristianismo, tenía prohibición absoluta de hacer cualquier imagen de Dios, justamente esa es la distinción que tiene el pueblo judío con respecto a los otros pueblos de Medio Oriente, de Roma, que hacían imágenes de los dioses que ellos creían y justamente el Dios de Israel tiene esa originalidad de que es un Dios que no se deja manipular, se podría decir, porque la imagen es fácil que se convierta en un fetiche y que uno se queda con la imagen y no con lo que la imagen simboliza o significa”.

Del mismo modo, Augé, reconoce que “bajo el asalto de las imágenes, la imaginación enloquece o se desvanece, lo imaginario se vacía” (Augé, 2001, p.101). Sin embargo, es el mismo padre quien hace la siguiente aclaración, que permite alejar una posible interpretación idolátrica del uso fotográfico asociado a la muerte y los difuntos:

---

<sup>442</sup> María Fajardo. Op. Cit.

<sup>443</sup> *Ibidem*.

<sup>444</sup> Padre Antonio Delfau. Op. Cit.

“Es importante tener claro que las imágenes no son dioses, son solo representaciones artísticas, que pueden representar momentos de la vida, de Jesús, de los santos, de lo que sea, y que no tienen ningún valor intrínseco, por sí mismas, salvo la belleza que puedan tener, ahora es verdad que a la gente eso se le olvida y pueda ser más fácil que exista algún tipo de idolatría donde hay muchas imágenes, que donde no hay ninguna”<sup>445</sup>.



Ilustración 31 Uso de fotografías en el Cementerio General  
(Foto capturada el 26 de agosto de 2010 por David Fuentes)

En definitiva, tanto la fotografía, como el uso de globos, flores, remolinos, materializan el recuerdo hacia quienes ya no están, lo representan, restituyendo el lazo con su deudo e imponiéndose a la muerte. Para Osvaldo Cádiz, ese lazo, asumirá la condición comunicante entre vivos y muertos:

“Para nosotros, la persona que se fue está en otra dimensión, pero yo me puedo comunicar con esa persona, y ¿cómo me comunico? A través de pequeños regalos, recuerdos. Si estamos en el 18, le llevamos una banderita, si es primavera, le llevaré un remolino. En la navidad, hay botellas o vasos con champaña, y pan de pascua, en la tumba, sobre un plato. Eso es compartir, y decirle a la persona que ya se fue “todavía estás”<sup>446</sup>.

### La tienda de Emilia Barahona y Juan Gárte

<sup>445</sup> *Ibidem*.

<sup>446</sup> Osvaldo Cádiz. *Op. Cit.*

Justo en la entrada del Cementerio Parroquial de Talagante, se encuentran los negocios de Emilia Barahona y de Juan Gárate. Ella tiene 73 años y vende de todo: golosinas, jugos, bebidas, galletas. En cambio, Gárate de 48 años se especializa por lo propiamente mortuario: marcos para fotografías, ramilletes, angelitos.

Emilia Barahona trabaja viernes, sábado y domingo, de las 9 de la mañana hasta las 19 hrs., justo en el horario de funcionamiento del cementerio. Dice que está tranquila, pues son todos solidarios con ella. “Aquí todos me cuidan. Me vigilan. Me dicen: “En caso de algo, Bueli, péguenos un grito”. Si se me hace tarde, el cementerio cierra a las 7, me vienen a encaminar, vivo por acá adentro (...) No es mucho lo que se gana, pero de algo vale”<sup>447</sup>, cuenta.

Consultada por la gran proliferación que tienen los peluches, remolinos, globos y banderas en el cementerio, indica que estas “otras manifestaciones estéticas” han permitido adornar el tradicional campo santo de Talagante de una manera especial. Ahora “se ve bonito. No se ve tan abandonado, porque hubo un tiempo en que estuvo abandonado”<sup>448</sup> asegura.

Pero el actual colorido del Cementerio Parroquial tiene un autor insoslayable: Juan Gárate. El vendedor subraya con orgullo que “tiene bonito el cementerio”<sup>449</sup>. Dice que las cosas las hace él “y la gente las coloca para que se vean más acompañados y más bonita la sepultura”<sup>450</sup>.

Gárate cuenta que ya lleva tres años trabajando en este negocio. Al igual que Emilia, solo viene los fines de semana. Aunque es de Santiago y el trayecto es cansador desde la capital a Talagante, “la pega” le ha servido para pagarles los estudios a sus hijos.

“La gente compra, le gusta sobre todo los ángeles, los corazones con mensajes, las banderas”<sup>451</sup> confirma Gárate. En todo caso, no siempre fue así. Al principio no se

---

<sup>447</sup> Emilia Barahona, vendedora del Cementerio Parroquial de Talagante. Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2010.

<sup>448</sup> *Ibidem*.

<sup>449</sup> Juan Garate, vendedor del Cementerio Parroquial de Talagante. Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2010.

<sup>450</sup> *Ibidem*.

<sup>451</sup> *Ibidem*.

compraba mucho, ahora se da una lógica de reproducción: “todos compran, porque ven la sepultura de al lado que está bonita y entonces ellos también quieren colocarle las mismas cosas”<sup>452</sup>.

Equivalente al rol social que cumple la flor, tanto remolinos, como ángeles o banderas, son un signo de agradecimiento para Garate, un signo de agradecimiento por lo que hizo en vida el difunto. Las expresiones son variadas y algunas veces ingeniosas. Por ejemplo las tarjetitas con dedicatorias son una especialidad de la casa para este hombre de cabellos desordenados: “Algunos le escriben, otros me piden a mí, porque soy más emotivo para escribirles las cositas. Yo no cobro por escribir, solamente yo cobro por los diseños”<sup>453</sup>.



Ilustración 32 Otras manifestaciones estéticas en una tumba del Cementerio de Talagante  
(Foto sacada el 23 de octubre de 2010 por Gloria Lyon)

Sin duda, hay tantas expresiones estéticas, como personas o comunidades puede haber. Pero su funcionalidad radica en el hecho de poder objetivizar ciertos signos de la memoria. Así lo entienden Peter Berger y Thomas Luckmann cuando refieren a la premisa básica de la sociología del conocimiento, que dice que “la expresividad humana es capaz de objetivarse, o sea, se manifiesta en productos de la actividad humana, que están al alcance tanto de sus productores como de los otros hombres, por ser elementos de un mundo común” (Berger, Luckmann, 1999, p. 52).

<sup>452</sup> Ibidem.

<sup>453</sup> Ibidem.

En otras palabras, son signos o materializaciones que proclaman sentidos conocidos por todas las personas, con sus alcances y limitaciones: Los remolinos sirven para adultos, como para niños; las banderas se relacionan a un equipo de fútbol o a un partido político, En cambio, los globos se asocian más a los infantes.

Así lo afirma Mónica Moya, florista de la Pérgola de las Flores de Santiago, donde la relación entre los globos y los niños, también se expresa en su venta:

“Para el nacimiento siempre se han vendido cosas así, pero para los funerales no tanto, porque era más doloroso. Ahora se está usando mucho. Esto hace como cinco años atrás más o menos, o se le hace, este tipo de cajitas y tú le pones flores y lo llenas de globos. A mí no me gusta mucho, sí, me da más pena, porque como son niños, son angelitos”<sup>454</sup>.

Es el caso de Jeannette Díaz, visitante del Cementerio de Isla de Maipo, quien sagradamente coloca globos cada vez que está de cumpleaños de su pequeña hija, muerta al nacer. Los complementa con flores, remolinos, también muñecas, cosas “de guagüita”. Para la navidad, especialmente compra un “arbolito pequeño bien adornado para ella”<sup>455</sup>.

Con respecto a los remolinos, estos tienen un significado especial tanto para las floristas, como para los familiares de los difuntos. Maria Fajardo, florista del Cementerio Parroquial de Isla de Maipo, señala que ella vende remolinos, “porque es algo que atrae a la gente para ponerle en las sepulturas. De repente para las guagüitas que fallecen. Se usa harto”<sup>456</sup>. Incluso, consultada por el éxito que han alcanzado, enfatiza que “más que nada porque giran, le da otro toque a la sepultura”<sup>457</sup>.

Es tal la ligazón entre imaginario y estética, que ésta última es revestida de sentido, incluso, en la expresión de ciertas supersticiones. Las historias abundan. Gárate cuenta que una familia le puso a la tumba de su difunto un remolino. Como tenían rivalidad con la familia de la tumba de al lado, el remolino no giraba cuando ésta última iba a visitar a su difunto. “Cuando ellos se iban, el remolino comenzaba a girar solito”<sup>458</sup>.

---

<sup>454</sup> Mónica Moya. Op. Cit.

<sup>455</sup> Jeannette Díaz. Op. Cit.

<sup>456</sup> Maria Fajardo. Op. Cit.

<sup>457</sup> *Ibidem*.

<sup>458</sup> Juan Garate. Op. Cit.



Ilustración 33 Remolinos al viento en el Cementerio de Talagante  
(Fotografía sacada el 23 de octubre de 2010 por David Fuentes)

Por otra parte, si bien el uso de estas expresiones del recuerdo, alcanza una amplitud apreciable –tanto en su uso, como en sus modalidades (tarjetas, dedicatorias, globos, remolinos, ángeles) en el área rural de la Región Metropolitana, Santiago no se queda atrás. Eduardo Lobos (60 años), florista del Cementerio General, consigna que el uso del remolino, por ejemplo, fue introducido por ellos (floristas del principal campo santo capitalino) hace algunos años atrás, por las ventas del día del niño: “se trajo como novedad y ahí empezó la tendencia”<sup>459</sup> explica.

De ahí, se masificó a los cementerios- parques, donde el remolino cumple una función trascendental, no meramente decorativa, incrustándose en las prácticas sociales asociadas a la muerte. “El remolino como que le da vida a la tumba. Ahora toda la gente lleva los remolinos, lleva las tarjetitas, los corazones, constantemente está llevando eso”<sup>460</sup>.

Pero no solo esto ocurre en los cementerios modernos, en el Cementerio General de Santiago, paradójica es la existencia y multiplicación de banderas y otras expresiones

<sup>459</sup> Eduardo Lobos. Op. Cit.

<sup>460</sup> *Ibidem*.

en los patios de la llamada “clase baja” frente a la aparente sobriedad de los demás sectores del campo santo.



Ilustración 34 venta de flores, remolinos, ángeles en el Cementerio General  
(Foto capturada el 17 de octubre de 2010 por Gloria Lyon)

La diferenciación social imperante -descrita en capítulos precedentes- también acontece en la materialización estética, ya sea norte o sur, en la manera de perseverar en la memoria. Tumbas apiladas, con una mínima distancia unas de otras, flores de diversa intensidad y tonalidad, multifacéticas construcciones de madera, carpas levantadas para sombrear el descanso eterno de algún familiar querido es la presentación de la llamada “clase baja”. Es el espectáculo de las formas y los colores, delicadamente cuidado, en la loza de mármol o cemento, junto al epitafio perenne, anquilosando el recuerdo.

Cada sector asume su condición identitaria característica: el patio 29, con ese gris calcino, propio del descuido y el paso del tiempo, o el mismismo “sector de los niños”, “el patio de las guaguas”, donde se hayan apilados, peluches, juguetes, remolinos, flores, además de ilustraciones infantiles, con un evidente colorido. Para Karina Orrego, cuidadora Cementerio General, sus nichos son como una “casita”, que los familiares “adornan”. “Para la navidad les traen adornos navideños, para el 18 de septiembre les traen banderas, le colocan guirnaldas...”<sup>461</sup> asevera.

<sup>461</sup> Karina Orrego. Op. Cit.



Ilustración 35 “Clase baja” del Cementerio General de Santiago.  
(Foto sacada el 26 de agosto de 2010 por David Fuentes).

Las banderas flamean, como si a cada momento fueran a ser secuestradas, despellejadas, arrancadas de raíz, mientras el remolino prosigue la sinfonía eterna al son del viento que a veces se escurre con violencia por encima de las tumbas de los que ya no están con nosotros. Al igual que las flores, los peluches, angelitos, las formas y los colores, adquieren sentido en el lazo imperecedero entre vivos y muertos. No hay olvido posible, la condición humana representa, percibe, huele y observa en la ciudad sin luz, en la ciudad de los muertos.

### **¿Una ranchera o una cueca?**

Manifestaciones de la cultura popular, también, se encuentran por doquier en Talagante o Isla de Maipo. No solo la cueca típica del campo chileno, sino de toda expresión popular frente al hecho numinoso de la muerte.

Olga Hernández, florista del Cementerio de Isla de Maipo tiene un deseo quizás difícil de cumplir por sus parientes, más específicamente, por su hija: cuando muera, quiere ser velada al son de las melodías del tango y las rancheras. “quiero que se rían, porque yo voy a estar contenta (...) pero yo sé que no lo va a hacer, además es mi única

hija, yo sé que no lo va a hacer, pero son bonitos los velorios así, porque la muerte no es dolor”<sup>462</sup>.

Si la muerte no es solo dolor, por tanto, ¿no es plausible el uso de la música en el velorio de algún ser querido?

María Fajardo cuenta que en velorio de su hermano florista puso una música suave de acuerdo al momento. “Me conseguí un CD de la música de la iglesia. Era música que le gustaba a Manuel”<sup>463</sup> recuerda.

Cosa similar ocurre al interior del cementerio. Olga Hernández comenta que hace algunos años murió un caballero y todos los 18 de septiembre sus familiares le hacían una fonda. “En su tumba le hacían la ramada, venía la familia, su chicha, comían empanadas. Lindo, ¿por qué no se puede hacer?”<sup>464</sup>.

En la variopinta existencia de motivos, arreglos, materializaciones fundantes de la comunión entre vivos y muertos, también se encuentran aquellos que complementan de alguna forma el rito del entierro.

Jeannette Díaz, recuerda que tiene un primo enterrado en el Cementerio de Isla de Maipo, al cual le gustaba mucho una canción de los Llaneros de la Frontera y ellos eran del cuasimodo. En su entierro, le pusieron ese tema.

De hecho, en ese mismo cementerio, las oficia de cantor, Pascual Flores Canales, el mismísimo Panteonero de dicho campo santo. Cuenta que los familiares de las personas que han partido, le piden “cantarles un responso aquí junto a la sepultura. No sé si en Santiago se verá eso. También hay personas que llegan cantando con guitarra. Los evangélicos normalmente lo hacen”<sup>465</sup>.

Confirma lo anterior, José Silva, 44 años, administrador del Cementerio Parroquial de Talagante, quien reconoce que existen grupos folklóricos que vienen una vez al año, “y que vienen a recordar a aquellos que pertenecían al conjunto, y hacen una

---

<sup>462</sup> Olga Hernández. Op. Cit.

<sup>463</sup> María Fajardo. Op. Cit.

<sup>464</sup> Olga Hernández. Op. Cit.

<sup>465</sup> Pascual Flores. Op. Cit.

pequeña romería. También está el cuerpo de bomberos que hace conmemoraciones de ese tipo”<sup>466</sup>.

Las expresiones del recuerdo –ya sea desde remolinos, banderas, globos o fotografías, hasta los sones de rancheras, cuecas, baladas o tango- explican sin duda “esa rebeldía frente al anonimato” planteada por el Padre Antonio Delfau, porque independiente de su naturaleza propiamente católica o cristiana, el recuerdo en todas sus formas es una condición humana indefectible, que manifiesta la perseverancia de la vida, el triunfo definitivo sobre la muerte, y la conciliación permanente con su propia historia y porvenir.

---

<sup>466</sup> José Silva. Op. Cit.

## Capsulas y encapsulamientos

*“Hay quienes imaginan el olvido como un depósito desierto, una cosecha de la nada y sin embargo el olvido está lleno de memoria”.*

(Mario Benedetti).

19 de octubre del 2010. La cápsula Fénix 2, la misma que permitió rescatar a los 33 mineros desde las profundidades de la tierra, se yergue en un pedestal construido al frente del Palacio de la Moneda, sede del poder ejecutivo en Chile. Con 3,95 metros de largo, 53 centímetros de diámetro y cerca de 400 kilos de peso recibe la atención de los visitantes de la Plaza de la Ciudadanía. Al acto de inauguración acuden importantes figuras de gobierno como el ministro de salud, Jaime Mañalich y el de Minería, Laurence Golborne, los que según consigna el diario electrónico El Mostrador, fueron ovacionados por el público “por su implicación en esa inédita operación de salvamento”<sup>467</sup>.

Pero ni el rescate minero propiamente tal, ni los homenajes posteriores, ni siquiera el testimonio fílmico documentado, significan algo por sí mismo. Falta el elemento, aquello que atesora la memoria más profunda, el objeto de culto, precisado e indispensable desde el punto de vista social. En la eterna lucha el olvido y la memoria, la capsula Fénix 2, pintada con los colores patrios, es el souvenir, la máxima expresión, el símbolo del rescate minero materializado en el recuerdo físico que se proyecta en el tiempo. La cápsula pertenece ya “a las futuras generaciones”<sup>468</sup> dice el ministro del Interior, Rodrigo Hinzpeter, en el mismo acto frente al palacio presidencial y frente a todas las cámaras de televisión, un día primaveral de octubre. La cápsula, finalmente - más allá de los 33 mineros, de los responsables de la Mina San José- es la protagonista de un “episodio que va a ser recordado en los próximos siglos”<sup>469</sup>, reconoce el Ministro del Interior.

Las palabras de Hinzpeter refuerzan el papel que cumplen los hitos históricos en los procesos de significación socioculturales, porque al final de cuentas, y tal como lo entiende Maurice Halbwachs, la memoria “no es solo individual y autobiográfica” (Hasen, Sandoval, 2009, p. 6), sino que tiene un fuerte componente social. Toda

<sup>467</sup> <http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2010/10/19/capsula-fenix-2-se-convierte-en-atraccion-en-la-plaza-de-la-ciudadania/>

<sup>468</sup> *Ibidem*.

<sup>469</sup> *Ibidem*.

sociedad “es un sistema de interpretación del mundo” (Ericsson, 1994), que construye una identidad “que implica una memoria y un proyecto, un momento de mismidad, una certeza de ser agente, una capacidad de protagonismo” (Ericsson, 1994).

En este sentido, toda comunidad requiere de una historia, y, más aún, de objetos o símbolos que la recuerden, porque como dice Halbwachs, la búsqueda de la memoria “acontece en la búsqueda de las estrategias que permiten a una sociedad o grupo tener conocimiento de sí mismo logrando una identidad y continuidad en el tiempo” (Hasen, Sandoval, 2009, p. 6).

Pero hay otra historia, otra memoria, no tan lejana, materializada, constituida, enarbolada más allá del centro capitalino, más allá de los discursos y los *flash*, más allá de los souvenir tricolores, en la zona norte de Santiago, en el Cementerio General. Es el Memorial de los Detenidos Desaparecidos y Ejecutados Políticos, dedicado a las víctimas de la Dictadura Militar (1973-1990). Homenaje póstumo, que cumple la misma función social que la cápsula bicentenario.

### **Memoria, memorial, el recuerdo de los desaparecidos**

Para Le Goff, “la memoria colectiva y su forma científica, la historia, se aplican a dos tipos de materiales: los documentos y los monumentos” (Le Goff, 1997, p. 227).

La palabra latina *monumentum* está relacionada a la raíz indoeuropea *men* que expresa una de las funciones fundamentales de la mente (*mens*), la memoria (*memini*). De la misma forma, el verbo *monere* significa, para Le Goff, “hacer recordar, de donde “avisar”, “iluminar”, “instruir”. El *monumentum* es un signo del pasado” (Le Goff, 1997, p. 227), pero también de presente y futuro.

En efecto, dirá el autor, “lo que sobrevive no es el complejo de lo que ha existido en el pasado, sino una elección realizada por las fuerzas que operan en el desenvolverse temporal del mundo y de la humanidad” (Le Goff, 1997, p. 227). De ésta manera, los monumentos persisten al tiempo, por la decisión de una comunidad sobre los hechos que han ocurrido en el pasado y que tienen cierta significación social.

Así lo entendía la tradición romana al precisar el concepto de monumento en dos sentidos: “monumento como una obra de arquitectura o de escultura con fin

conmemorativo y un monumento funerario destinado a transmitir el recuerdo de un campo en el que la memoria tiene un valor particular, la muerte” (Le Goff, 1997, p. 227).

Según Halbwachs, la memoria hace que las personas, hombres, mujeres, ciudadanos “compartan espacios que a su vez generan recuerdos compartidos (...) procesos que tienen lugar en el presente en ciertos lugares o espacios, de manera selectiva y no ahistórica” (Hasen, Sandoval, 2009, p. 6). Estos espacios, a su vez, significan y simbolizan la historia pasada y presente de un país, a modo de un tipo particular de monumentos, los memoriales.



Ilustración 36 Memorial de DD.HH del Cementerio General de Santiago, Ejecutados Políticos.  
Foto capturada el 11 de septiembre de 2010 (Francisco Marín).

La construcción y proliferación de memoriales obedece a una política oficial del Estado de Chile desde la recuperación de la democracia en 1990. El primer hito fue, sin duda, el memorial de DD.HH del Cementerio General, financiado con fondos estatales y que contó con la participación de Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, y destacados artistas como Nemesio Antúnez y Claudio Di Girólamo. Inaugurado en 1994, se erigió como un gran muro donde se consigna el listado completo de todas las víctimas asesinadas y desaparecidas bajo el gobierno dictatorial de Augusto Pinochet y se emplazó en la entrada del principal campo santo de Santiago por Avenida Recoleta. Siguió los memoriales de Pisagua, Tocopilla, Calama, La Serena, Villa Grimaldi, Talca, Linares, Los Ángeles, Coronel, entre otros, y ahora

último, el Memorial de Quintero, el de San Joaquín y la reinauguración del Patio 29, declarado Monumento Nacional el 10 de julio del 2006.

Según la página *web* del Programa de DD.HH del Ministerio del Interior, la existencia de memoriales a lo largo del país, busca “dejar una huella física que recuerde los sufrimientos de cientos de chilenos y, al mismo tiempo, sea un llamado a trabajar para que este tipo de situaciones no se vuelvan a repetir”. Al respecto, lo particular de los memoriales “y en especial el del Cementerio General, es el acto de apropiación del lugar. El recuerdo, y el dolor se encuentran en el uso del memorial, más que en el memorial mismo” (Hasen, Sandoval, 2009, p. 15).

Frente a la pequeña plazoleta coronada de árboles que da a los nichos de los Detenidos Desaparecidos, permanece en silencio Patricia Gutiérrez (60 años). Cuenta que siempre que pasa por aquí antes de irse, le dedica un “minutito de reflexión”<sup>470</sup> después de visitar a su hermana mayor que cumple 5 años de aniversario, a su otro hermano y a sus padres.

“Acá recuerdo todo el pasado, el sufrimiento tan grande. En mi familia también tuvimos detenidos, felizmente no desaparecieron”<sup>471</sup> asevera, mientras aspira la leve brisa que a esa hora recorre el Cementerio General.

Una hora más tarde aparece José Toledo, quien tiene 61 años y se encuentra de paso en nuestro país. Hace 35 años que está radicado en España. Al ser consultado por el memorial, José se detiene, respira hondamente y responde: “para mí donde estén los voy a recordar siempre”<sup>472</sup>.

Cuenta que podría haber salido por cualquier calle del Cementerio General después de visitar a sus difuntos, pero esta vez no lo hizo. Cree que al estar aquí, junto al memorial de los Detenidos Desaparecidos, “es un humilde homenaje”<sup>473</sup>.

Considera que el memorial es parte de la historia, de su historia, de sus raíces, de su pertenencia, por tanto, estar aquí, también es un ejercicio personal de recuerdo: “Estoy viniendo constantemente y nunca he dejado Chile, de ninguna manera lo voy a

---

<sup>470</sup> Patricia Gutiérrez, mujer de paso frente al Memorial de DD.HH del Cementerio General. Entrevista realizada el 27 de agosto de 2010.

<sup>471</sup> *Ibidem*.

<sup>472</sup> José Toledo, hombre de paso frente al Memorial de DD.HH del Cementerio General. Entrevista realizada el 17 de octubre de 2010.

<sup>473</sup> *Ibidem*.

dejar. Es lo mío, es mío y lo dejé yo, nadie me echó, nadie me llamó, esa gran garantía para mí es hacerme presente en mi país y estar con los míos”<sup>474</sup> asevera visiblemente emocionado.

Dice que volverá, porque siempre quiere volver, “puede ser un año, a veces es más, pero últimamente lo estoy haciendo seguido, por la nostalgia que se empieza a cierta edad”<sup>475</sup>.

Los relatos de Patricia y José reflejan una constante, una marca identitaria, una necesidad social. Al respecto, la funcionalidad de los memoriales, que conservan la memoria comunitaria, “apunta a salvar el pasado sólo para servir al presente y al futuro”. Le Goff entiende que “apoderarse de la memoria y del olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas” (Le Goff, 1991, p. 134). La existencia de lo memoriales permiten evitar “los olvidos y los silencios de la historia” (Le Goff, 1991, p. 134).

---

<sup>474</sup> Ibidem.

<sup>475</sup> Ibidem.

## El memorial de Lonquén

Nelson Hernández, junto a sus hermanos Oscar y Carlos Hernández están enterrados en el Cementerio Parroquial de Isla de Maipú en el memorial erigido a las víctimas de la Dictadura Militar. Sus cuerpos descansan en paz luego de un largo camino iniciado cuando fueron descubiertos en 1978 en los hornos de Lonquén. Eran 17.

Los familiares de estos 17 se turnan cada mes para hermostrar y limpiar el sitio donde serán recordados sus muertos. Esta vez le toca a la hija y la sobrina de los hermanos Hernández junto a su familia, su hermano, su nuera, hijos y nietos. Su nombre es Ema y tiene 42 años.

Reconoce que no recuerda mucho a su padre y a sus tíos, porque en 1973 sólo tenía 5 años. Lo que sabe, en parte, es reconstruido por su madre, quien falleció antes que fueran encontrados: “mis tíos no pertenecían a ningún partido político y mi papá era presidente sindical. Él trabajaba en el fundo Nahuayán”<sup>476</sup>.



Ilustración 37 Tumba de un desaparecido en el Memorial de DD.HH del Cementerio Parroquial de Isla de Maipo (Foto capturada el 2 de octubre de 2010 por David Fuentes).

<sup>476</sup> Ema Hernández, visitante Memorial de DD.HH en el Cementerio Parroquial de Isla de Maipo. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010.

Mientras habla recorre con un paño mojado cada baldosa con los nombres inscritos de cada una de las víctimas. Cuenta que las familias se reúnen continuamente. Incluso tienen una agrupación de Detenidos Desaparecidos de Lonquén. “A los Hernández Flores nos tocó el mes de octubre”<sup>477</sup> confirma Ema, pues “no es cosa de venir después de haberlo encontrado, treinta y siete años para darle una sepultura digna, venir y dejarlo para que quedara ahí”<sup>478</sup>.



Ilustración 38

Memorial de DD.HH en el Cementerio Parroquial de Isla de Maipo  
(Foto capturada el 2 de octubre de 2010 por David Fuentes).

El memorial fue inaugurado el año 2008 con la presencia de las autoridades locales y la presentación del grupo musical Illapu. Su forma se asemeja a un rectángulo que aloja los nichos de mármol en sus costados y en cuyo vórtice se alcanzan diecisiete vigas, de distinto tamaño, que miran hacia el cielo. En la placa conmemorativa se lee el poema *siempre* de Pablo Neruda: “aunque los pasos toquen mil años este sitio. No borrarán la sangre de los que aquí cayeron y no se extinguirá la hora en que caísteis. Aunque miles de voces crucen este silencio”.

Para Ema no es fácil venir a visitar el memorial. En realidad, dice que no viene mucho. “Puedo venir una vez al mes, pero me hace mal venir al cementerio”<sup>479</sup> cuenta, pues le trae recuerdos, “recuerdos malos y recuerdos que me hubiese gustado vivir con

---

<sup>477</sup> *Ibidem*.

<sup>478</sup> *Ibidem*.

<sup>479</sup> *Ibidem*.

él y no los tengo. Entonces, prefiero tener los recuerdos cuando estuve con él hasta los 5 años, de ahí hay muchas cosas que me quitaron”<sup>480</sup>.

A veces se pone a pensar en lo que pudo haber sido su vida junto su padre. “Si él no hubiera estado, si no hubiera pasado esto uno hubiese tenido un mejor pasar”<sup>481</sup> reflexiona melancólicamente.

Pese a esto, por lo menos, tiene el consuelo de haberlo velado, y ahora su padre y sus tíos poseen una sepultura “como ellos se merecen”<sup>482</sup>. Así le puede contar a su pequeña hija lo que pasó, aunque someramente, “porque todavía es muy chica para explicarle la situación” y ella “sabe que aquí está su abuelo”<sup>483</sup>.

Luego de terminar de limpiar, Ema, ayudada de su hermano, hermosea los nichos del memorial con sus flores favoritas: las calas. “Las elegimos porque nos gustaba a nosotros, porque no es mucho lo que recuerdo de él” dice. Ahora bien, especifica, “es a elección de cada familia”<sup>484</sup>.

Sin embargo, el memorial del Cementerio Parroquial de Isla de Maipo no constituye el único homenaje a las víctimas de Lonquén. De hecho, donde fueron asesinados, se alza un pequeño monolito en el puente Naltahua y otro en la tenencia en la Avenida Santelices donde estuvieron detenidos antes de desaparecer. Ema recuerda que pese a que se botó todo, no se botó el calabozo donde ellos estuvieron antes de ser asesinados. “Dentro del calabozo hay una foto de cada uno de ellos y por afuera hay 17 palomitas que los identifican”<sup>485</sup> explica.

Dice que antes le gustaba más el memorial de Lonquén, “pero ahora me gusta éste, porque ellos están acá. Acá uno sabe que están descansando en paz, tranquilos”<sup>486</sup>. El ir allá, cuenta, “como que te trae muchos recuerdos, porque es el lugar y tú recuerdas y a medida que pasan los años (...) tú piensas como murieron, cuanto sufrieron”<sup>487</sup>. En

---

<sup>480</sup> Ibidem.

<sup>481</sup> Ibidem.

<sup>482</sup> Ibidem.

<sup>483</sup> Ibidem.

<sup>484</sup> Ibidem.

<sup>485</sup> Ibidem.

<sup>486</sup> Ibidem.

<sup>487</sup> Ibidem.

cambio, “aquí es dolor (el memorial del cementerio), pero a la vez un descanso, porque sabes que están descansando ahora. No están desaparecidos”<sup>488</sup>.



Ilustración 39 Memorial en Hornos de Lonquén, isla de Maipo (Memoriales en Chile)

Este es el acto de homenaje, de recuerdo y comunión, la perseverancia de la memoria en torno a estos crímenes, el cual se expresa – tanto en el imaginario social como en la estética funeraria-. Aquí el memorial cumple una doble función: por un lado, se recuerda afectivamente al familiar fallecido; y por otro, se entroniza la historia y la memoria para las nuevas generaciones.

Según Ema, “se hizo el memorial para que las personas no olviden lo que pasó. No se pierda. En el caso de nosotros, la familia de Nelson Hernández, la mamá de nosotros ya desapareció, entonces tenemos que seguir nosotros”<sup>489</sup>.

“Esto es para que nunca más vuelva a ocurrir, porque es una pena muy grande, son muchas cosas que le quitan a uno. Son muchas cosas que vivió, a mi mamá verla sufrir, trabajar. Lo recuerdo con tristeza, pero a la vez con alegría, porque uno luchó y logró lo que uno quería: que descansaran en paz”<sup>490</sup> acentúa Ema.

---

<sup>488</sup> *Ibidem*.

<sup>489</sup> *Ibidem*.

<sup>490</sup> *Ibidem*.

En tal sentido, Ema enfatiza en el rol que cumple este tipo de monumentos a propósito de los imaginarios sociales:

“Cuando falleció mi mamá todavía no sabíamos dónde estaba mi papá, todavía no se hacían las diligencias para saber si eran ellos, entonces falleció ella y seguimos los hijos. Si no estamos los hijos, estarán los nietos. Entonces, para que no se pierda la memoria de ellos, uno tiene que ir informándoles, para que ellos sigan y para que esto no vuelva a pasar en otras familias, para que lo que vivió uno no lo vivan otras familias”<sup>491</sup>.

### **El memorial como imaginario y estética**

Patricia Campos (43 años) y Carlos Reyes (52 años) están prontos a casarse. A lo lejos se les ve conversar frente a los arreglos florales depositados bajo el memorial de DD.HH en el Cementerio General de Santiago. Dicen que siempre cuando pueden, “nos damos una vueltecita por aquí”<sup>492</sup>.

Carlos Reyes cuenta que los dos vivían cerca del Regimiento Buin, por eso “cuando chicos nosotros vimos y escuchamos cosas”<sup>493</sup>. Sin entrar en detalles, Patricia asevera que el dolor se mantiene: “eso de verdad y olvido, no”<sup>494</sup>.

Al final de cuentas, dice, “no fueron muertes comunes, fueron muertes violentas y eso siempre va a quedar y siempre te va a marcar”<sup>495</sup>. En este sentido, asegura que “la gente creo que viene aquí inconcientemente se están remontando a la época. Es una cosa que siempre lo van a tener presente donde estén”<sup>496</sup>.

El espacio del memorial es el espacio del recuerdo íntimo, del encuentro con un tiempo ya pasado. Es el Chile que se fue, pero también es el Chile presente. Patricia reflexiona al igual que su prometido. No reza, ya que no son católicos.

“Sólo reflexionamos”<sup>497</sup>, repite Carlos Reyes. Sus recuerdos, precisa, “no son solo producto de la melancolía”, sino, también “un poco de impotencia por lo que

---

<sup>491</sup> Patricia Campos y Carlos Reyes, caminantes de paso del Memorial de DD.HH del Cementerio General. Entrevista realizada el 17 de octubre de 2010.

<sup>492</sup> *Ibidem*.

<sup>493</sup> *Ibidem*.

<sup>494</sup> *Ibidem*.

<sup>495</sup> *Ibidem*.

<sup>496</sup> *Ibidem*.

<sup>497</sup> *Ibidem*.

sucedió”<sup>498</sup>, reconoce, “entonces uno empieza a recordar eso y te baja más la impotencia, porque fueron cosas muy injustas”<sup>499</sup>.

Carlos Reyes sentencia, con la mirada fija en los arreglos florales: “mientras exista esto no se olvidará”<sup>500</sup>.

Para Le Goff, la memoria debe servir a la “liberación” y no a la “servidumbre de los hombres” (Le Goff, 1991, p. 183). Sin embargo -a propósito del sentido que cumplen los memoriales en materializar la memoria social y los esfuerzos realizados por el Estado y la sociedad civil en su construcción y proliferación- existe, a nivel de imaginario, la sensación de que precisamente no ocupan un rol central en la sociedad chilena.

Se expresa que el memorial, en tanto monumento para la posteridad, se encuentra demasiado “oculto” entre los árboles y la vegetación del cementerio. Alejandro Ortiz (30 años), visitante del Memorial de DD.HH, reconoce que “a lo mejor deberían poner algo más bonito eso sí, algo distinto, pero vale la pena que esté el memorial”<sup>501</sup>.

Al respecto, señala que el memorial va “a quedar para la historia, a lo mejor si no estuviera esto, se olvidaría. No se puede olvidar. A lo mejor deberían poner algo más imponente”<sup>502</sup>.

Del mismo modo, hay otros que muestran su preocupación acerca de la persistencia de este tipo de edificaciones ante los riesgos que se corre cada 11 de septiembre. Andrea Ahumada (40 años), vendedora de artes manuales, asegura que:

“¿Sabes el único pero que tengo con respecto al memorial? Yo lo encuentro súper lindo, por último tú tienes donde recordar a las personas, pero cada 11 de septiembre queda la escoba. La gente viene a destruir acá al cementerio, entonces no debería ocurrir eso, esto es como un recuerdo. Deberían respetar eso, porque es algo simbólico. Hay mucha juventud que no tiene idea y vienen como una forma de hacer desorden”<sup>503</sup>.

---

<sup>498</sup> Ibidem.

<sup>499</sup> Ibidem.

<sup>500</sup> Ibidem.

<sup>501</sup> Alejandro Ortiz, visitante del Memorial de DD.HH del Cementerio General. Entrevista realizada el 17 de octubre de 2010.

<sup>502</sup> Ibidem.

<sup>503</sup> Andrea Ahumada, vendedora del Memorial de DD.HH del Cementerio General. Entrevista realizada el 17 de octubre de 2010.



Ilustración 40: Retratos de desaparecidos en el Memorial de DD.HH. del Cementerio General de Santiago Foto capturada el 11 de septiembre de 2010 (Francisco Marín).

Ahora bien, aún cuando exista una perseverancia constante en la memoria, por parte de la sociedad civil y sus instituciones, un reconocimiento cabal a lo sucedido, que se exprese tanto en el imaginario, como en su materialización, hay algo incuestionable que reconocerá Marc Augé... la selección del lugar de la memoria “¿no es en sí un problema?” (Augé, 1998, p.46).

El autor dirá que en el monumento, cualquiera éste sea, “vemos invertirse la relación entre significante y significado. El significante continuará siendo el mismo, pero la historia multiplica los significados posibles” (Augé, 1998, p.46). Por tanto, existiría algo así como “topología móvil” de la producción de sentido, asociada a una geografía estética.

Entonces, la pregunta es la siguiente ¿cómo es posible “congelar” el sentido presente (significado) en el memorial (significante) aún cuando cambien las condiciones históricas? ¿Acaso el memorial podrá por sí mismo solventar y entronizar la historia que refiere, de manera que no se olvide o no se escape el sentido por el cual fue construido?

Del mismo modo, Augé, en *Ficciones de fin de siglo*, asegura:

“El espacio proporciona una referencia a la memoria, y si a menudo la engaña es porque los recuerdos se desvían, viajan, y son en sí mismos infieles. El día en que el espacio acomete contra la memoria destruyendo sus referencias para sustituirlas por simulacros, ya no queda nada que pueda retener los recuerdos: su huida se acelera, se alejan sin ninguna esperanza de regreso”. (Augé, 2001, p. 53).

Se constituye una imposibilidad de origen, sin duda, pero el esfuerzo colectivo significa y resignifica la memoria de manera sorprendente. El memorial es el espacio arquitectónico y cultural cuya presencia y expresión –como memoria colectiva- no solo permite “reproducir ciertas formas de identidad, sino producir nuevas formas de identidad” (Hasen, Sandoval, 2009, p. 6). En este sentido, se puede hacer un símil con los memoriales dedicados al holocausto del pueblo judío, justamente en su rol de “museos de carácter nuevo”.

Estos tienen la “voluntad, impulsados por un estado, de centrar sus esfuerzos en educar a las nuevas generaciones. El trabajo con los supervivientes tiene un componente psicológico, con una labor educativa que se inspira en principios morales y que guarda una relación más cercana con la sociedad contemporánea”<sup>504</sup>. Esta es una de las principales diferencias con los museos tradicionales: “la manera pedagógica y convencional que éstos tienen de presentar la historia como un elemento vivido, integrando las experiencias de los supervivientes con la empatía de los visitantes”<sup>505</sup>.

Es aquí donde la estética cumple un rol preponderante de intervención de ese espacio de la memoria. Una dirigente de la agrupación de Derechos Humanos de Santiago, consigna, en el libro *Memoriales en Chile: Homenaje a las víctimas de los DD.HH en Chile*, coeditado por el Gobierno y FLACSO, que “el uso posterior que se le da al memorial hace que de pronto aparezcan nuevos elementos...alguien se encarama hasta allá arriba, donde está el nombre de su familiar, y pone una foto, un papelito, una flor; y eso lo hace dinámico, cumpliendo un rol de memorial”<sup>506</sup>.

---

<sup>504</sup> <http://www.memoriales.net/topographie/intro.htm>

<sup>505</sup> *Ibidem*.

<sup>506</sup> [http://issuu.com/flacso.chile/docs/memoriales\\_doc](http://issuu.com/flacso.chile/docs/memoriales_doc)

Al uso del clavel, tal como se señaló en capítulos precedentes<sup>507</sup>, se suman otras expresiones del recuerdo como fotografías, banderas chilenas, o velas. Incluso, la utilización de pancartas con mensajes sugerentes: “no hay bala que calle el recuerdo”, materializan y significan el espacio vital del memorial.

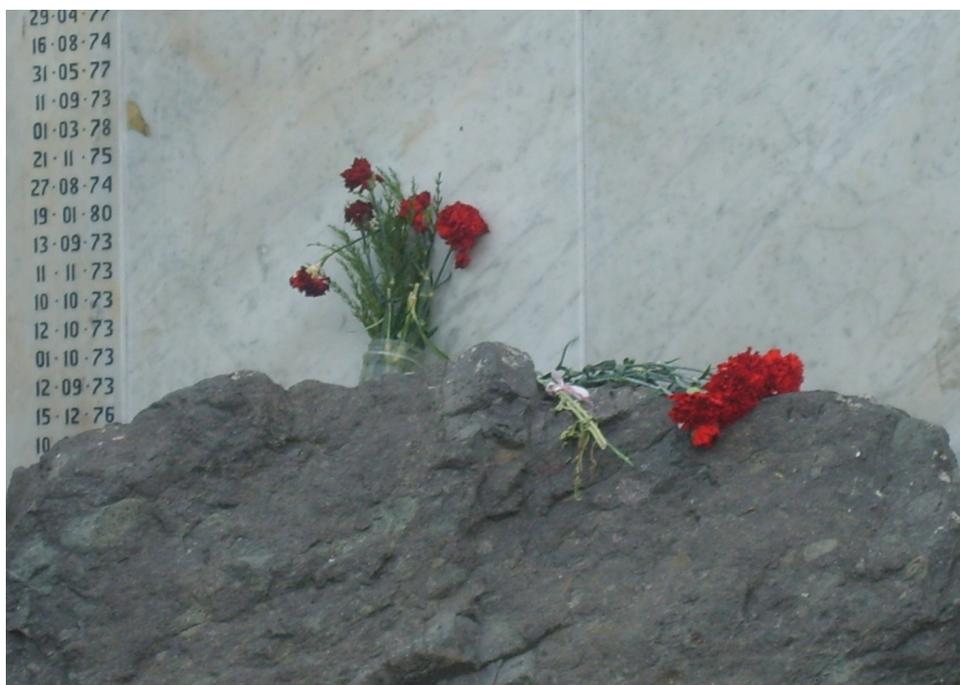


Ilustración 41: Manifestaciones estéticas en el Memorial de DD.HH del Cementerio General de Santiago. Foto capturada el 11 de septiembre de 2010 (Francisco Marín).



Ilustración 42: Uso de fotografías en el Memorial de DD.HH del Cementerio General de Santiago. Foto capturada el 11 de septiembre de 2010 (Francisco Marín).

<sup>507</sup> Ver subcapítulo El clavel (Pág. 145-147).

## El cuerpo de los desaparecidos

Si bien el memorial y los memoriales -en tanto estética y expresión de imaginario social- son un avance relevante en la necesidad que estos sucesos no vuelvan a ocurrir en el país, no reemplaza, en ningún caso, al cuerpo del familiar desaparecido. A juicio de Humberto Lagos, sólo constituye una especie de consuelo a nivel psicológico.

Según Lagos, “para la certeza de la muerte tienes que ver materialmente aquel que fue objeto de esa muerte (...) no hay solución alguna”<sup>508</sup>. Similar es la opinión del Padre Antonio Defau, para quien la no existencia del cuerpo, que permite evidenciar la muerte, genera una situación traumática a nivel psicológico para los mismos deudos. Es tajante al señalar que “aunque tengan la certeza de que están muertos, siempre puede prevalecer alguna duda”<sup>509</sup>.

Delfau cuenta el caso de una madre de un detenido desaparecido lanzado al mar frente a Concepción. “Muchos años después, vino muy perturbada para decirme: mira, una señora que es vidente me dijo estaba en las rocas (...) y habían pasado treinta, cuarenta años, pero siempre te queda la duda: y si no se murió, y si alguien lo rescató a último tiempo”<sup>510</sup>.

Así también lo confirman los visitantes del memorial. Alejandro Ortiz, reconoce que aunque están los nombres, no cree que “sea un consuelo”, “porque mientras no encuentren el cuerpo de esa persona debe ser terrible, imagínate. Es lo único material que queda de tus familiares y no está. Un nombre nunca va a recompensar la tranquilidad de saber que ese cuerpo está descansando en paz, sobre todo si es un ser querido, tu mamá y tu papá”<sup>511</sup>.

Según Ortiz, al observar que todavía no están todos los cuerpos en los nichos ubicados al costado del memorial, le “causa mucha pena” “que haya mucha injusticia todavía, que no estén esos cuerpos o que no quieran decir dónde están, qué pasó con ellos. Es muy feo y siniestro”<sup>512</sup>.

---

<sup>508</sup> Humberto Lagos. Op. Cit.

<sup>509</sup> *Ibidem*.

<sup>510</sup> Alejandro Ortiz. Op. Cit.

<sup>511</sup> *Ibidem*.

<sup>512</sup> *Ibidem*.

Del mismo modo, para Fabián Guajardo (19 años), caminante del memorial, lo más impresionante “es ver tanto nicho vacío. Hay tanto nombre y tan poco nicho. Visualmente eso que haya tanto nombre y tan poco nicho es como que están esperando poder encontrarlos. Ahí se genera un asombro. Que tanto tiempo haya pasado y que se halla encontrado a tan pocos”<sup>513</sup>.

Tal como entiende Duch y Mèlich, el cuerpo constituye una corporalidad “semántica” dotada de sentido<sup>514</sup>. En el caso del cuerpo del detenido desaparecido, aún de la imposibilidad de su existencia física, todavía compone un espacio simbólico, de articulación cultural, que se actualiza mediante las diferentes manifestaciones estéticas que se erigen en el espacio del memorial.

El memorial asume el papel de sinécdoque o índice, en la terminología de Pierce, como la extensión sígnica del cuerpo ausente. Ahora bien, cabe destacar la aprensión de Augé con respecto a estos lugares de la memoria y la sospecha acerca de su prevalencia semántica en el tiempo. De hecho, no pocos alertan de ésta situación.

La percepción de justicia es un componente preponderante en la forma de juzgar la utilidad simbólica de los memoriales. Para Luis Naranjo Prieto, vendedor del diario El Siglo en los alrededores del memorial, “lo principal es hacer justicia, no solamente un memorial, porque todas las agrupaciones están pidiendo justicia, que los que asesinaron sean castigados, un castigo ejemplar. Hay muchos que andan por la calle, totalmente libres como uno que no ha matado a nadie (...) este memorial es una cuestión de consuelo”<sup>515</sup>.

No obstante, Humberto Lagos no desconoce la importancia “del lugar material donde ir a gemir”<sup>516</sup>, pues el poner el nombre de aquella persona que nunca fue ubicada, permite “el gemido”, “el dolor” y “el llanto” que son parte “de esta reestructuración de la personalidad, que hace más fácil el tránsito que queda en la búsqueda permanente, porque nunca van a cesar de buscar aquellas personas que fueron presas, detenidos desaparecidos”<sup>517</sup>.

---

<sup>513</sup> Fabián Guajardo, visitante del Memorial DD.HH del Cementerio General. Entrevista realizada el 17 de octubre de 2010.

<sup>514</sup> Revisar capítulo el cuerpo cesado (Pág. 15-17).

<sup>515</sup> Luis Naranjo Prieto, visitante del Memorial DD.HH del Cementerio General. Entrevista realizada el 17 de octubre de 2010.

<sup>516</sup> Humberto Lagos. Op. Cit.

<sup>517</sup> *Ibidem*.

El rol psicológico de la materialidad que ofrece este tipo de construcciones, aún de la no existencia del cuerpo del detenido desaparecido, propiamente tal, también, cumple “una función pedagógica en el sentido de poder vivir el duelo, aunque ese duelo no es un duelo completo porque sigue vigente la situación del desaparecimiento del ser querido al que se lo va a buscar de manera permanente”<sup>518</sup>.

Del mismo modo, Delfau defiende la existencia de los memoriales como el espacio donde poder recordar, “en donde poder ir ya que no tienes una tumba (...) donde hay un lugar físico o geográfico donde poder encontrarte con la persona, si, podemos creer que está, que lo podemos hacer espiritualmente, pero nosotros los seres humanos somos táctiles, materiales”<sup>519</sup>.

---

<sup>518</sup> Ibidem.

<sup>519</sup> Ibidem.

## Capítulo V

### No hay olvido

*“La ciudad del yo debiera paralizarse cuando entra en ella la muerte. Toda su actividad es nada ante la nada. Quiéranlo o no los agitados viajeros que inútilmente siguen entrando y saliendo de la ciudad”*  
(Enrique Lihn, Diario de Muerte).

El dominio del recuerdo es una conquista social, necesaria, imprescindible, inexorable, también un “instrumento y una mira de poder”<sup>520</sup>. El recuerdo es una condición humana indefectible que liga al hombre con su historia, con su espacio vital de existencia y trascendencia. A continuación se reproduce un fragmento de la carta que en 1855 envió el jefe indio de la tribu *Suwamish* al Presidente de los Estados Unidos, Franklin Pierce y que constituye uno de los ejemplos más atinentes de la relación entre memoria, como espacio de reconocimiento simbólico, y el asentamiento de ésta en un contexto histórico-particular:

“Ya que nosotros no poseemos la frescura del aire o el destello del agua. ¿Cómo pueden comprarnos esto? Lo decidiremos a tiempo. Cada pedazo de esta tierra es sagrado para mi gente. Cada aguja brillante de pino, cada ribera arenosa, cada niebla en las maderas oscuras, cada claridad y zumbido del insecto es santo en la memoria y vivencias de mi gente. Sabemos que el hombre blanco no entiende nuestras razones. Una porción de nuestra tierra es lo mismo para él, que la siguiente; para él, que es un extraño que viene en la noche y nos arrebató la tierra donde quiera que la necesite. La tierra no es su hermana sino su enemiga y cuando la ha conquistado se retira de allí. Deja atrás la sepultura de su padre, no le importa.

Plagia la tierra para su hijo, no le importa. Olvida tanto la sepultura de su padre como el lugar en que nació su hijo. Su apetito devorará la Tierra y dejará detrás sólo un desierto. La sola vista de sus ciudades, llenas de pánico a los ojos piel roja (...). No existe un lugar pacífico en las ciudades del hombre blanco. Ningún lugar para oír las hojas de la primavera o el susurro del vuelo de los insectos. Pero quizá porque yo soy un salvaje no logro comprenderlo, el repiquetear parece que insulta los oídos ¿Y qué vivir, si el hombre no puede oír el adorable lamento del chotacabras o el argumento de las ranas alrededor de una charca en la noche?”<sup>521</sup>

Claudia Lira reflexiona en torno a la famosa carta, sobre todo, en relación a la vida y la muerte, a la modernidad y el olvido. Mientras los blancos conquistan tierras, dejan a sus muertos y siguen avanzando, los indios están vinculados a la tierra, por tanto, irremediabilmente a sus muertos.

<sup>520</sup> Ver capítulo Memoria e Imaginario (Pág. 12-14).

<sup>521</sup> <http://www.ciudadseva.com/textos/otros/seattle.htm>

Dirá Lira, que en “América hay un vínculo súper potente con el ancestro y con el resguardo del cuerpo del ancestro, que es algo no muy potente en la cultura cristiana, porque dicen: en polvo eres, en polvo te convertirás y se guarda el cuerpo para la resurrección final”<sup>522</sup>.

Sin embargo, estos términos entran en contradicción evidente con la irrupción de la sociedad moderna: “todo lo que es sólido se desvanece en el aire”, (Brunner, 1989, p. 204), decía Marx. Esa es la consecuencia del descentramiento histórico del sujeto y la pérdida de los valores que le han dado sentido. Las transformaciones sociales, políticas y económicas acaecidas en Chile durante la década de los 80’ cambiaron profundamente la forma de cómo concebir la propia producción simbólica dentro de ese “ser colectivo” (Brunner, 1989, p. 31). Si el proyecto iluminista concebía la idea de una “cultura nacional” “que sería la síntesis de la particularidad cultural y la generalidad política” (Barbero, 1987, p. 167), hoy en día, “la cultura de la nación” es cada vez más una heterogénea y variada conexión de sentidos, productos y procesos condicionados por la operación del campo cultural” (Barbero, 1987, p. 31).

La vida moderna, sin embargo, se presenta “inocua”, consensual (en el sentido dado por Augé), sin mayor problemática que la velocidad de las informaciones y de la vida, subsumida, clasificada, orientada por la fragmentación y el creciente individualismo.

Se han perdido los grandes relatos rectores de la vida social: fin de la ideología, la religión, la razón, el fin de la historia, a lo que Jean -Francoise Lyotard llamará “la condición posmoderna”, como la pérdida de esos relatos escatológicos. En este sentido, “el momento posmoderno es aquel en que tales narraciones pierden a su vez legitimidad. A partir de entonces, la ciencia y la técnica sin justificación moral, sin el sostén de los relatos escatológicos y sin otra preocupación que de la performatividad”. (Augé, 1998, p. 34).

La conciencia posmoderna expresa “el desarraigo de las formas y de los hombres” (Ortiz, 1996, p. 152). La muerte posmoderna, por tanto, expresa su negación a partir de la proliferación los cementerios-parques que conciben una muerte aséptica,

---

<sup>522</sup> Claudia Lira. Op. Cit.

no traumática. Operando bajo este supuesto, se comprende lo examinado en el precedente trabajo: La urgencia de la vida material ha resignificando la muerte como vivencia cultural y simbólica. Ha expropiado sus formas y la ha expulsado de la casa, de la ciudad y de la sociedad.

Mora- García dirá que la muerte “dejó de ser una realidad existencial para pasar a tener un apellido: muerte encefálica, muerte clínica, muerte asistida (...) con un claro sentido bioético, porque pareciera ser que “no sabemos tratar al enfermo que puede morir, por eso aliviarnos nuestra conciencia enviándolo al hospital para la agonía y la muerte limpia, higiénica, a través de técnicas más solitarias y deshumanas” (Mora-García: 2005). Ese es el ritmo de la ciudad, de la ciudad moderna.

El síntoma posmoderno, su huella reductible, también, se observa en la transformación de ciertos ritos mortuorios: La pérdida de la procesión como ese acto de homenaje al que acaba de fallecer o la renuncia al velo negro de antaño, y su reemplazo por el trauma de la muerte, expulsada de su condición social a su condición psicológica. En este punto, dirá Humberto Lagos: “Hoy día el facilismo, desde el punto de vista psicológico, lleva a tratar de vivir con la mayor cantidad de traumas posibles y la muerte siempre es un trauma y hoy día ha perdido mucho del sentido colectivo y ese trauma lo vive el entorno más cercano: la familia”<sup>523</sup>.

Es lo que Vicent Descombes denomina, según lo que consigna Augé, la prolongación del concepto de posmodernidad (Lyotard), a partir del análisis del concepto weberiano de “desencantamiento del mundo” o doble desencantamiento: el que produce la modernidad y la posmodernidad. Hay que aclarar, por cierto, que según Descombes, el desencantamiento tiene que ver, menos con las relaciones entre los hombres y la naturaleza que con las relaciones de los hombres entre sí, y que el encantamiento primero corresponde menos a la ficción de los cuentos de hadas que a un sistema de interpretación y, especialmente, de interpretación de infortunios y males vinculados con una definición del *sí mismo* entendido como algo inseparable de su ambiente material y social” (Augé, 1998, p. 38).

Hasta ahí, es posible establecer algunos puentes de sentido entre lo examinado con respecto a los imaginarios sociales en torno a la muerte y la llamada “condición

---

<sup>523</sup> Humberto Lagos. Op. Cit.

posmoderna”. Sin embargo, el asunto se complejiza, cuando se develan otros aspectos presentes en los imaginarios y en la materialización estética de los mismos: por un lado, la vuelta al cementerio, su simbolización como ese espacio de encuentro entre vivos y muertos, y por otro, la expresión de ciertas supersticiones alojadas en el imaginario social más íntimo y que, según advierte Osvaldo Cádiz, dice relación con la influencia mapuche en toda la zona metropolitana.

Para Claudia Lira, hay un fenómeno que está caracterizando “esa comunidad imaginada” tal como la entendía Benedict Anderson, que actualizará el carácter afectivo que siempre ha tenido la cultura tradicional- popular en Chile. “Entonces, frente a la exacerbación de la competencia, de la profesión, del exitismo, el chileno se vuelve a buscar un lazo afectivo que es su forma tradicional de vincularse. Y eso se expresa, por ejemplo, en la visita al cementerio”<sup>524</sup>.

El carácter intercesor del muerto, la idea de que está ahí presente y ronda, la expresión y devoción popular asociada a la novia, al Cristo de los Pobres, reenvía todavía, la existencia de una narración escatológica, mítica, de un relato fortificador que restituye al muerto su condición popular y comunitaria.

El relato posmoderno, a juicio de Augé, porta un vicio de origen: el desconocer la complejidad de lo social. De hecho, considera la propuesta de Lyotard como una “visión obnubilada por la representación paradisiaca de la sociedad original perdida” (Augé, 1998, p. 36), porque, en el fondo, existe un “urdimbre de relaciones más complejas y más móviles que nunca”.

El argumento dado por Augé se sostiene en el reconocimiento de la condición de posibilidad de la misma praxis antropológica. Dirá el autor que la antropología se hace posible en base a una triple experiencia: la experiencia de la pluralidad, la experiencia de la alteridad y el de la identidad, donde las dos últimas constituyen “los nexos simbólicos que tejen la trama social” (Augé, 1998, p.84).

“Es siempre una reflexión sobre la alteridad, lo que precede y permite toda definición de identidad” (Augé, 1998, p.83), con esta palabras se problematiza el rol que tiene tanto identidad, como alteridad, en los procesos de sentido, imaginarios y estéticas

---

<sup>524</sup> Claudia Lira. Op. Cit.

sociales. Estos conceptos dicen relación con la actividad ritual, que los conjuga, y que “apunta a estabilizar las relaciones siempre problemáticas entre los hombres”<sup>525</sup>(Augé, 1998, p.84).

Entonces, si bien la crisis de la modernidad, “podría antes atribuirse al hecho de que uno de los lenguajes (el de identidad) se impone hoy al otro (el de alteridad) -de manera que esa crisis podría caracterizarse mejor como una crisis de alteridad-” (Augé, 1998, p. 86); lo que “pierde su base simbólica es la relación con el otro, que sin embargo es constitutivo de toda identidad social”. (Augé, 1998, p.86).

Bajo esta premisa, la pérdida del relato fundante o de los grandes relatos escatológicos, tal como reconoce Lyotard, no es más, a juicio de Augé, que la “individualización de la cosmología” (Augé, 1998, p.86). En otras palabras, la individualización de la cosmología “corresponde al hundimiento de las cosmologías intermedias” (partidos políticos, religión) que constituían una visión del mundo, restituyendo en el sujeto la interpretación de este. O como dice Augé:

“En suma, ocurre como si una de las características de nuestra época fuera volver a atribuir a los individuos la responsabilidad de crear los modos de relación con los demás, modos capaces de permitir vivir y compensar solitariamente el déficit simbólico que acarrea el hundimiento de las cosmologías intermedias y sus mediaciones constituidas” (Augé, 1998, p.87).

Entender el anclaje de alteridad del conflicto posmoderno, permite comprender lo planteado en el precedente trabajo, pues aún cuando haya cambiado la relación con un “otro”, aún existe la búsqueda identitaria (reflexiva a partir de la alteridad) como condición humana primordial.

Por tanto, ese repliegue al polo de identidad implica, necesariamente, “crear nuevas formas de relación”, “nuevas formas de alteridad”. Hay un malestar simbólico, no solo social o individual, una necesidad de producción de sentido, que colinda, por ejemplo, con ciertos aspectos míticos presentes en los imaginarios sociales en torno a la muerte.

---

<sup>525</sup> De hecho, Augé sugiere “que la antropología de los mundos contemporáneos pasa por el análisis de esos ritos” (incluido el funerario) (Augé, 1998, p. 84).

Augé acuña el término dispositivo ritual para comprender y ligar estos conceptos. Dirá que lo que es esencialmente un dispositivo ritual es su finalidad simbólica “que construye las identidades relativas a través de alteridades mediadoras” (Augé, 1998, p.90). Sentido y rito, lo que reconocerá Augé, en una perspectiva antropológica.

Las sociedades fragmentadas, y los hombres que actúan en ellas, aún vivenciando la rapidez de la vida moderna, requieren un “sentido”, una guía simbólica, “que define todo lo que está en juego en el dispositivo ritual: el sentido es el sentido social” (Augé, 1998, p.109). Es decir, en palabras de Augé, “el conjunto de relaciones establecidas y reconocidas entre los hombres”, en donde el sentido social “es también un sentido histórico” (Augé, 1998, p.109).

Esto implica una conciencia primera, fundamental y constituyente, que liga al sujeto social con su pasado, y también con su futuro. Dirá Augé: “la relación con el pasado es tal vez la que permite al individuo percibe más fácilmente su relación con la colectividad y con la historia” (Augé, 1998, p.109).

En el caso de la experiencia social de la muerte, refiere al lazo simbólico entre vivos y muertos. La identidad asociada a la muerte, por tanto, es la perseverancia de ese vínculo en diversas maneras: a través de las intervenciones estéticas, ya sea, de manera individual, dejarle una flor o un remolino a un difunto, o de manera colectiva: la presencia de los memoriales.

Al respecto, la muerte ya no portará un único relato social. En este sentido, el reconocimiento de la complejidad de lo observado y consignado en el presente trabajo, es también el reconocimiento de la naturaleza del vínculo social asociada a la muerte a partir de la existencia de estos mundos constitutivos, variados, multiformes, inciertos y heterogéneos, “que expresan la singularidad que los constituye y la universalidad que los relativiza” (Augé, 1998, p.125) y que conforman el mundo contemporáneo.

El espacio del Cementerio General dista mucho del que ocupa el cementerio de Isla de Maipo o Talagante en el microcosmos de esas localidades. También, la Pérgola de las Flores, de las floristerías colindantes de los campos santos de los respectivos

pueblos visitados. Algo similar ocurre con las expresiones (y apropiaciones) estéticas de uno y otro lugar.

En el caso propio de la Pérgola de las Flores (aunque cualquier ejemplo lo permite) es paradigmático, para aproximar lo que Augé reconoce como lugar/ no lugar. Paradójicamente, frente a la ciudad posmoderna o sobremoderna, donde abundan las grandes carreteras, la velocidad de las comunicaciones, y el consumo, se yergue un espacio de “lugar”, como espacio de identidad (donde es posible reconocerse en él), como espacio de relación (permite las relaciones entre sujetos a partir de su constitución), y como espacio histórico (como transmisión de herencia cultural).

Es lo que también reconocerá Michel de Certeau, cuando distingue el espacio como práctica de lugar: El trabajo del pergolero significa su entorno, “redefiniendo sus relaciones, habilitando, invirtiendo, recomponiendo su espacio (Augé, 2001, p. 98) con sus propias lógicas, en tanto rito que se transmite de familia en familia. La Pérgola en medio de la vorágine de la ciudad y sus velocidades es lo que Augé reconoce como ese lugar “triplicamente simbólico” (Augé, 1998, p.147).

Es así como el espacio de la muerte no solo existe únicamente “en la geometría de las formas edificadas (Augé, 2001, p. 99), sino “por las prácticas humanas de que ha sido o será objeto (Augé, 2001, p. 99). Este excede las limitaciones semánticas, vivenciado, no estático, mutable, mítico o racional, y donde el rito funerario aparece para comunicar aquello que es más “que una mera secuencia de actividades o un interés político, socioeconómico o adaptativo. En él se encuentra inscrita la manera en que una sociedad concibe la muerte” (Winter: 2007).

La muerte sigue siendo una experiencia ritual en todas sus formas. Así lo concibe Philippe Ariès, quien citado por Duch y Mèlich, explicará las fórmulas culturales y culturales que asume el morir en las diferentes civilizaciones:

“Un caso particular de la estrategia global del hombre contra la naturaleza, hecha de prohibiciones y de concesiones. Por eso, la muerte no fue abandonada a sí misma y a su desmesura, sino que, al contrario, fue aprisionada en unas ceremonias, transformada en espectáculo. Por eso mismo tampoco podía ser

una aventura solitaria, sino un fenómeno público que comprometía a la comunidad entera” (Duch, Mèlich, 2005, p. 325).

En otras palabras: hay que cuidar al muerto, halagarlo, rezar por él, pedirle favores, dádivas, milagros, “cuidar su casita” que es su sepultura o nicho, sea joven o viejo, alto o flaco, católico o no, con dolor o en festividad, en Santiago o en el campo, en definitiva, decirle: no te olvidaremos.

La voluntad de memoria desplaza todo abismo de destrucción. El fausto, el de Goethe o el de Berman<sup>526</sup>, todavía posee ese campo mítico del cual agarrarse para no caer al vacío, “pues el ser humano, antiguo o moderno, hombre o mujer, no puede vivir sin haberla (la muerte) asumido, integrado e interpretado” (Duch, Mèlich, 2005, p. 324) en el plexo mismo de lo constitutivamente social.

Los imaginarios sociales retoman, entonces, una concepción mítica- sobrenatural acerca de la muerte y los muertos, pero también, de la vida y los vivos. Por un lado, los muertos siguen presentes –afectiva y simbólicamente- en el colectivo social, y por otro, se manifiesta la persistencia de los deudos al recordar a sus difuntos mediante expresiones estéticas que van desde las formas más tradicionales como la flor, a los remolinos, juguetes, banderas o fotografías. En efecto, dirá Thomas Winter que “la muerte es un fenómeno que, en última instancia, enfrenta al hombre a la idea de su trascendencia, y allí radica también la gran importancia que le atribuye toda sociedad” (Winter: 1997).

La comunión entre vivos y muertos, como expresión de un imaginario popular-tradicional, también se presenta en la vuelta a los cementerios. Así lo consigna la Encuesta Nacional Bicentenario de la Universidad Católica, donde se reconoce que en el centro de la religiosidad popular se encuentran “la creencia en brujerías (43%) y milagros (72%), además de la costumbre de encender animitas (39%) y visitar el cementerio el Día de los Muertos (47%)”. O sea, imaginario y estética asociada a la muerte<sup>527</sup>.

Para Fernando Lolas Stepke, “la muerte y el morir son un campo privilegiado de prueba de las certidumbres y convicciones -todas, al fin, creencias- que hacen a la vida

<sup>526</sup> Ver Berman, Marshall. Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad. Editorial Siglo XXI, 2008.

<sup>527</sup> <http://www.uc.cl/encuestabicentenario/>

humana ser humana” (Lolas Stepke: 1997). Y en el caso de la zona metropolitana de Santiago, al menos, a juicio de Lira, “está mostrando que el chileno necesita los vínculos afectivos y para él el afecto es la condición de la pertenencia. La identidad tiene que ver con el afecto”<sup>528</sup>.

Del mismo modo, Humberto Lagos enfatiza que “en los procesos de identidad se expresa, de alguna manera, la pertenencia. La forma de rendir el homenaje al difunto aún no ha sido totalmente vulnerada, disimulada por la modernidad”<sup>529</sup>.

El espacio vivencial del imaginario –en tanto expresión materializada (estética) o producción de significados- aún demanda el sentido último de la condición humana: su carácter marcadamente histórico, o como entiende Augé, dentro de la polisemia del término: una forma de conciencia colectiva y de identidad (Augé, 1998, p.13), que para efectos del presente trabajo, remite al recuerdo de los que ya no están, la comunión, el lazo y vaso comunicante entre vivos y muertos. No hay olvido posible, porque si lo hubiere, dejaríamos de ser, para entregarnos a la verdadera muerte: el silencio.

---

<sup>528</sup> Claudia Lira. Op. Cit.

<sup>529</sup> Humberto Lagos. Op. Cit.

## Fuentes Consultadas

### *Bibliografía general*

**Augé, Marc.** Hacia una antropología de los mundos contemporáneos. Editorial Gedisa. Barcelona. 1998.

**Augé, Marc.** Ficciones de fin de siglo. Editorial Gedisa. Barcelona. 2001.

**Bazin, André.** ¿Qué es el cine? Madrid: Rialp, 2004.

**Barbero, Jesús Martín.** De los medios a las mediaciones. Editorial Gustavo Gili. Año 1986.

**Berger, Peter; Luckmann, Thomas.** La Construcción Social de la Realidad. Buenos Aires: Amorrortu. 1999.

**Berman, Marshall.** Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad. Editorial Siglo XXI, 2008.

**Bosanquet, Bernard.** Historia de la Estética. Editorial Nova, Buenos Aires, colección La Vida del Espíritu. 1965.

**Brunner, José Joaquín.** Chile: Transformaciones culturales y modernidad. FLACSO, Santiago, 1989.

**Debray, Jules Régis.** Vida y muerte de la imagen: Historia de la mirada en Occidente. Paidós, 1995.

**Duch, Lluís; Mèlich, Joan-Carles.** Escenarios de la Corporeidad. Antropología de la vida cotidiana. Editorial Trotta. Madrid. 2005.

**Garrido, Carolina.** Construcción Material y Simbólica del Rito Funerario en el Chile Contemporáneo y su Relación con el Pasado. Documento de investigación no publicado. Universidad Arcis. Santiago. 2010.

**Hasen, Felipe; Sandoval, Diego.** Memoriales: Lugares de culto en torno a procesos de memoria. Revista Chilena de Antropología Visual - número 13 - Santiago, junio 2009.

**Kristeva, Julia.** El lenguaje, ese desconocido. Introducción a la lingüística. Editorial Fundamentos. Madrid. 1988.

**Le Goff, Jacques.** El Orden de la Memoria: El Tiempo Como Imaginario. Paidós Iberica. 1991.

**León León, Marco Antonio.** Sepultura sagrada, tumba profana: los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932. Santiago, Chile: DIBAM: LOM: Centro de Investigaciones Barros Arana. 1997.

**Morin, Edgar.** El hombre y la muerte. Editorial Kairós. España Barcelona. 1974.

**Ortiz, Renato.** Mundialización y Cultura. Alianza editorial, Madrid, 1996.

**Plath, Oreste.** El Santiago que se fue: apuntes de la memoria / Oreste Santiago: Biblioteca Nacional de Chile: Grijalbo, 1998.

**Chartier, Roger.** El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación. Editorial Gedisa. S.A Barcelona. 2002.

**Salazar, Gabriel.** Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX. Santiago: Ediciones Sur. Santiago. Ediciones Sur. 1986.

**Cazeneuve, Jean.** Sociología del rito, Buenos Aires, 1975.

**Rivano, Juan.** Los mitos: su función en la sociedad. Ediciones Pehuén. 1987.

## *Entrevistas*

**Acevedo, Ramón.** Visitante Bar Quitapenas. Entrevista realizada el 3 de septiembre de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Ahumada, Andrea.** Caminante Memorial DD.HH del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 17 de octubre de 2010. Entrevistadores: Francisco Marín y Gloria Lyon.

**Andrade, Marisol.** Floristas del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 27 de agosto de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Barahona, Emilia.** Vendedora Cementerio Parroquial de Talagante. Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2010. Entrevistadores: Francisco Marín.

**Berríos, Jessica.** Floristas del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 27 de agosto de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Briceño, Olivia.** Florista Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 31 agosto de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Cabrera, Manuel.** Florista Pérgola de las Flores de Santa María. Entrevista realizada el 12 de septiembre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Cádiz, Osvaldo.** Investigador y folclorista. Entrevista realizada el 9 de octubre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Campos, Patricia.** Caminante Memorial DD.HH del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 17 de octubre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Contreras, Felipe.** Visitante Bar El Catula. Entrevista realizada el 23 de octubre de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Chamorro, Pedro.** Visitante Bar Quitapenas. Entrevista realizada el 3 de septiembre de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Delfau, Antonio.** Sacerdote y director de la Revista Mensaje. Entrevista realizada el 14 de septiembre de 2010. Entrevistador: Francisco Marín.

**Díaz, Lilian.** Asistente Escuela Parroquial de Talagante. Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Díaz, Yanet.** Visitante Cementerio de Isla de Maipo. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Fajardo, María.** Florista Cementerio de Isla de Maipo. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Fuentes, Miguel.** Florista del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 28 agosto de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Fuentes, Paula.** Visitante Bar Quitapenas. Entrevista realizada el 3 de septiembre de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Flores, Pascual.** Panteonero Cementerio de Isla de Maipo. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Garate, Juan.** Vendedor Cementerio Parroquial de Talagante. Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2010. Entrevistadores: Francisco Marín.

**González, Raúl.** Visitante Bar El Catula. Entrevista realizada el 23 de octubre de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Guerrero, Ana.** Florista y vendedora Cementerio de Isla de Maipo. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Guajardo, Fabián.** Caminante Memorial DD.HH del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 17 de octubre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Gutiérrez, Patricia.** Mujer de paso frente al Memorial DD.HH del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 27 de agosto de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Gutiérrez, Verónica.** Asistente Escuela Parroquial de Talagante. Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Hernández, Ema.** Visitante memorial Lonquén. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Hernández, Olga.** Florista Cementerio de Isla de Maipo. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Lagos, Humberto.** Sociólogo. Entrevista realizada el 13 de agosto de 2010. Entrevistadores: David Fuentes, Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Lira, Claudia.** Especialista en Estética de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Entrevista realizada el 22 de diciembre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Lobos, Eduardo.** Florista Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 17 de octubre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**López, José Prudencio.** Propietario de El Catula (Talagante). Entrevista realizada el 23 de octubre de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Mendoza, José Miguel.** Administrador y dueño del bar Quitapenas. Entrevista realizada el 27 agosto de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Moya, Mónica.** Florista Pérgola de las Flores de Santa María. Entrevista realizada el 17 de octubre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Naranjo, Florencia.** Florista del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 26 de agosto de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Naranjo, Luís.** Caminante Memorial DD.HH del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 17 de octubre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Ortiz, Alejandro.** Caminante Memorial DD.HH, Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 17 de octubre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Orrego, Karina.** Cuidadora del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 31 agosto de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Peña, Adriana.** Florista Cementerio Parroquial de Talagante. Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Peña, Marta.** Asistente Escuela Parroquial de Talagante. Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Pinto, Valeska.** Asistente Escuela Parroquial de Talagante. Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Ramírez, Moisés.** Florista Cementerio Parroquial de Talagante. Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon.

**Reyes, Carlos.** Caminante Memorial DD.HH del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 17 de octubre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Román, Carlos.** Florista Cementerio Parroquial de Talagante. Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Rojas, Doris.** Visitante Bar Quitapenas. Entrevista realizada el 3 de septiembre de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Sánchez, Jeannette.** Cuidadora Patio 94, Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 27 de agosto de 2010. Entrevistadores: David Fuentes, Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Sepúlveda, Sandra.** Visitante Bar Quitapenas. Entrevista realizada el 3 de septiembre de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Silva, José.** Administrador del Cementerio Parroquial de Talagante. Entrevista realizada el 23 de octubre de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Soto, Albertina.** Visitante Cementerio de Isla de Maipo. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

**Toledo, José.** Caminante Memorial DD.HH del Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 17 de octubre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Urrutia, Alejandro.** Florista Cementerio General de Santiago. Entrevista realizada el 31 agosto de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Valencia, Vladimir.** Presbítero y Párroco de Talagante. Entrevista realizada el 4 de septiembre de 2010. Entrevistadores: Gloria Lyon y Francisco Marín.

**Vizcarra, Natalia.** Visitante Cementerio de Isla de Maipo. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2010. Entrevistadores: David Fuentes y Francisco Marín.

### ***Publicaciones periódicas online***

#### **Emol**

<http://www.emol.com/noticias/nacional/detalle/detallenoticias.asp?idnoticia=70007>

<http://www.emol.com/noticias/nacional/detalle/detallenoticias.asp?idnoticia=102735&pagrel=2>

<http://www.emol.com/noticias/nacional/detalle/detallenoticias.asp?idnoticia=102735&pagrel=2>

<http://www.emol.com/noticias/nacional/detalle/detallenoticias.asp?idnoticia=306679>

#### **La Cuarta**

<http://www.lacuarta.cl/diario/2003/01/16/16.19.4a.ESP.ALQUINTA.html>

#### **La Tercera**

<http://www.latercera.com/noticia/nacional/2010/08/680-285803-9-golborne-tenemos-que-estar-preparados-para-cualquier-desenlace-que-esto-tenga.shtml>

<http://latercera.com/noticia/nacional/2010/08/680-285803-9-golborne-llama-a-la-mesura-ante-labores-para-establecer-contacto-con-mineros.shtml>

### **El Mercurio de Antofagasta**

[http://www.mercurioantofagasta.cl/prontus4\\_noticias/site/artic/20100823/pags/20100823122625.html](http://www.mercurioantofagasta.cl/prontus4_noticias/site/artic/20100823/pags/20100823122625.html)

### **El Mostrador**

<http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2010/10/19/capsula-fenix-2-se-convierte-en-atraccion-en-la-plaza-de-la-ciudadania/>

### **Cooperativa**

[http://www.cooperativa.cl/medio-millon-de-personas-visito-el-cementerio-general-la-pasada-jornada/prontus\\_not/2010-11-02/015318.html](http://www.cooperativa.cl/medio-millon-de-personas-visito-el-cementerio-general-la-pasada-jornada/prontus_not/2010-11-02/015318.html)

### **El Maule**

<http://www.elamaule.cl/admin/render/noticia/15889>

### ***Recursos web***

**Aguirre, Isidora.** La Pérgola de las Flores en

[http://www.memoriachilena.cl/temas/bibliografia.asp?id\\_ut=lapergoladelasflores](http://www.memoriachilena.cl/temas/bibliografia.asp?id_ut=lapergoladelasflores)

**Allan Poe, Edgar.** La verdad sobre el caso del señor Valdemar.

<http://www.angelfire.com/ne/bernardino3/valdemar.html>

**Benavente, Antonia.** Las vanidades de la iconografía funeraria chilena. Anales de la Universidad de Chile (en línea). Sexta serie, N° 6, diciembre de 1997. Disponible en:

<http://www.anales.uchile.cl/6s/n6/est2.html>.

**Carta del indio de Seattle al Presidente de los EE.UU.**

<http://www.ciudadseva.com/textos/otros/seattle.htm>

**Cementerio General de Santiago.**

<http://www.cementeriogeneral.cl/>

**Comunidad Virtual Nuestro. Nuestro Cl.** El sitio del patrimonio cultural chileno (en línea) En <http://www.nuestro.cl/notas/gente/florista2.htm>

**El sitio de Yungay.** Bar El Quitapenas. Tradición, bohemia y muerte. En [www.elsitiodeyungay.cl/index.php?option=com\\_content%26task=view%26id%3D717%26Itemid%3D39%26lang%3D+el+quitapenas&cd=7&hl=es&ct=clnk&gl=cl](http://www.elsitiodeyungay.cl/index.php?option=com_content%26task=view%26id%3D717%26Itemid%3D39%26lang%3D+el+quitapenas&cd=7&hl=es&ct=clnk&gl=cl)

**Encuesta Nacional del Bicentenario. Universidad Católica y Adimark.**

<http://www.uc.cl/encuestabicentenario/>

**Ericsson, Eric.** Reflexiones sobre la identidad, la juventud y la adultez joven. En: Un modo de ver las cosas. Ed. FCE. México. 1994.

**Fundación Ciudad Eterna.** Para la reconstrucción, investigación, difusión y protección del patrimonio cultural de los cementerios nacionales:

<http://www.laciudaddelosmuertos.org>

**Fressard, Olivier.** Revista *Trasversales* número 2, primavera 2006. Una primera versión de este artículo, en su original francés, fue publicada en la revista Sciences de l'homme & Sociétés, n° 50, septiembre 2005. en

<http://www.fundanin.org/fressard.htm>

**García Jiménez, Luis Rafael.** “La muerte desde la mirada de la historia, la literatura y el arte. 2009. En: <http://servicio.cid.uc.edu.ve/postgrado/manongo21/21-12.pdf>

**Lihn, Enrique.** Diario de Muerte. Editorial Universitaria. En

<http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0009673.pdf>

**Lolas Stepke, Fernando.** La muerte es tema para los vivos: Una perspectiva socioética. Anales de la Universidad de Chile (en línea). Sexta serie, N° 6, diciembre de 1997. Disponible en: <http://www.anales.uchile.cl/6s/n6/est5.html>.

**Memoriales de Derechos Humanos en Chile.** FLACSO.

[http://issuu.com/flacso.chile/docs/memoriales\\_doc](http://issuu.com/flacso.chile/docs/memoriales_doc)

**Mora García, José Pascual.** La muerte como imaginario social: una mirada de la modernidad a la postmodernidad cultural. Universidad de los Andes. Venezuela. 2005  
<http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/19060/2/articulo6.pdf>

**Parque del Recuerdo.**

<http://www.parquedelrecuerdo.cl/>

**Programa de DD.HH del Ministerio del Interior.**

<http://www.ddhh.gov.cl/>

**Real Academia de la Lengua Española (RAE) en**

<http://www.rae.es/rae.html>

**Revista electrónica Km cero.** Los últimos pétalos de La Pérgola. En

<http://www.kilometrozero.cl/2010/01/los-ultimos-petalos-de-la-pergola/>

**Rivera Letelier, Hernán.**

<http://patriciagomezpoesia.com/2010/10/18/33-mineros-hernan-rivera-letelier/>

**Televisión Nacional de Chile (TVN).**

<http://programas.tvn.cl/Larectaprovincia/2007/>

**Winter, Thomas.** Perspectivas teóricas para una arqueología interpretativa de la muerte. Anales de la Universidad de Chile (en línea). Sexta serie, N° 6, diciembre de 1997. Disponible en: <http://www.anales.uchile.cl/6s/n6/est7.html>.